Los Hollister



Y EL MISTERIO DEL RANCHO

22

JERRY WEST

Esta historia tiene un misterio desde casi la primera página. Los Hollister asisten a una subasta en la granja del señor Stone, cerca de Shoreham.





Jerry West

Los Hollister y el misterio del rancho

Los Hollister - 22

ePub r1.1

nalasss 15.09.14

Título original: *The Happy Hollisters at Pony Hill Farm*
Jerry West, 1956
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell
Diseño de portada: Salvador Fabá

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



LA CASA ENCANTADA



—Se acabaron los profesores y los libros —dijo Ricky, alegremente—. ¿Quieres pasarme las fresas, Holly?

—Ahí tienes —contestó Holly, la niña de seis años, con el pelo recogido en trenzas, pasando un gran frutero de gruesas fresas a su pelirrojo hermano—. Pero siento que la escuela haya terminado.

Mientras echaba varias fresas en su plato de harina cocida con leche, Ricky, de siete años, declaró:

—A mí también me gusta la escuela, pero… ¡piensa en todo el tiempo que tendremos para nuestras aventuras este verano!

—¡Y para aclarar misterios! —dijo Pam, la hermanita mayor, que tenía diez años y el cabello oscuro, y era una gran detective.

—Hablando de misterios —intervino el padre— ¿os gustaría ir a la subasta de la granja del viejo señor Stone?

—¿La casa encantada? —preguntó Pete, que tenía doce años, los ojos azules y el cabello cortado a cepillo.

El señor Hollister sonrió al contestar:

—Así es como la llaman.

Otra persona esbozó una sonrisa. Era la señora Hollister, delgada, guapa, de ojos azules, que dijo al muchachito:

—La llamen como la llamen, Pete, la casa no está encantada. Ninguna casa lo está.

—A lo mejor el granero sí —opinó, con su graciosa vocecilla, la chiquitina Sue, de cuatro años, la menor de los cinco hermanos Hollister.

—Ni siquiera el granero —contestó la madre, inclinándose para secar una gota de leche que bailaba en la barbilla de Sue.

—¿Cuál es el misterio, papá? —preguntó Pete.

El alto y atlético señor Hollister respondió:

—Corren rumores de que algo de gran valor está escondido entre las reliquias de la casa. Parece que nadie sabe de qué se trata, y el anciano señor Stone, que vivió allí y murió el mes pasado, no dijo a nadie su secreto.

—Puede que sus parientes lo sepan —opinó Pam.

—Su único pariente es un nieto huérfano y nadie por aquí sabe dónde está ese chico —explicó el padre.

—¡Vamos en seguida a la granja, para resolver el misterio! —propuso Ricky, entusiasmado.

—¡Ahora mismo! —concordó Sue—. No hemos «tinido» ninguna «ventura» desde el misterio del carnaval.

La pequeña se refería al misterio que entre todos habían aclarado en el colegio, hacía un tiempo.

—Hoy no —rió el señor Hollister—. La subasta empieza mañana a las diez. Por cierto, que el periódico de hoy publicará una lista de todas las cosas que van a ser vendidas.

El señor Hollister se levantó de la mesa, se despidió de su esposa y sus hijas con un beso y de los chicos con una palmada en la espalda, y salió hacia el Centro Comercial, un almacén que poseía en el centro de Shoreham, la ciudad donde vivía la familia. El Centro Comercial era una combinación de ferretería, artículos deportivos y juguetería. Los niños estaban entusiasmados con la tienda y muchas veces iban allí para ayudar.

Aquel día estuvieron una buena parte de la mañana entretenidos con su perro pastor «Zip». Luego jugaron al salto de la rana en el jardín de su espaciosa y linda casa, a orillas del Lago de los Pinos. Pero después que Sue, al montar como a caballo en la espalda de Ricky, se cayó de cabeza, hubo que dar por terminado el juego.

Todos los niños esperaron, muy nerviosos, a que llegase el periódico de la tarde. Este periódico se llamaba «El Águila», y se lo llevaban todos los días hasta el porche de su casa. Los Hollister estaban deseando leer la lista de objetos que se subastarían al día siguiente.

—¡Ahí viene! —exclamó, de pronto, Holly y salió corriendo para tomarle el periódico al repartidor.

Todos sus hermanos la rodearon, mientras Holly buscaba la noticia de la subasta.

—¡Ya lo veo! —notificó la niña.

Debajo del título «SUBASTA MAÑANA A LAS DIEZ EN LA GRANJA STONE», Pam señaló una larga lista, impresa en letra pequeña, de artículos que iban a ser vendidos. Entre ellos había maquinaria de granja, cazuelas, sartenes, sillas, mesas, un reloj, una batidora para manteca, una cafetera de cobre, una campana y otros muchos artículos raros. Fueron los ojos de Ricky los que descubrieron algo de verdadero interés.



—¡Mirad! —exclamó—. Un caballo de balancín.

—¿Un caballo de balancín para ti? —dijo, burlona, Pam.

Ricky movió de un lado a otro la cabeza y luego, para que Sue no pudiera oírles, cuchicheó al oído de su hermana mayor:

—A lo mejor podemos conseguirlo para Sue.

Ya entonces, la pequeñita se había cansado de mirar el periódico y se marchaba a jugar con su cubo para la arena.

—¡Claro! Sería maravilloso poder comprarle el caballito a Sue —dijo Pam.

—Lo malo es —murmuró Ricky, poniéndose mohíno—, que no tengo dinero.

El pecosillo Ricky no solía conservar mucho tiempo la calderilla que le daban o se ganaba, porque todo lo gastaba en helados, pelotas u otros caprichos. Pero Pam era todo lo contrario.

—Yo tengo un poco ahorrado —dijo—. Y Pete también. A lo

mejor, entre los dos tenemos bastante para comprar el caballito a Sue. De todos modos, probaremos.

Cuando habló de esto con Pete, el muchachito se mostró dispuesto a ayudar. Los Hollister eran una familia feliz, que se divertía mucho y todos disfrutaban cuando podían ayudar a los demás. Por eso la gente solía llamarles los Felices Hollister.

Mientras Pam iba a llevarle el periódico a su madre, Ricky puso a Holly al corriente del secreto.

—Promete no decírselo a Sue.

—Promesa de indio honrado —repuso, muy seria, Holly.

Ricky se rascó la cabeza, pensativo, y declaró:

—Pero creo que debemos decírselo a alguien.

Holly estuvo de acuerdo en que aquél era un secreto demasiado importante para no decírselo a algunos de sus amigos; por lo tanto, ella y Ricky se escabulleron hasta la casa de Jeff y Ann Hunter. Jeff, un niño morenito, de ocho años, estaba en el jardín de su casa, hablando con un chico mayor que iba montado en bicicleta.

—¡Canastos! —se lamentó el pecoso—. Ahí está Joey Brill.

Joey era un chico más alto y ancho que Pete, aunque los dos tenían la misma edad. Tantas veces había hecho malas jugarretas a los hermanos Hollister, desde que se trasladarán a Shoreham, que los cinco niños evitaban siempre tratar con él.

—¡Eh, Ricky, Holly! —llamó Jeff, al ver a sus amigos—. ¿Vais mañana a la subasta de la casa encantada?

—¡Claro que sí! —contestó Ricky, sonriente.

—Y compraremos algo especial —añadió Holly.

—¿Qué? —preguntó, en seguida, Joey.

—Es un secreto —dijo Holly, con una risilla.

—Vosotros, los Hollister, me tenéis harto —masculló Joey—. Siempre andáis con un secreto, un misterio, y cosas parecidas. ¡Os creéis muy importantes, pero no lo sois!

En aquel momento, Ann Hunter salió por un lateral de la casa. Ann era una niña de diez años, muy bonita, con hoyuelos en las mejillas y el cabello negro y ensortijado.

—¿Quién tiene un secreto? —preguntó, riendo y mirando a unos y otros.

—Los tontos de los Hollister dicen que tienen uno, pero no es

verdad —declaró Joey.

—¡Pues sí lo tenemos! —insistió Holly, recalcando sus palabras con un indignado zapateo.

—Si lo tenéis, ¿qué es? A ver, ¿qué es? —preguntó el camorrista, provocador.

—¡Es un caballo! —gritó Ricky, sin poder contenerse.

—¡Ah! Entonces ya lo sé. El caballo de balancín. Lo he visto en la sala de subastas —dijo el chicazo—. Mala suerte para vosotros, porque ese caballo voy a comprarlo yo.

—No le creáis —dijo Ann—. Joey tendrá que pujar, como todo el mundo, y el caballo se lo llevará el que más ofrezca.

—¿De verdad? ¡Ya veréis!



Mientras decía esto, Joey se inclinó y tiró de una de las trenzas de Holly.

—¡Ayy!

—¡Estate quieto! —ordenó Ricky.

—Oblígame tú —le retó el camorrista, dando al pecoso un empellón y haciéndole caer de espaldas.

En ese momento, el fiel perro pastor de los Hollister llegó corriendo. Al notar que algo ocurría, «Zip» gruñó a Joey. El camorrista saltó inmediatamente sobre el sillín de su bicicleta y se alejó.

—Siento que Joey estuviera aquí y os haya molestado —dijo Ann, pasando un brazo por los hombros de Holly.

Aunque era más amiga de Pam, Ann tenía mucho cariño a Holly.

—No es culpa tuya —contestó Holly—. Oye, ¿tú crees que Joey se quedará con el caballo?

—Todo el mundo tendrá las mismas posibilidades —la tranquilizó Ann—. No te preocupes.

Pero Holly estuvo preocupada hasta que llegó la hora de la subasta, a la mañana siguiente. A las diez menos cuarto toda la familia Hollister se instalaba en la furgoneta, dejando a «Zip» de guardián de la casa, y a «Domingo», el burro, en el pesebre del garaje.

El señor Hollister condujo la furgoneta a través de la ciudad y luego por las afueras, en donde se encontraba la granja Stone. Una vez allí aparcó y la familia cruzó el césped, hasta la vieja casa. Otras muchas personas habían llegado ya.

Todos los artículos que iban a ser subastados estaban desperdigados por el destartalado porche y por la hierba. De pie, en una pequeña tarima, se encontraba el señor Howe, el subastador, un hombre bajito y de mejillas encarnadas, que llevaba un sombrero de fieltro caído hacia la nuca. En la mano sostenía un mazo. A cada ratito, metía la otra mano en el bolsillo, sacaba un gran reloj de oro y lo miraba atentamente.

—Sin duda, el señor Howe dará principio a la subasta a las diez en punto —comentó la señora Hollister con una risilla, mientras iba ojeando los objetos en venta.

También sus hijos miraban, pero el caballo de balancín que anunciaran en el periódico no aparecía por ninguna parte.

—Puede que esté dentro de la casa —opinó Ricky—. ¡Vamos a mirar!

El pecoso abrió la marcha y sus hermanos le siguieron. ¡Qué olor

a moho y humedad!

—Esto es muy tenebroso —dijo Ricky, mirando a las niñas y aparentando estremecerse. Luego, sonrió respondiendo—: Vayamos arriba.

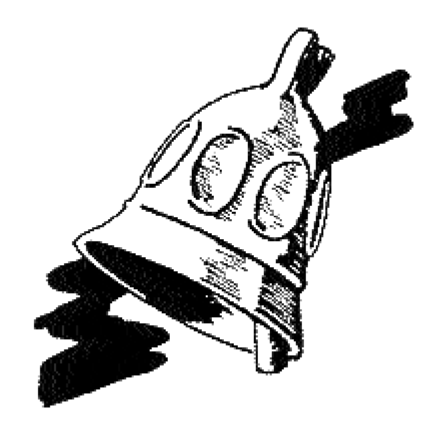
Los cinco hermanos subieron las rechinantes escaleras, de las que había sido quitada la alfombra. Al llegar al primer piso, cada uno se metió en una habitación distinta. Sue, algo asustada, se quedó junto a las escaleras, esperándoles.

De repente, de un armario del vestíbulo salió un chico, corriendo y gritando:

—¡Eeeh!

El chico dio un salto y tropezó con Sue, que perdió el equilibrio. ¡La pobrecilla Sue dio un grito y rodó escaleras abajo!

LA SUBASTA



Sue rodó como una pelota por los peldaños de la vieja casa de campo y llegó a la planta baja produciendo un gran estrépito.

—¡Huuuy! —lloriqueó—. ¡Estoy herida!

Joey Brill, el chico que hizo caer a Sue, pasó corriendo junto a ella y se alejó de la casa, sin detenerse a ayudarle para que se levantase, ni decirle que sentía lo ocurrido.

Los gritos de Sue llegaron a oídos de los demás hermanos, que seguían arriba. También la señora Hollister corrió a ver qué había sucedido. Afortunadamente, Sue sólo se había levantado la piel del codo y la rodilla. La señora Hollister dijo que salía a buscar el botiquín a la furgoneta. Cuando se enteraron de lo que había hecho Joey, todos se indignaron y Pete dijo al oído del pecoso que pensaba dar una lección al chicazo.

—Yo te ayudaré —se ofreció Ricky.

Cuando los dos chicos se alejaban, Holly les dio alcance y dijo que había oído lo que planeaban. Los tres hermanos se abrieron paso entre la multitud hasta el lugar en que ahora se encontraba Joey.



—¡No creas que puedes hacer daño a mi hermana pequeña y quedarte tan tranquilo! —gritó Pete, enfurecido.

—Yo no he hecho nada —contestó Joey, arrugando el ceño—. Ella tropezó y se cayó por las escaleras.

—¡Tú la empujaste, Joey! —insistió Pete.

—Por lo menos, pudiste pedirle perdón —añadió Holly.

Pero Joey no estaba dispuesto a confesar su falta. Siguió insistiendo en que todo había ocurrido por casualidad, y los Hollister acabaron admitiendo que podían estar equivocados.

—De todos modos, que no vuelva a pasar otra cosa así —advirtió Pete, cuando él y sus hermanos se disponían a alejarse.

—Volverá a pasar, si yo quiero —dijo Joey, propinando a Pete un puñetazo en las costillas, cuando pasó por su lado.

Pete se volvió rápidamente y golpeó al chicazo en el pecho. La señora Brill llegó entonces corriendo.

—¡Mucho cuidado con pegar a mi hijo! —gritó.

—Él me golpeó primero —protestó Pete.

—¿Por qué no os vais de aquí, chicos, y dejáis de molestar a mi hijo? —gruñó el padre de Joey.

—¡Qué frescura! —comentó Holly, mientras los tres se dirigían al lugar en que estaban sus padres esperando a que empezase la subasta.

Sue, con la rodilla y el codo vendados, se había secado las

lágrimas y sonreía nuevamente. Holly empezó a explicar lo que había ocurrido con Joey Brill, pero en ese momento la maza del subastador llamó la atención de la multitud.

—Todo cuanto hay en esta casa —gritó el hombre— será vendido hoy. Pujen alto o pujen bajo, pero pujen por todos estos valiosos artículos.

Todo el mundo se agolpó en el porche. El señor Howe se inclinó para coger del suelo una vieja cazuela de cobre que colocó sobre la mesa.

—Aquí tienen una pieza realmente antigua —dijo, golpeteando con la maza en el objeto de cobre—. ¿Quién empieza a ofrecer?

—Un dólar —dijo una voz.

—Dos dólares —ofreció otra.

—¡Yo daré tres! —gritó el señor Hollister.

—¿Quién ha dicho que da cuatro dólares? —preguntó el subastador—. Es una verdadera antigüedad.

Alguien ofreció los cuatro dólares, mientras la señora Hollister cuchicheaba con su marido:

—Me gustaría tenerla para ponerla en la repisa de la chimenea, John.

—Papaíto, cómprala —suplicó Pam—. ¡Es muy linda!

—Yo la usaré como un tambor —resolvió Ricky.

—¡Cinco dólares! —gritó el señor Hollister.

El señor Howe hizo repicar su maza, pidiendo que se siguiera pujando, pero nadie ofreció más. Entonces dijo a voces:

—¿Quién da más? Una… ¿Quién da más? Dos… ¿Quién da más? Tres. La cazuela es para este caballero, por cinco dólares.

—¡Canastos! —exclamó Ricky, acercándose a pagar los cinco dólares para recoger el artículo—. Mamá podrá hacer un montón de sopa en esta cazolota.

La gente se echó a reír al oír al pequeño.

Continuó la subasta. Se vendieron mesas, sillas, lámparas viejas, pero el señor y la señora Hollister no tenían interés en esas cosas. Tampoco a Pete y Ricky les llamaba la atención nada de lo que había y se alejaron para seguir buscando el caballo de balancín.

Al cabo de un rato, el señor Howe levantó en alto una campanilla de las que antes se usaban para llamar a la familia a

comer.

—¿Cuánto van a ofrecerme por esto? —preguntó, sacudiendo la campanilla, que en seguida produjo un sonido profundo y musical.

—Mamá, eso es lo que tú necesitas para llamar a comer a los felices Hollister —dijo Holly. Y abriendo su mano, contempló la moneda de veinticinco centavos que llevaba. Oprimió la mano de su madre y decidió:

—Creo que voy a pujar.

Reuniendo fuerzas para que su voz resultara lo bastante potente, gritó:

—¡Doy veinticinco centavos por esa campanilla!

Los presentes rieron de buena gana, porque sabían que la campana valía mucho más.

—Ofrecen veinticinco centavos —gritó el subastador—. ¿Ofrece alguien un dólar?

Pero a las personas mayores les había hecho tanta gracia la ocurrencia de Holly que nadie ofreció ni un centavo más.



—¿Quién da más? Una… ¿Quién da más? Dos… ¿Quién da más? Tres… Queda para la niñita por veinticinco centavos —dijo el señor Howe, sonriendo, mientras Holly se acercaba a recoger la campanilla.

Al regresar a su sitio, Holly tuvo que pasar junto a Joey Brill, que masculló:

—¿Te crees muy lista, por haber comprado la campanilla tan barata?

Holly irguió dignamente la cabeza y echó hacia atrás sus trencitas, pero no contestó. Cuando llegó junto a su familia, Pete y Ricky ya habían vuelto y todos rodearon a Holly para admirar la campanilla.

—Déjame verla otra vez pidió el pecoso, al tiempo que hacía resonar el badajo.

—¡No hagas eso! —pidió Pam—. Todavía están subastando.

—No podemos encontrar el caballo de balancín que citaba el periódico —dijo Pete—. Hemos estado buscándolo.

Ricky, arrugando el entrecejo, preguntó:

—¿Lo habrá comprado Joey antes de que empezase la subasta?

—Eso no estaría bien —repuso Pam—. Vamos a buscar otra vez. Puede haberse quedado escondido debajo de alguna cosa.

Los cinco hermanos caminaron lentamente junto a la multitud estacionada, examinando todo lo que aún quedaba para vender. Varios muebles de mimbre estaban apilados unos sobre otros y Pete los fue separando y dejando sobre la hierba, para cerciorarse de que el caballito no había quedado oculto, debajo.

—A lo mejor el caballito se ha ido galopando —reflexionó Sue.

—Tiene que estar en alguna parte —declaró Ricky, impaciente.

—Puede que todo haya sido una equivocación del periódico —se le ocurrió pensar a Pete.

Y estaba ya a punto de decir a sus hermanos que debían dejar de buscar, cuando Pam se fijó en una alfombra larga y estrecha, de las que se usan para escaleras, que se había dejado de cualquier manera en el suelo. La niña se acercó allí, corriendo, y al tocar la raída alfombra gritó:

—¡Mirad! Debajo hay algo.

Entre Ricky y Pete apartaron la alfombra y al momento apareció la cabeza de madera de un caballito.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. Alguien quería esconderlo.

Al mirar a su alrededor, Pete vio a lo lejos a Joey Brill.

—Apostaría algo a que ha sido él —dijo el mayor de los Hollister.

Rápidamente los niños dejaron al descubierto todo el viejo

caballo de juguete. Efectivamente, era de balancín y tenía unos cinco palmos de largo. El sillín del animal quedaba a unos setenta centímetros del suelo.

—Es estupendo —se admiró Ricky, observando que el caballo estaba en muy buenas condiciones.

Parte del cuerpo del caballo estaba recubierto con manchas negras de distintos tamaños. El penacho y el rabo, hechos con verdaderas crines de caballo, parecían de un caballo de carne y hueso.

—Este caballito tiene viruela —anunció Sue, mirando con inquietud las manchas negras—. ¡Pobrecín, está malito!

—Eso no es viruela —rió Pam—. Esas manchas sirven para conocer qué clase de caballo es.

—¿Y qué clase de caballo es? —quiso saber Sue.

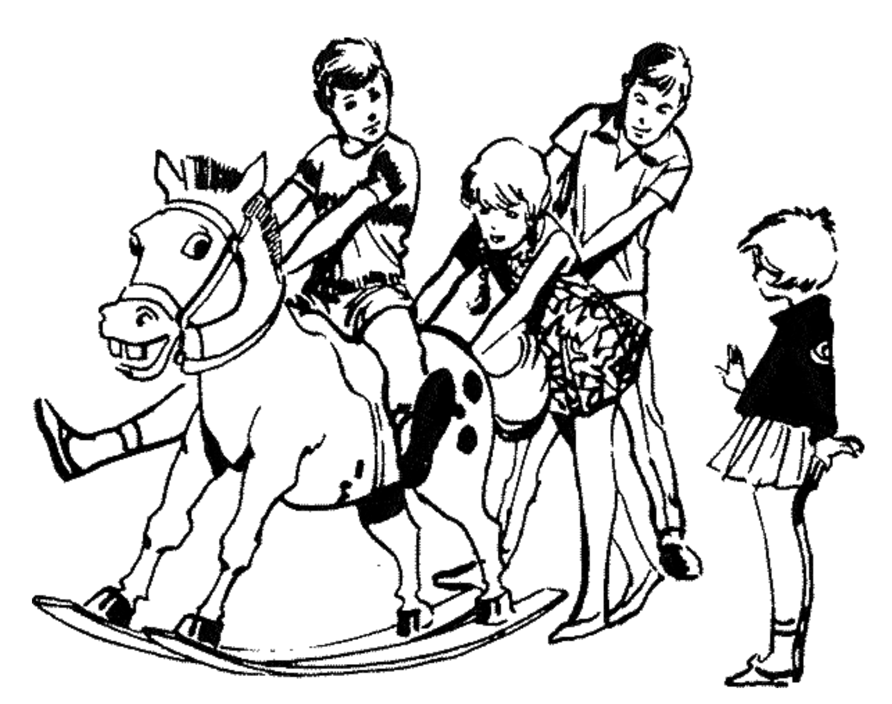
Pam tuvo que confesar que no lo sabía.

—Yo lo «saberé» ahora mismo —afirmó Sue, y corrió junto a su padre para describirle con toda minuciosidad las características del animal.

—Seguramente será la imitación de un caballo apalache —dijo el señor Hollister—. Pero tendría que verlo para estar seguro.

—Gracias, papá —contestó la pequeña, antes de marcharse a donde estaban todavía sus hermanos—. Es un caballo «apache» —les notificó—. Quiero montar un ratito.

Pam creyó preferible que, antes, subiera al sillín uno de los mayores, para asegurarse de que el juguete no era peligroso para la pequeñita. Como el animal resultaba bastante grande para sostener a un chico de siete años, se eligió a Ricky para que lo probase. Apoyó un pie en el estribo y se instaló a horcajadas sobre el caballo.



—Pero ¡si es una verdadera silla del oeste! —exclamó el pequeño con entusiasmo, empezando a balancearse en el juguete—. ¡Yuuupi! ¡Cabalga, vaquero!

—¿Podré montar un ratito? —preguntó Holly.

—Claro —le repuso Pam—. Pero deja que Ricky esté un poco más.

—Yo quiero montar —anunció la voz de Joey Brill, que llegó a toda prisa y se colocó delante del caballo—. ¡Fuera! Ya has cabalgado bastante, Ricky. Ahora me toca a mí.

—Nada de eso —gruñó Ricky, balanceándose cada vez más de prisa.

—Deja en paz a Ricky —aconsejó Pete al chicazo—. A ti te tocará después de todos nosotros.

—Eso es lo que os creéis —contestó Joey, amenazador—. En cuanto acabe tu hermano, me montaré yo.

—¡Fuera, fuera! —ordenó Ricky—. El caballo te va a morder.

—No se te ocurra… ¡Huy!

Joey dejó escapar un grito, cuando los cascos del caballo le golpearon la espinilla. El chico se dobló por la cintura, se asió una

pierna con las dos manos y empezó a saltar a la pata coja, gritando de dolor.

—Lo siento, pero ya te dije que no te acercases —dijo el pecoso, dándose cuenta de que Joey se había hecho daño de verdad.

Pero Joey daba tales alaridos que la subasta se interrumpió por unos momentos, y todos se volvieron a ver qué sucedía.

—Él ha hecho que el caballo me diese una coz —lloriqueó el chico, mirando a todo el mundo—. Yo quería montar un rato y él no me dejaba.

Sin hacerle caso, Ricky desmontó para dejar el puesto a Sue. Pero, antes de que la pequeñita hubiera podido subir, se acercó el subastador.

—Esto es un valioso objeto antiguo —dijo—. Si los niños se pelean, subidos en él, el caballo puede romperse. ¡Dejadlo! ¡Dejadlo! Yo solucionaré el asunto definitivamente.

El señor Howe tomó el caballo y lo llevó a la sala de subasta. Los Hollister le siguieron y fueron a situarse junto a sus padres.

—¿Qué dan por este espléndido caballo de juguete? —preguntó a gritos el señor Howe.

Pam se volvió inmediatamente a su madre y cuchicheó:

—Pete y yo tenemos diez dólares entre los dos. Nos gustaría comprarle el caballo a Sue.

—Me parece muy bien —contestó la madre—. Haz una puja pequeña.

—¿He oído una oferta? —preguntó el subastador.

—¡Dos dólares! —gritó Joey Brill, levantando una mano para llamar la atención.

—¡Tres! —dijo Pam.

Otras personas también pujaron, hasta que la oferta llegó a ocho dólares. Entonces Joey, con voz sonora, hizo saber:

—Yo doy nueve por el caballo.

—¡Qué lástima! —murmuró Pam al oído de Pete—. Sólo tenemos diez dólares. ¿Seguimos pujando?

—Claro que sí.

—¡Diez dólares! —dijo Pam, en voz alta.

Reinó el silencio por unos momentos. Joey Brill miró a los Hollister con ojos encendidos. Luego dijo algo en voz baja a sus

padres y en seguida, con una mueca, gritó:

—¡Once dólares!

—¿Qué vamos a hacer ahora? —murmuró Pam, entristecida. Y se volvió a su padre, preguntando—: Papá, ¿tú crees…?

Aún no había tenido tiempo la niña de acabar la pregunta, cuando el subastador vociferó:

—¡Dan once dólares! ¿Hay quién dé más? Una… ¿Hay quién dé más? Dos…

UNA CAÍDA



El subastador levantó la maza. Y estaba a punto de dejarla caer sobre la mesa, indicando que daba por terminada la venta, cuando Pete gritó:

—¡Doce dólares!

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el señor Howe.

Mientras Pete repetía su oferta, Joey Brill prorrumpió en un grito de protesta.

—¡Si yo ya había ganado el caballo! —se lamentó—. No se puede hacer eso.

—El artículo no te había sido otorgado aún —dijo el señor Howe—. Ofrecen doce dólares. ¿Hay quien dé más? De lo contrario… ¿Hay quién dé más? Dos… ¿Hay quién dé más?… ¡Tres! El caballo es para Pete Hollister.

Con un mazazo sobre la mesa, el subastador dio por concluida la venta.

—¡Eso no es justo! —protestó Joey Brill.

Pero el señor Howe no le hizo el menor caso.

Pete y Ricky fueron a pagar y volvieron con el caballo. Haciendo un guiño a su padre, el hermano mayor dijo:

—Muchas gracias por los dos dólares, papá. Los ganaremos para devolvértelos.

—Podréis ganarlos trabajando en el Centro Comercial —sonrió el señor Hollister.

Muchas veces Pete iba a ayudar a su padre en la tienda, al salir de la escuela y los sábados, para ganar algún dinero.

—Mira —dijo Pam, volviendo la graciosa carita de su hermana hacia la suya—. Tenemos un caballo para que tú cabalgues, Sue.

—¿Es para mí? —exclamó la pequeñita, entusiasmada—. ¿Tú y Pete lo habéis «crompado» para mí?

Ellos contestaron que sí y Sue se puso de puntillas para besarles, agradecida. Luego, con una risilla, Sue preguntó:

—¿Creéis que a «Domingo» le gustará jugar con este caballo?

—Claro que sí. Serán buenos amigos —contestó Pam, riendo.

Ya Joey y sus padres habían echado a andar hacia donde tenían aparcado el coche. Cuando el mal intencionado chicazo pasó cerca de Pete, le cuchicheó:

—¡Vais a pagarme esto!

Y en seguida, sin que nadie se lo imaginara, Joey se agachó para coger la campanilla y golpearla contra la cazuela.

¡CLANG! ¡Qué estrépito! El subastador interrumpió su trabajo y todo el mundo se volvió a mirar. Los Hollister comprendieron que los presentes les culpaban a ellos de lo que acababa de ocurrir. Pete estaba muy indignado y echó a correr tras el camorrista, pero antes de que hubiera podido alcanzarle, Joey se metió en el coche de sus padres. Unos segundos después, llegaban los señores Brill y toda la familia se marchó en el coche. Desde la ventanilla, Joey hacía muecas burlonas a Pete.



Pam se acercó a su hermano y dijo, con un suspiro:

—Me alegro de que Joey se haya ido. Además, es demasiado grandullón para este caballo.

—Lo único que él quería era impedir que nosotros lo tuviésemos —declaró Pete—. Pero no se ha salido con la suya, gracias a papá.

Mientras continuaba la subasta, Holly y Sue se turnaron para montar en el caballo. Al cabo de un rato, cuando se cansaron del juego, Holly dijo a su hermanita:

—Vamos a ver qué hay detrás de la casa.

Tomando a Sue de la mano, se dirigió a un lateral del edificio. En la parte posterior, el jardín estaba lleno de altas hierbas, en medio de las cuales crecía un manzano. Algunas de sus nudosas ramas colgaban hasta el suelo.

—¡Mira! De esa rama cuelga una cuerda —dijo Holly—. Tal vez podamos columpiarnos en ella.

—Vamos a probar —propuso alegremente la pequeñita, asiéndose con fuerza a la cuerda.

—Tú agárrate con fuerza y yo te empujaré —dijo Holly.



Y Sue apretó sus manos con más fuerza, para no soltar la cuerda.

—¡Qué «divirtido»! —gritó Sue, con deleite, columpiándose.

Cuando la chiquitina se cansó, dejó caer la cuerda al suelo. Holly empezó a trepar por el tronco del árbol.

—Yo quiero bajar resbalando por la cuerda —dijo.

Trepando de una rama a otra, logró llegar a aquella a la que estaba atada la cuerda. Aquella rama estaba a unos tres metros del suelo.

—Ahora figura que soy un bombero y la cuerda es la escala de bomberos —informó Holly a Sue—. Cuando yo baje, tú haces un ruido como el de una campana de incendios. ¡Que vooy!

—¡Ling, ling, ling! —replicó Sue.

De pronto se escuchó un desgarrón. Una de las hebras de la cuerda se había roto. ¡Crash! Otra hebra se partió. Holly miró hacia arriba, asustada. ¡Justamente por encima de su cabeza, la cuerda se

estaba partiendo!

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó—. ¡Me voy a caer!

Sue estaba tan asustada que no sabía qué hacer.

—¡Quieta! ¡Yo te ayudaré! —se ofreció un muchacho.

El chico que llegó corriendo por el patio tendría unos dieciséis años y vestía camisa blanca y pantalones negros. Según corría dejó caer una maletita que llevaba en la mano.

Se estaba partiendo el último cabo de la cuerda cuando el chico llegó al manzano y extendió los brazos para que Holly cayera en ellos. El impacto hizo que los dos rodaran por el suelo, pero sin hacerse daño.

—¡Vaya! —exclamó él, lanzando un silbido, mientras se ponía en pie y ayudaba a Holly a que le imitase—. ¡Por cuán poco…!

—Es verdad —sonrió Holly, tímidamente—. Muchas gracias por salvarme. Yo no sabía que la cuerda estaba podrida.

—¡Cuerda malísima! —regañó Sue, agitando un puño ante el pedazo de soga que había caído al suelo.

Los gritos que diera Holly pidiendo socorro, habían atraído a toda su familia, que pudo presenciar cómo el desconocido la salvaba. La señora Hollister dio al chico las gracias por haber evitado que Holly sufriera un serio batacazo.

—Ha sido un placer ayudarla —sonrió él—. Cuando era niño, yo también solía jugar aquí.

—¿Tú escalabas por una cuerda? —inquirió Sue.

—Sí. Y apuesto algo a que éste es un pedazo de la vieja cuerda que yo empleaba.

Los Hollister se presentaron al muchacho y éste, a su vez, les dijo que era Graham Stone, el nieto del señor Stone que muriera el pasado mes.

—Lamentamos mucho la muerte de tu abuelo —le dijo la señora Hollister.

—Yo también —contestó él, gravemente—. El abuelo era un hombre muy bueno, pero la gente no le comprendía. Yo no le había vuelto a ver desde que tenía la edad de Ricky.

—¿Por qué? —preguntó el pecoso, extrañado.

—¡Chiiist! —siseó Pam, recordando que Graham era huérfano y que ahora que se le había muerto el abuelo, seguramente no tenía

ningún pariente que le amase.

Graham, que oyó a Pam, sonrió y dijo:

—No me importa explicarlo.

Y dijo a los Hollister que había vivido en el Sur desde que tenía siete años. Como sus padres habían sido pobres, nunca pudieron permitirse el lujo de hacer un viaje a Shoreham. Y el anciano señor Stone no estuvo nunca lo bastante fuerte para hacer un viaje al Sur. Hacía dos años que murieron los padres de Graham.

—Cuando ocurrió eso —continuó el muchacho— mi abuelo me ofreció su casa. Mis padres no me habían dejado dinero, pero yo sabía que el abuelo casi no tenía ni para vivir él. De modo que busqué un trabajo en mi ciudad. Tenía habitación, comida y un poco de dinero.

—Lo que hiciste es una cosa digna de admiración —exclamó la señora Hollister.

El joven miró al suelo.

—No podía hacer otra cosa —dijo, con modestia—. Quería terminar los estudios en la escuela superior. Y todavía me faltan dos años. De todos modos…, tendré que ahorrar para ingresar en la universidad. Quiero ser veterinario.

—¿Quieres decir que serás médico de animales? —preguntó Pete.

—Eso es.

—Te darán mucho dinero en la subasta, Graham —dijo Pete, deseoso de tranquilizar al muchacho—. Y te servirá para ir a la universidad.

—La subasta ha sido una sorpresa para mí —repuso Graham, muy serio.

Y añadió que no había tenido noticias de la muerte de su abuelo hasta aquella misma mañana, cuando llegó a Shoreham.

—¡Cuánto lo lamento! —exclamó la señora Hollister, amablemente.

Hacía cinco semanas, explicó Graham, había recibido una carta del anciano señor Stone, diciendo que no se encontraba muy bien. Preocupado, Graham, cuando terminaron las clases, sacó todos sus ahorros del banco. Entonces emprendió el viaje a Shoreham y, al llegar, se enteró de la triste nueva.

—¿Por qué no te escribieron para decírtelo? —preguntó Ricky.

—Seguramente porque nadie conocía mis señas —opinó Graham.

Por el muchachito se enteraron los Hollister de que el viejecito señor Stone había sido muy excéntrico. Entre otras, tenía la costumbre de no guardar nunca un documento ni una carta. De modo que nadie habría podido localizar al nieto, aunque alguien hubiera querido hacerlo.

—¿Montabas en el caballo «apache» cuando venías aquí? —le preguntó Sue.

Graham quedó mirando a la niña, sin entender, hasta que el señor Hollister explicó que su hija se refería al caballito de madera.

—Sí, sí. Claro —contestó, entonces—. Lo montaba muchas veces. El abuelo me lo hizo imitando a un verdadero caballo apalache que había visto.

—Nosotros lo hemos comprado hoy —le explicó Holly—. ¿Tú le llamabas de alguna manera especial?

—Creo que de niño sólo le llamaba «Caballito» —sonrió Graham.

Cuanto más hablaban con él, más simpático encontraban los Hollister al muchacho. Hasta que Ricky resolvió que debía hacerle una importante pregunta.

—¿Es verdad que esta casa está encantada?

—Nada de eso —repuso Graham, risueño.

Según dijo, su abuelo había sido muy aficionado a inventar artilugios y se divertía gastando bromas a sus visitantes.

—El abuelo sabía hacer que las persianas se batieran solas y que la escalera rechinase —explicó, con una risilla—. En la buhardilla tenía un búho mecánico que ululaba en cuanto alguien abría la puerta.



Los Hollister se echaron a reír y Ricky preguntó, muy interesado, si todas aquellas cosas seguían en la casa.

—Supongo que no, pero podemos mirar —se ofreció Graham—. Primero en el granero.

La señora Hollister deseaba volver a la sala de subasta para adquirir algunos objetos de cristal. Graham se ofreció a quedarse con los niños.

A través de las altas hierbas, les condujo hasta el viejo granero rojo que estaba construido junto a la falda de una colina. Holly, Ricky y Sue entraron delante.

—Aquí es donde yo me divertía más —dijo Graham, hablando con Pam y Pete; y, sonriendo, señaló el granero—. Hay algo escondido aquí, que sé os gustará.

—¿Qué es? —preguntaron los dos hermanos a un tiempo.

—Ya lo veréis.

Las puertas del viejo granero estaban abiertas, dejando a la vista los pesebres en donde en otro tiempo comían las vacas y los caballos. Los visitantes entraron.

—¿Dónde está el gran secreto? —preguntó Pam, mirando a su alrededor y sin ver nada desusual.

—Arriba, si es que todavía está —contestó Graham, empezando a subir las escaleras que llevaban al desván—. Es mucho más viejo que yo —añadió, bromeando.

Cuando todos llegaron a aquella especie de desván, cuya puerta trasera salía a la falda de la montaña, varias golondrinas huyeron por los paneles sin cristales. Señalando a un rincón, Graham dijo:

—Creo que estará detrás de esas balas de heno. La última vez que estuve aquí lo cubrí con paja.

Cuando se aproximaban al rincón, Ricky estuvo a punto de desaparecer por un agujero del suelo. Por suerte, se sujetó a tiempo.

Graham estuvo apartando la paja a puñados y, al fin, exclamó:

—¡Vaya! ¡Igual que lo dejé!

—¡Un coche antiguo! —gritó el pecoso—. ¡Qué bonito!

—Seguro que es más viejo que papá —dijo Pam, riendo—. Mirad qué volante tan curioso tiene.

—Y las ruedas están despellejadas —observó Holly.

—¿Todavía funciona? —preguntó Pete a Graham.

—Lo dudo. Lo único que antes funcionaba bien era la bocina.

Mientras hablaba, Graham oprimió el claxon. ¡Auu! ¡Auuu! Era un sonido lastimero que hizo reír a los niños.

—Oye, ¿esto es el tesoro que dice la gente que está escondido en la granja? —preguntó Ricky.

—No, no —replicó Graham, riendo—. Eso del tesoro es un misterio para mí también. Venid. Será mejor que volvamos a la casa.

Pero los niños no deseaban irse sin que, antes, cada uno se hubiera sentado al volante del coche para hacer sonar varias veces la bocina. Ricky fue el primero, y luego el último en sentarse dentro. Estaba instalándose la última vez cuando, sin querer, se dio un golpe contra el volante. ¡CRASH! La vieja barra que lo sostenía estaba toda enmohecida y el volante se desprendió y cayó al suelo del coche.

—¡Mira lo que has hecho! —se lamentó Holly, preocupada.

—¡Oh! Lo siento mucho —murmuró el pequeño, aturdido—. Yo te lo arreglaré, Graham.

—No merece la pena arreglarlo —le contestó el muchacho—. No te preocupes. Pero me parece que oigo silbar a vuestros padres. Deben de estar buscándoos. Será mejor ir a ver.

Dejaron el granero y corrieron a hablar a sus padres del maravilloso coche antiguo. Luego Graham, sonriendo, dijo:

—Si la granja llega a ser para mí, como único heredero del abuelo, los chicos podréis quedaros con ese viejo artefacto.

—¡Estupendo! —gritó Pete, entusiasmado.

Pam volvió a preguntar a Graham qué creía él que sería el tesoro del que tanto hablaba la gente. El chico movió de un lado a otro la cabeza, contestando que no lo sabía.

—La única pista que tengo, que pueda referirse a algún tesoro, está en la última carta de mi abuelo. El dinero de la subasta servirá para pagar las deudas del abuelo. Debía dinero a mucha gente.

Graham metió la mano en el bolsillo y sacó una carta. Después de desdoblarla, mostró uno de los párrafos a los Hollister.

—Está muy borrosa —dijo.

—Las únicas palabras que puedo entender son: «Muchacho misterioso es la única cosa de valor que puedo dejarte» —leyó el señor Hollister.

—¿Tu abuelo te llamaba «muchacho misterioso»? —indagó Ricky.

—Que yo sepa, no —contestó Graham—. La verdad es que esas palabras nunca se las oí decir. No sé qué significan.

—Entonces, puede que haya algún otro «chico misterioso» —opinó Pam—. ¿No podría ser el nombre de uno de los inventos secretos de tu abuelo?

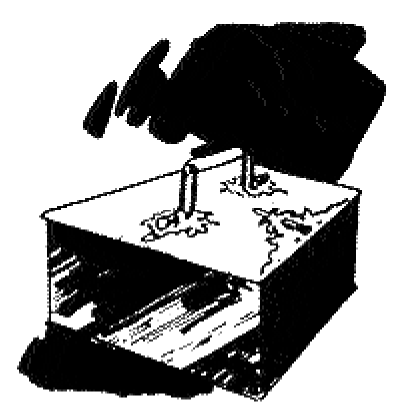
Graham contestó que no lo sabía.

—A lo mejor hay una pista en la casa —se le ocurrió decir a Holly.

—¡Es posible! —dijo Graham, con el rostro alegre.

—Entonces hay que buscar en la casa, para encontrar el tesoro —apremió Ricky, echando a correr hacia la puerta trasera.

LA CAJA DEL TESORO



La idea de buscar un tesoro en la vieja casa no se le había ocurrido a Graham Stone. Pero, cuando los Hollister hablaron de ello, el muchacho se sintió interesado.

—Aunque no se me ocurre por dónde mirar —dijo, mientras seguía a los hermanos Hollister al interior de la casa.

—A veces se esconden cosas detrás de alguna losa suelta de la chimenea —sugirió Pete.

El grupo estuvo examinando el enlosado de la chimenea y Graham golpeteó la repisa y los amplios paneles que rodeaban el hogar de piedra.

—Aquí no hay tableros deslizantes y secretos —dijo, al fin.

Ricky se sumió en las profundidades de la chimenea y miró hacia arriba. Cuando volvió a asomar la carita, lo hizo lleno de hollín.

—Ten cuidado —le aconsejó Pam, sacando el pañuelo para limpiarle.

—Si quiero ser un detective de verdad, tengo que mancharme —protestó el pequeño.

A continuación iniciaron la búsqueda en alacenas y armarios. En

uno de los estantes de la despensa, Holly descubrió una taza rota dentro de la cual había un penique. Muy contenta llamó a todos, anunciando que había encontrado un tesoro. Cuando los demás se acercaron a ver, la chiquitina mostró con orgullo la moneda en la que había grabada una cabeza de indio.

—Desde luego es una antigüedad —dijo Graham, riendo—. Vamos. Hay que seguir buscando.

Después que se hubo mirado en todos los rincones de la planta baja, el grupo subió en tropel las escaleras por las que había rodado Sue. Los armarios del piso alto estaban tan vacíos como una casa sin alquilar. Y no había aberturas secretas en el suelo. Estaban en un dormitorio del fondo de la casa, cuando Graham señaló una trampilla del techo.

—Pero ¿cómo se puede llegar ahí? —preguntó Ricky—. No hay ninguna escalera.

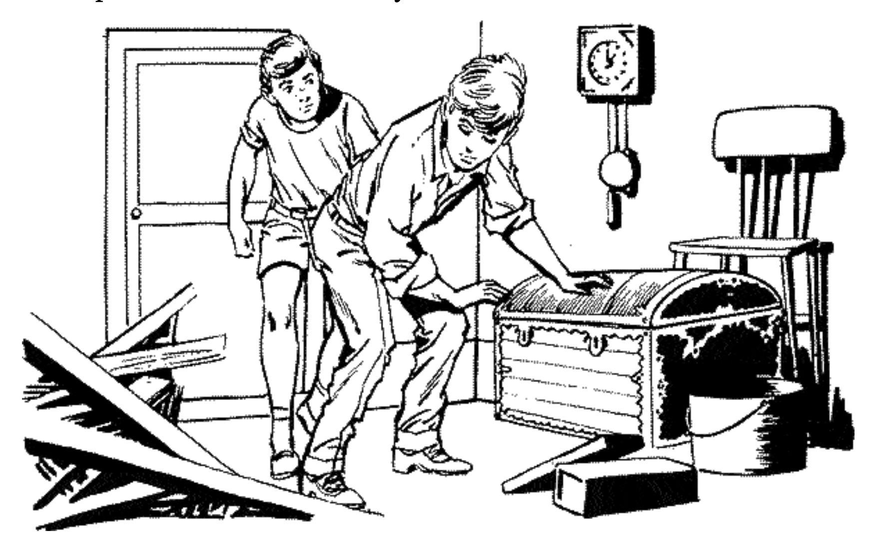
—Podrías subirte tú sobre mis hombros y abrir la portezuela —propuso Graham.

Así lo hizo Ricky y, de ese modo, trepó hasta un cuartito sombrío, que tenía una ventana pequeña y cubierta de polvo.

—¡Canastos! ¡Cuántas telarañas! —gritó.

—¿Hay alguna cosa, además de las telarañas? —preguntó Pete.

—Esperad un momento. Voy a ver.



Los que estaban abajo pudieron oír a Ricky caminando por

encima de ellos. Y de repente le oyeron gritar:

—¡Lo he encontrado! ¡He encontrado el tesoro!

—¿Qué es? —preguntaron todos a una.

—¡Una caja viejota de hojalata! —explicó el pelirrojo, asomando la naricilla por la abertura del techo.

Ricky llevaba en las manos una herrumbrosa caja, cerrada con llave. Ricky la sacudió diciendo:

—Suena como si estuviera llena de monedas. Ayúdame a bajar, Graham.

Mientras Ricky se deslizaba por la abertura, Graham, situado debajo, guió los pies del pequeño hasta sus hombros. Por fin Ricky saltó al suelo, todavía con la caja en sus manos.

—La he encontrado debajo del alero —dijo, tendiendo la caja a Graham—. Anda. Ábrela en seguida, a ver qué es el tesoro.

El chico intentó descerrajar la caja, pero no lo consiguió.

—Buscaré un martillo y la romperé —dijo Graham, lleno de entusiasmo.

Corrió escaleras abajo, seguido de cerca por los cinco Hollister. Al encontrar en el porche a los padres de sus nuevos amigos, Graham dijo:

—Ricky ha encontrado el tesoro. ¡Miren!

—Magnífico. ¿Y cómo vas a abrirlo? —preguntó la señora Hollister.

—Rompiendo la caja. No tenemos llave.

Ricky, que llevaba un rato hurgando en su bolsillo, extrajo de pronto, un largo clavo.

—Tal vez esto te sirva para abrirla —dijo.

Graham cogió el clavo y lo introdujo por la cerradura. Luego, con un rápido y fuerte giro, hizo saltar la cerradura. Mientras los cinco hermanos observaban, conteniendo el aliento, Graham levantó la tapa.

—¡Son botones! —exclamaron los niños, con voz lastimosa.

La caja estaba llena de botones de todas clases. Grandes, pequeños, de cobre, de madera…

—Seguramente es la colección de mi abuela —murmuró Graham —. Y deben subastarse. Los llevaremos abajo.

—Cuanto me gustaría tenerlos —murmuró Pam.

Pete pensó que ante todo debían comprobar si el tesoro estaba escondido entre aquellos botones. Graham volcó el contenido de la caja en el suelo, sin que cayera otra cosa más que botones. Luego de meterlos de nuevo en la caja, el chico llevó ésta al porche.

Pero la subasta ya había terminado y la gente se marchaba. Graham explicó al subastador cómo había encontrado los botones y le preguntó qué debía hacer con ellos. A Pam le gustaría tenerlos…

El señor Howe sonrió y dijo:

—Yo os diré lo que se puede hacer. Supongamos que celebramos una subasta privada. Si alguno no tiene dinero, puede ofrecer algún objeto de su propiedad como pago.

—Yo te doy un chicle por los botones —anunció, risueña, Sue, sacando una barrita de goma de mascar de su bolsillo.

Pete y Ricky no deseaban para nada la caja de botones, de modo que no hicieron oferta, pero Holly dijo en voz muy alta:

—Yo doy un pirulí.

¡Pobre Pam!… No se le ocurría nada que ofrecer para que el subastador pudiera tenerla en cuenta. Lo único que tenía…

—Yo ofrezco una carta del destino —dijo, tímidamente, llevándose la mano al bolsillo—. La saqué en una máquina parlante. Y es una carta de muy buena suerte.

El señor Howe estalló en risotadas. Cuando al fin se calmó, dijo:

—¡A la una, a las dos, y a las tres! Los botones quedan para la niña con la carta de la fortuna. —Mientras Pam le entregaba la carta él añadió—: No me irá mal un poco de buena suerte, así que me quedo yo la carta y pondré veinticinco centavos por ella.

Y según hablaba se inclinó sobre el libro de ventas y anotó la operación que acababa de hacer.

—¿Ha ganado usted mucho dinero para Graham? —le preguntó Holly.

—¿Para Graham? —preguntó el señor Howe con extrañeza—. La subasta se ha hecho para sufragar las deudas del señor Stone.

El joven Graham explicó quién era y dijo que acababa de llegar a Shoreham. El señor Howe, que vivía algo lejos de la ciudad, no sabía nada del testamento del señor Stone y nada pudo decir al chico.

—Iré a la ciudad para ver al abogado del abuelo o a alguien que

me pueda decir cómo están las cosas.

El señor Howe se ofreció a acompañarle.

—Voy a ir a la ciudad dentro de unos minutos —dijo.

Mientras él recogía las cosas, los niños fueron con Graham a donde estaban los señores Hollister. Pam enseñó a su madre la caja de botones.



—Pero ¡muchos son antiguos y muy interesantes! —comentó la señora Hollister—. Algunos pertenecen a los uniformes que se llevaban durante la guerra civil. No deben usarse para jugar, Pam. Pueden convertirse en pendientes muy bonitos.

—Entonces, he hecho un buen negocio —contestó, riendo, la

hija.

—No cabe duda.

Mientras esperaban a que el subastador estuviera listo para llevarse a Graham a la ciudad, Pete hizo más preguntas al muchacho.

—Trabajo en una granja donde crían caballos —dijo Graham.

—Debe de ser divertido —opinó Pam.

—Sí. Lo es. Criamos caballos apalaches… La misma raza que el caballito que habéis comprado. Son animales muy inteligentes y les entrenamos para que trabajen en el circo.

—Entonces, ¿eres un domador de caballos? —inquirió Pete, admirado.

—Algo así. Me gusta cabalgar, especialmente en los apalaches. Son muy buenos caballos.

—¿Y cómo les han salido esas «pupas» a los pobrecitos? —preguntó, de improviso, Sue.

Graham y los demás rieron, divertidos. Después, el nieto del anciano señor Stone explicó a la pequeña que los caballos manchados, como los apalaches, habían sido utilizados mucho en la China antigua.

—Pero nuestro caballo no tiene los ojos de «raya» como los chinos —dijo Holly, poco convencida.

Esta ocurrencia hizo que los demás volvieran a reír. Entonces Graham empezó a contar la historia de los hermosos caballos apalaches.

—Los antiguos chinos les llamaban Caballos Celestes. Y eran los favoritos del Emperador.

—¿Y cómo llegaron a América? —quiso saber Pam.

Graham explicó que los primeros caballos de aquella raza habían sido llevados a México por los españoles. Eso ocurrió muchos años antes de que se empezasen las verdaderas exploraciones.

—Los indios los criaban y se encariñaron con ellos, apreciando su inteligencia y resistencia. Eran muy rápidos y, al mismo tiempo, muy suaves y afables.

Graham añadió que la tribu Nez Percé, de Idaho, había criado cientos de aquellos caballos.

—¡Qué interesante! —comentó la señora Hollister—. ¿Dónde

está el rancho ganadero en que trabajas, Graham?

El chico contestó que se encontraba lejos de allí, al sur, en una región donde había muchos ranchos ganaderos.

—Y tendré que volver allí pronto —dijo—. Trabajo para un hombre muy bueno. Él cuenta únicamente conmigo para su trabajo, y no quiero tenerle solo demasiado tiempo.

Ahora el subastador ya estaba preparado para marchar. Se había metido en su coche y lo conducía por el camino del jardín. Graham empezó a despedirse de los Hollister. Después de cuchichear unas palabras con su marido, la señora Hollister dijo:

—Nos encantaría que vinieses a cenar y pasases la noche en nuestra casa, Graham.

—Gracias, señora Hollister. Me alegra su invitación. En cuanto atienda esos asuntos en la ciudad, iré a su casa.

La madre de los Hollister dio a Graham la dirección de su casa. Luego, Graham entró en el coche del señor Howe y saludó a todos con la mano.

—Hasta luego.

Los Hollister también le dijeron adiós, antes de ir a instalarse en su furgoneta. Al llegar a casa, el señor Hollister descargó el caballo de balancín. Los dos muchachos llevaron el resto de los objetos que habían adquirido en la subasta para dejarlos en la sala. Muy emocionadas, Pam y Holly entraron con la caja de botones.

—Vamos —dijo Pam a su hermana—. Usaremos el banco de carpintero de papá para hacer algunos pendientes.

Las dos niñas corrieron al sótano, donde Pam guardaba unas pequeñas herramientas, especiales para joyería, que le había regalado la señora Ruth Thomas, una prima de su madre.

Ricky y Sue, entre tanto, habían abierto la puerta del garaje para ir a jugar con su burrito negro. Ricky sacó a «Domingo» al jardín, montó sobre él a Sue y les llevó a dar varias vueltas por el patio. Sue se echaba hacia delante y hacia atrás una y otra vez, para ver si «Domingo» hacía lo mismo que el caballito de madera.

—¡Qué pena! Me parece que éste no es un caballo «apache» —dijo al fin la chiquitina, con un suspiro.

—¿Sabes cómo podemos hacer que lo sea? —replicó Ricky, con los ojillos relucientes.

—¿Cómo?

Ricky bajó a su hermanita del burro y le dijo algo al oído.

—Eso, eso. Hay que hacerlo «in siguida» —aplaudió Sue, dando saltitos.

Entre los dos volvieron a llevar a «Domingo» al garaje y cerraron las puertas. De un estante bajó Ricky un bote de pintura de los de su padre. Mientras levantaba la tapa, el pecoso se lamentó:

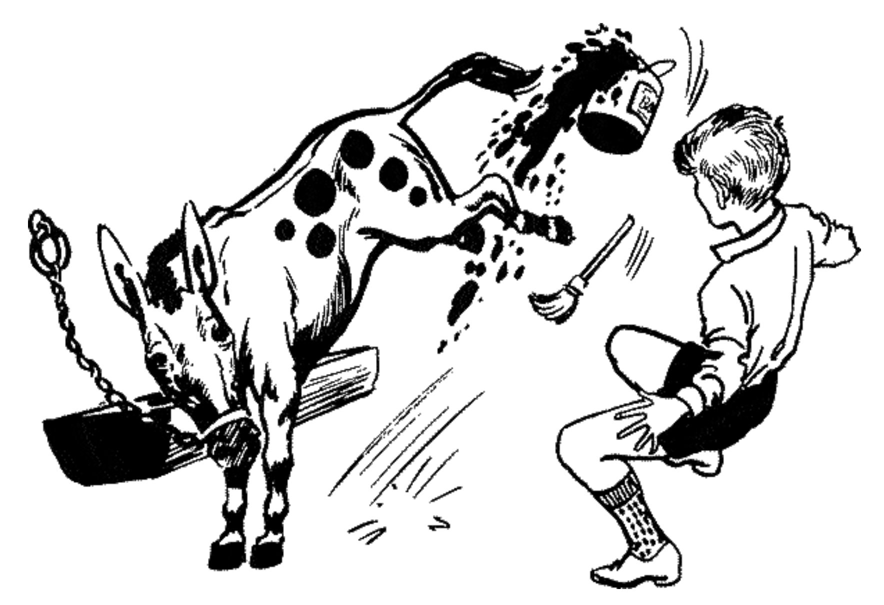
—Qué rabia. No tenemos Brocha.

—Podemos usar un palo —propuso Sue, agachándose a coger uno del suelo.

—Claro. Eso valdrá.

Mientras se efectuaban todos estos preparativos, «Domingo» estaba en su pesebre, con las orejas muy tiesas y la cabeza vuelta, para mirar por encima del lomo a los dos niños, como si pensara: ¿qué está pasando aquí?

—Lo estamos preparando todo para pintarte, «Domingo», guapito, y que seas un caballo «apache» —explicó Sue, entre risillas, al animal.



Ricky metió el palo en la pintura y empezó a pintar algunos manchones en el flanco del burro. A «Domingo» esto no le gustó ni un poco. Muy nervioso, empezó a moverse ahora hacia un lado,

luego hacia el otro, intentando evitar que le rozase el palo.

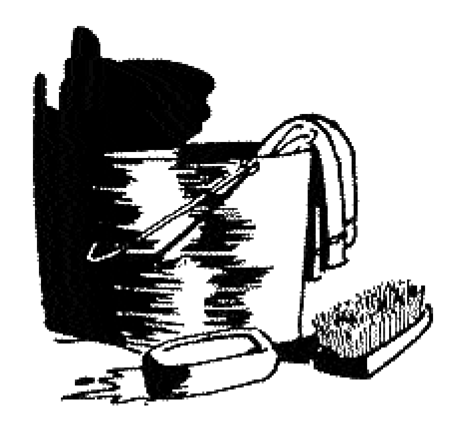
—¡Vamos, «Domingo»! ¡Estate quieto, a ver si podemos pintarte unas manchitas! —ordenó Ricky, muy serio.

Pero cuanto más pintaba Ricky, mayor era la indignación del burro. Hasta que, al fin, el animal dio una gran coz. Sus cascos chocaron con el bote de pintura y lo hicieron volar por los aires.

—¡Cuidado, Ricky! —gritó la pequeña.

Pero su hermano ya no tuvo tiempo de apartarse. ¡Y el bote de pintura cayó boca abajo, sobre su rojiza cabeza!

UN GRAN DESCUBRIMIENTO



—¡Canastos! —gritó Ricky, apretando mucho los párpados.

Se quitó el bote de la cabeza y lo tiró al suelo. Pero ya la pintura, no muy espesa, resbalaba por su cabello hasta la cara y goteaba sobre sus ropas. El pecoso levantó las manos para limpiarse y luego sacudió con disgusto la pintura de sus dedos. Sue, sin comprender lo incómodo que estaba su hermano, prorrumpió en risillas estridentes:

—¡Ay, ay, qué gracioso estás, Ricky!

Al chiquillo no le parecía que aquello tuviese la menor gracia.

—¿Cómo voy a limpiarme todo esto, si no puedo abrir los ojos? —gritó, desesperado—. Sue, tráeme una toalla.

A todo esto, «Domingo» prorrumpió en un prolongado rebuzno. ¡Aaah!

—Me parece que al pobre burro no le gustaba que le hiciésemos caballo —comentó Sue, mientras corría hacia la casa—. Mamá, ven a ver a Ricky y tráele una toalla para limpiarle toda la salsa de «apache».

La señora Hollister, que estaba en la cocina, no dio importancia a las palabras de la niña, y aunque fue a coger dos servilletas de

papel, lo hizo sin la menor prisa. Pero, cuando salió de la casa y vio a Ricky, que estaba en la puerta del garaje, exclamó con desaliento:

—¡Santo cielo! ¡Pero, hijo! ¿Qué has hecho?

—Es que estábamos pintando a «Domingo» —explicó Sue— y él ha dado una coz al bote. Por eso la pintura se ha caído en la cabeza de Ricky.

La señora Hollister corrió hacia el pecoso y le limpió la cara y la cabeza para que el niño pudiera abrir los ojos. Luego, le cubrió la cabeza con un gran paño que hizo traer a Sue del garaje.

—Quédate aquí hasta que yo vuelva —dijo al pecoso—. Voy a lavarte la cabeza.

La señora Hollister desapareció en el interior de la casa, para volver a los pocos momentos con una palangana de agua jabonosa y un cepillo duro. Ricky se quitó la camisa y se inclinó sobre la palangana, y su madre le frotó la cabeza con el agua y el cepillo, hasta que el pelo del pequeño volvió a quedar rojo.

Entretanto, Sue había ido a contar a los demás lo ocurrido, y todos llegaban corriendo. La pequeña les condujo a visitar a «Domingo». ¡Qué aspecto tenía el burro!

—¡Pobrecito! —exclamó Pam, compasiva.

Pete se echó a reír, y dijo al burro:

—No me extraña que hayas coceado el bote de pintura. No te preocupes. Entre Pam, Holly y yo te lavaremos.

—Podéis usar este agua —dijo la señora Hollister—. Yo he acabado.

Ya no quedaba en Ricky nada de pintura, pero sí estaba lleno de agua jabonosa. De modo que su madre le dijo:

—Ahora entra y date una ducha.

Pete tomó la palangana y fue a buscar más jabón y agua. Al volver dijo cariñosamente al burro:

—Ahora, «Domingo», pareces un precioso caballo apalache pintado.



En seguida el muchachito se puso al trabajo de frotar al burro.

—¡Aiii, aiiii! —rebuznó «Domingo», mientras Pete le frotaba los flancos.

Por fin el animal quedó limpio y con la pelambre lisa. Entonces husmeó a su dueño, como queriendo darle las gracias por el lavado y se tumbó a descansar.

Ricky estuvo extraordinariamente silencioso durante la comida y a lo largo de la tarde. Pero la idea de que Graham iba a visitarles le hizo alegrarse, al fin.

—Supongo que llegará a tiempo de cenar —dijo Pam, mientras, con la ayuda de Holly, ponía la mesa.

Pero cuando la cena estuvo lista y Graham continuó sin presentarse, la señora Hollister sugirió que se sentasen sin esperarle.

—Ya calentaremos la cena de Graham, si viene —dijo.

Mientras Pete acercaba una silla a su madre, para que se sentase, Pam deslizó ante ella un paquetito.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó la señora Hollister. Sus dos hijas mayores sonrieron mientras ella deshacía el paquete y exclamaba—: ¡Oh, qué preciosos pendientes!

—Holly me ha ayudado a hacerlos con los botones antiguos —explicó Pam.

—Muchas gracias a las dos —dijo la madre, enviando un teso

con la mano a cada una de sus hijas, antes de ajustarse las pequeñas águilas de latón a las orejas.

Durante la cena, los niños no cesaban de mirar hacia la puerta principal, esperando ver aparecer a Graham. Pero el chico no se presentó.

Antes de servir el postre, la señora Hollister dijo a su marido:

—John, ¿por qué no telefoneas al subastador y le preguntas si sabe a dónde fue Graham? Tal vez ha olvidado nuestro nombre y dirección. Podríamos llamarle nosotros, si está todavía con los abogados.

El señor Hollister asintió y fue al teléfono del vestíbulo. Después de sostener una breve conversación con el señor Howe, colgó y volvió con su familia.

—El señor Howe no tiene idea de a dónde fue Graham. Le dejó en un esquina, en la parte baja de Shoreham. Lo que puedo hacer es telefonear a diversos abogados y comprobar cuál de ellos es el encargado de administrar los bienes del difunto Stone.

—No te preocupes —dijo su esposa—. La mayoría de las oficinas estarán ya cerradas. Puede que Graham venga aún.

Después de un delicioso postre de bollos de crema helada, Pam y Holly recogieron las cosas de la mesa. Mientras, Pete, Ricky y Sue estuvieron jugando en la salita con el caballo de balancín.

—Debemos engrasarlo, ¿no os parece? —preguntó Pete—. Así se mecería con más suavidad.

Ricky estuvo de acuerdo con su hermano y el señor Hollister aconsejó que pusieran varios periódicos debajo del juguete, antes de engrasarlo. Mientras Pete se encargaba de hacerlo, Ricky fue al sótano a buscar una lata de aceite.

Empezó el trabajo. Sue no pudo cabalgar durante un buen rato. Por lo tanto, mientras sus hermanos se ocupaban de efectuar el engrasado, ella se entretuvo inspeccionando de cerca el juguete. Al poco, Sue levantaba las crines. Debajo descubrió una placa ovalada de latón. Era vieja y el tiempo le había dado un color verdoso, pero Sue creyó ver unas palabras inscritas en la placa.

—¡Mirad! —exclamó.

Sus hermanos suspendieron el trabajo y miraron hacia donde señalaba el dedito gordezuelo de Sue. También el señor Hollister se

acercó a mirar la placa.

—Habrá que limpiarla para poder leer —dijo.

—Iré a buscar papel de lija —se ofreció Ricky, volviendo a marchar al sótano.

Mientras esperaban, Sue preguntó a su padre qué creía que podía decir la placa metálica. Él contestó:

—Yo creo que dirá el nombre del caballito —repuso el señor Hollister.

Pam y Holly, que ya habían acabado de ayudar a su madre, acudieron a ver qué ocurría. Ricky se presentó con el papel de lija y empezó a frotar la placa.

—Ya empieza a verse —anunció.

—¿Puedes leer el nombre? —preguntó Holly, emocionadísima.

—No. Sólo unas letras sueltas —repuso el pecoso.

Pete se inclinó a mirar. Muy borrosas, pudo distinguir una «m», una «o» y una «t». Cogiendo el papel de lija de manos de Ricky, frotó con más fuerza.

—Ahí está. Ya puede verse —dijo al poco—. Pero… ¡si el nombre es «Muchacho Misterioso»!

—¿«Muchacho Misterioso»? —repitió Pam, asombrada—. Eso es lo que el señor Stone escribió en la carta, diciendo a Graham que eso era todo lo que podía dejarle.

—Tienes razón —concordó Pete—. ¿Tú crees que el señor Stone se refería a este caballito?

—Estoy segura —fue la respuesta de Pam—. Puede que haya algún importante secreto que tenga que ver con este caballo.

—No lo parece ni una pizca —declaró el pelirrojo—. Esto no es más que un viejo caballo de madera.

—A lo mejor el secreto está en ese nombre de «Muchacho Misterioso» —murmuró Holly, pensativa—. Si Graham viniera, tal vez pudiese resolverse el misterio.

—Pero él no sabía que el caballito tuviera un nombre —recordó Pete a los demás—. Ni parecía que él creyese que este caballo tuviera ningún valor, porque no pareció importarle que nos quedásemos con él.

—¿Quieres decir que su abuelo no le diría que algún día heredaría el caballito? —preguntó Holly, y cuando su hermano dijo

que sí con la cabeza, ella añadió—: De todos modos, me gustaría que Graham viniese.

La señora Hollister, que entró entonces en la sala, al enterarse de lo que pasaba, comentó que tal vez el señor Stone había colocado la placa después que Graham y sus padres marcharon de Shoreham.

—Y, evidentemente, nunca les dijo nada de ello. Es un verdadero secreto.

Los niños estuvieron jugando un rato en el césped del jardín, pero cuando llegó la hora de acostarse, Graham aún no se había presentado.

—Dios quiera que no le haya sucedido nada —dijo Pam, inquieta.

—Graham debió telefonearnos, si no pensaba venir —opinó Pete.

Y la señora Hollister contestó:

—Tal vez le ha sucedido algo que le ha obligado a regresar rápidamente al Sur. Si ése es el caso, estoy segura de que tendremos noticias suyas en cuanto tenga oportunidad de escribir. Tened paciencia, hijos.

Generalmente, a la madre no le costaba ningún trabajo hacer que los pequeños fuesen a la cama. Pero, en aquella ocasión, todos estaban tan nerviosos con los acontecimientos del día y el caballito de balancín que, uno a uno, fueron pidiendo montar una vez más en el animal. Sue, que había sido la primera en solicitar permiso para montar, desapareció unos segundos. Al regresar lo hizo acompañada de toda la familia gatuna de los Hollister: «Morro Blanco» y sus cinco mininos.



—Mirad todos —pidió la pequeñita—. ¡Estoy forrada de gatos!

La gata madre iba bajo el brazo izquierdo de la pequeña. Dos de los pequeños se aferraban a su codo derecho. Otro se encontraba en el codo izquierdo y el quinto iba montado en lo alto de la cabeza de Sue.

Al verla, su familia prorrumpió en carcajadas y Pam preguntó:

—¿Qué vas a hacer con ellos?

—Darles un paseo en el «Muchacho Misterioso».

Los mininos maullaron y, uno a uno, fueron arrojándose al suelo. Sue los atrapó de nuevo y empezó a instalarlos en el lomo del caballo.

—¡«Tutti-Frutti», estate quieto! —regañó la niña.

¡Qué trabajoso resultó dejar a todos los gatos en equilibrio a un mismo tiempo! «Medianoche», «Bola de Nieve», «Humo» y «Mimito» fueron colocados a continuación de «Tutti-Frutti». Y «Morro Blanco»

cerró la hilera. Pero en seguida resbaló y quedó atrapada al rabo del caballo. Sue volvió a colocarla arriba.

Cuando, al fin, los gatos estuvieron bien instalados, Sue empezó a balancear al caballo. Atrás, adelante, atrás, adelante, atrás, adelante. Los gatos se mostraban inquietos. De pronto, «Morro Blanco» lanzó un maullido, como si quisiera decir a sus hijitos que ya bastaba de hacer el ridículo. Al instante, ella y sus hijos saltaron al suelo.

—Yo me las entenderé con los gatos —dijo el señor Hollister—. Ahora, todos a la cama. Ricky, Holly y Sue los primeros. ¡El último en llegar será una sucia tortuga!

Los tres pequeños se echaron a reír y empezaron a subir las escaleras tan de prisa como les fue posible. Ricky iba el primero, pero resbaló y Holly le tomó la delantera. Con las prisas, volvió a tropezar y Sue también le pasó delante.

—¡Ricky es la sucia tortuga! —canturreó la pequeñita.

—Bueno. Hoy no es mi día de suerte —refunfuñó el chico, mientras él y las dos niñas se preparaban para meterse en la cama.

Un rato después el hogar de los Hollister estaba silencioso, pues todo el mundo dormía. Los mininos estaban en el sótano, pero a «Zip» se le había dejado paseando por la casa, como si fuera un perro policía, y podía dormir donde prefiriese.

A medianoche, Holly se despertó, sobresaltada, al oír aullar a «Zip». Y cuando el animal empezó a ladrar, todos sus hermanos se sentaron en la cama.

—Creo que debe haber alguien intentando entrar en casa —dijo Pam, muy nerviosa, hablando con Holly que dormía en la misma habitación.

Desde el vestíbulo llegó la voz de Pete que decía:

—Ven, papá. Vamos a ver qué ha inquietado a «Zip».

Todos los niños saltaron apresuradamente de la cama.

PROBLEMAS CON LOS BOMBEROS



Mientras bajaba de puntillas, detrás del señor Hollister, las escaleras casi sin iluminar, Pete escuchaba atentamente. «Zip» seguía ladrando y acompañaban los ladridos un crujido extraño. Pam, que iba pisando los talones a Pete, cuchicheó a su hermano:

—¿Qué supones que será?

Pete tuvo que confesar que no podía imaginarse de qué se trataba. Si había algún ladrón en la casa, «Zip» ya debiera haberle atrapado. Y respecto a los aullidos… Eso era algo que el perro sólo hacía cuando estaba preocupado.

Antes de que el señor Hollister hubiera llegado al último escalón, toda su familia, menos Sue, se encontraba en las escaleras, tras él. El señor Hollister encendió la luz de la sala.

¡Lo que vieron fue algo sorprendente! «Zip» estaba agazapado en el suelo, mirando con ojos muy abiertos al caballo de balancín, que se mecía solo.

—¡Cangrejos! ¡Es un caballo mágico! —exclamó Ricky, mientras todos se agolpaban alrededor del juguete.

—¿Qué es lo que le ha hecho balancearse? —preguntó Pam.

—Alguien ha debido de ponerlo en movimiento —repuso el

padre.

—Puede que haya algún extraño en casa —dijo la señora Hollister, mirando, inquieta, a todos los rincones.

—Inspeccionaremos la casa —anunció su marido—. Vosotros quedaos aquí. ¡Vamos, «Zip»!

Él y su fiel perro pastor buscaron por todas las habitaciones de la planta baja y luego bajaron al sótano. Al volver a la sala, el señor Hollister dijo:

—No hay nadie por ninguna parte.

Súbitamente, Holly preguntó:

—¿No podría ser que Joey Brill haya entrado en casa para quitarnos el caballito, y «Zip» le haya asustado?

Su padre no estaba de acuerdo con aquella suposición.

—Son las tres de la madrugada —dijo, consultando su reloj de pulsera—. Joey no andará por ahí a estas horas.

—Entonces, ¿quién ha hecho balancearse al caballito? —insistió Holly.

—Yo creí que el mismo «Zip» lo habría movido con el morro —dijo la señora Hollister—. Pero veo que el caballo sigue meciéndose.

—Debe de tener dentro alguna maquinaria que lo hace seguir moviéndose —opinó Pete—. Si no, se habría parado hace rato.

—Lo que hay que hacer es desmontar el caballo —decidió Ricky.

Pero el señor Hollister consideró que lo más oportuno era volver a la cama.

—Podéis examinar el caballo mañana, cuando volvamos de la iglesia. Ahora, todo el mundo arriba —ordenó.

Mientras toda la familia subía las escaleras, Pete comentó:

—Es una pena que Graham no sepa nada de esto.

—Es cierto —concordó el padre.

Al día siguiente, después de regresar de la iglesia, los Hollister se sentaron a comer. La conversación giró en seguida en torno al caballito.

—¿Vamos a «saminarle» esta tarde? —preguntó Sue, mientras se comía un pudín de chocolate cubierto con crema batida.

—Eso es lo que Pete y yo planeamos hacer —dijo Ricky, con aires de importancia—. ¿Nos ayudarás, papá?

El señor Hollister contestó que lo haría con mucho gusto.

Cuando terminó la comida, los dos chicos le ayudaron a bajar el caballito por las escaleras del sótano. Colocaron el juguete sobre el banco de carpintero y lo examinaron con atención para ver por dónde podía desmontarse.

Las niñas también deseaban observar, pero su padre les dijo que el taller resultaba demasiado pequeño para tanta gente. Si él y los muchachos encontraban algo interesante dentro del caballo, las avisarían.

Las tres niñas salieron al jardín. Holly, que estaba aburrida, tomó un palo de croquet y empezó a golpear las pelotas. A una de ellas le dio con tanta fuerza que rodó por el camino de coches hasta la calle, y cruzó la acera. Cuando corría a buscar su pelota, Holly vio pasar al autobús. Al mirar al interior del vehículo, la niña ahogó una exclamación.

¡Uno de los pasajeros era Graham Stone! El muchacho no vio a Holly porque iba mirando al frente. En cuanto recogió su pelota, Holly corrió a contar lo que había visto a sus hermanas.

—¿Estás segura de que era Graham? —preguntó Pam.

Cuando Holly insistió en que lo era, las tres niñas entraron en casa para informar a su madre.

—¡Tenemos que encontrarle! —apremió Pam—. Mamá, el autobús va a la estación. Puede que Graham se marche de aquí.

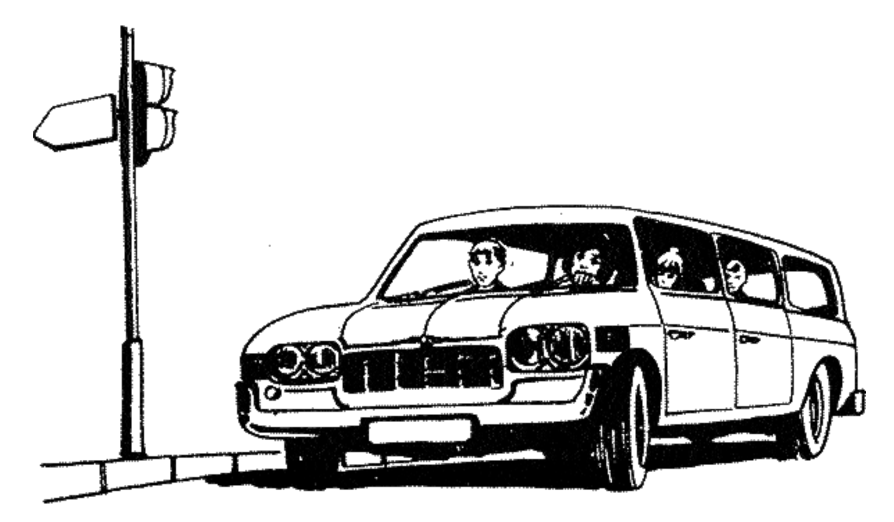
Sue se puso tan nerviosa, sin saber por qué, que empezó a dar saltitos, al tiempo que gritaba:

—¡Vamos «in siguida»! ¡Vamos «in siguida»!

—Está bien —accedió la madre—. Mientras yo saco el coche, id a decirle a papá que vamos a la ciudad.

La señora Hollister fue apresuradamente al garaje y sacó la furgoneta. Las niñas salieron por la puerta trasera y saltaron al vehículo. Pam puso a Sue sobre sus rodillas, y de este modo, todas fueron sentadas delante. Un minuto después la señora Hollister conducía por la calle mayor, camino de la estación ferroviaria.

—¡Qué lástima! —murmuró Pam, cuando se vieron obligadas a detenerse a causa de un semáforo con la luz roja—. Si el autobús nos lleva demasiada delantera, puede que Graham se vaya en el tren sin que nosotras podamos verle.



Comprendiendo que esto era cierto, la señora Hollister condujo con toda la rapidez que le permitía la ley, pero encontraron aún otros dos semáforos con luz roja antes de llegar al centro de la ciudad.

—Creo que llegaremos a tiempo —dijo la señora Hollister cuando se acercaban al centro de la ciudad.

En ese mismo instante se oyó sonar la sirena de un coche de bomberos. Inmediatamente, la señora Hollister hizo ascender el coche sobre el bordillo.

—¡Vaya! Confiemos en que esto no nos retrase demasiado.

—Pero ¿dónde están los coches de bomberos? —preguntó Holly —. No hay nada delante de nosotros, mamá.

Pam, mirando por el espejo retrovisor, dijo:

—Ni detrás.

Pero la sirena de los bomberos sonaba cada vez con más fuerza y pronto, por la esquina, directamente en frente de ellas, apareció un extremo de una escala de incendios y en seguida todo el gran coche, que fue a detenerse precisamente delante del coche de las Hollister, bloqueándoles el paso. Detrás rugían otros dos vehículos, anulando toda posibilidad de retirada. El jefe de bomberos llegó en un grande y reluciente coche rojo, cuyo conductor aparcó enfrente. Las niñas dieron un gritito de sorpresa al ver que los bomberos saltaban fuera de sus coches y corrían al interior del edificio ante el cual estaba aparcada su furgoneta.

—Yo quiero ver el «icendio» —exigió Sue, olvidando por completo que convenía ver a Graham para hablarle del caballito, antes de que saliera de la ciudad.

—Pero Graham puede marcharse sin que nosotras hayamos llegado a tiempo de verle —se lamentó la madre—. Vamos a hablar con el jefe, a ver si nos permiten sacar de aquí el coche.

Todo el mundo salió de la furgoneta y la señora Hollister tomó a Sue y a Holly de la mano. Levantando la cabeza pudieron ver que salía humo del tercer piso de una casa de tres plantas. Mientras el jefe vociferaba órdenes, los bomberos entraban en el edificio, corriendo, cargados con mangueras y hachas.

Cuando, al fin, el jefe quedó solo, la señora Hollister se aproximó a él para decirle:

—Nuestra furgoneta ha quedado bloqueada por los vehículos de ustedes. ¿Habría posibilidad de sacarla?

—Lo siento, señora. No puede hacerse nada hasta que se sofoque el incendio —dijo el hombre—. No nos es posible ir a apartar nuestros camiones en estos momentos. Ha tenido usted mala suerte al aparcar en un lugar tan inadecuado.

—Lamento haberle molestado, pero era de suma importancia para nosotros llegar a la estación inmediatamente.

—Es muy «improtantísimo» —aseguró Sue, mirando fijamente al hombre.

—Entonces, haré que uno de mis hombres las lleve allí. Vengan conmigo.

—Muchísimas gracias —dijo la señora Hollister, agradecida—. Volveremos a buscar nuestro coche más tarde.

—Jack —llamó el jefe de bomberos—, llévate inmediatamente a estas personas a la estación. Hemos bloqueado su coche.

El joven llamado Jack asintió y volvió junto al coche rojo, para abrir la portezuela posterior. La señora Hollister y sus tres hijas entraron. Al ponerse en marcha, aulló la sirena del coche, produciendo escalofríos a las niñas.

—¡Ooooh! ¡Qué divertido! —exclamó Holly.

—Es emocionante —declaró Pam—. Pete y Ricky van a sentir no haber estado aquí.

El coche del jefe de bomberos era muy rápido y llegó a la

estación en dos minutos. Un tren esperaba la hora de salida.

—¡Rápido! —gritó Holly.

La señora Hollister dio las gracias, mientras el chófer les abría la puerta: La madre y sus hijas salieron rápidamente y miraron a uno y otro lado. De repente el tren se puso en marcha.

—¡Ahí está Graham! —anunció en aquel momento la señora Hollister, señalando a un muchacho que acababa de saltar al estribo de uno de los vagones delanteros.

—¡Graham! ¡Graham! ¡Espera! —le llamó Holly, corriendo hacia él.

El chico se detuvo un instante en el estribo, pero en seguida desapareció dentro del vagón. El tren ganó velocidad, mientras la señora Hollister y las niñas permanecían junto a las vías, inmóviles y tristes.

—¿Por qué crees que no se ha parado a hablar con nosotras? —dijo Pam, sintiéndose muy desalentada.

—No podría esperar al otro tren —reflexionó Holly.

Pero la madre comentó:

—Realmente, es misterioso. Quizá no nos ha reconocido.

Mientras volvían al interior de la estación, Pam dijo:

—Puede que el taquillero nos diga a dónde iba Graham. Así podremos escribirle.



La señora Hollister preguntó en la taquilla, pero el empleado aseguró que ningún joven le había comprado un billete.

—Tal vez tenía billete de vuelta, comprado en el lugar de donde vino —sugirió el hombre.

—¿A dónde iba ese tren? —preguntó Holly.

—A los estados del Sur.

—Entonces Graham vuelve a su trabajo —afirmó Pam—. ¿En dónde será?

Las cuatro Hollister tomaron un taxi para volver al lugar en donde habían dejado su furgoneta. El incendio se había sofocado y ya se iban los bomberos. El jefe, al verlas, se aproximó para comentar en tono de sorpresa:

—Yo creí que iban a tomar el tren.

La señora Hollister sonrió al explicar:

—Quería evitar que otra persona lo tomase. Ha sido usted muy amable.

—No tuvo importancia. Después de todo, yo fui quien les causó la molestia.

La señora Hollister y las niñas subieron a su coche. Al llegar a casa, Pam fue la primera en entrar. ¡Qué alboroto se oía en el sótano!

—¿Qué pasa? —preguntó a gritos, desde arriba.

—Acabamos de hacer un descubrimiento terrorífico —replicó su hermano mayor—. ¡Ven y mira!

Pam descendió a toda prisa, seguida de su madre y sus hermanas. El señor Hollister y los chicos estaban ante el banco de carpintero donde se encontraba el caballito de madera, dividido en dos partes.

—Han operado al «Muchacho Misterioso» —bromeó Holly, riendo.

—¿Tenía «pindicitis»? —quiso saber Sue, que en seguida se volvió a las escaleras, diciendo—: Voy a traer el botiquín, de las muñecas y os ayudaré a curar al caballito.

—No es necesario —dijo el señor Hollister, levantando en vilo a la chiquitina—. El «Muchacho Misterioso» tenía un secreto dentro.

—¡Canastos, no sabéis lo que hemos encontrado! Un millón de maquinarias —afirmó el exagerado de Ricky.

Algo había de eso. En lo que podría llamarse el vientre del animal, se veía una serie de ruedas y engranajes. Las niñas contemplaron aquello con ojos tan redondos como huevos.

—¿Para qué es esto? —inquirió Pam, curiosa.

—Es un mecanismo de balancín muy perfecto —repuso el padre —. Se toca un determinado botón y el caballo se balancea largo rato. Es un verdadero invento.

—¿Y cuál es el principio de mecánica que lo hace funcionar, papá? —quiso saber Pete.

El señor Hollister estudió el mecanismo con atención, antes de contestar:

—Un engranaje de tren está conectado a un péndulo con un peso suspendido en su extremo. La oscilación de péndulo produce un

movimiento similar en el engranaje de tren. Esto hace que los balancines se muevan.

—No he entendido una palabra, pero me parece un invento muy interesante —dijo Pam, riendo.

—¡Y además hay otra cosa! —anunció Ricky—. Papá ha encontrado esto dentro del caballo.

El niño abrió la mano, mostrando un rollito de papel que extendió sobre el banco.

—¿Qué es? —preguntó Holly.

—El plano de una valiosa invención —contestó el señor Hollister —. He visto muchos caballos de balancín en mi juventud, pero nunca vi uno tan extraordinario como el «Muchacho Misterioso». Cuando localicemos a Graham, le hablaremos de ello. Si puede encontrar comprador, este invento le hará rico.

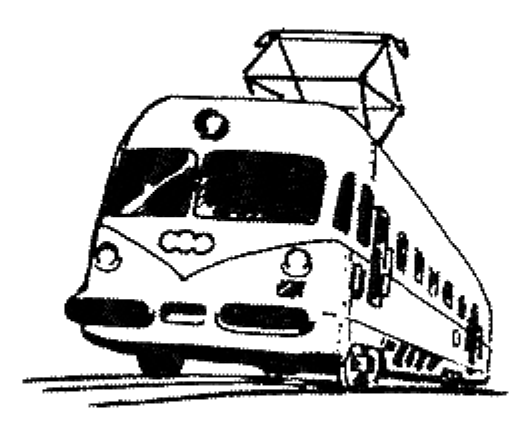
—¡Apuesto algo a que es el tesoro que todo el mundo decía que estaba escondido en la vieja granja! —dijo Pete.

Mientras oían estos comentarios, las niñas mascullaron palabras malhumoradas. Al fin, Pam explicó:

—Graham se ha ido.

—Puede que nunca volvamos a verle —añadió Holly.

EL INFORME DE JOEY



—Tenemos que encontrarle —afirmó Pete Hollister—. Este invento puede proporcionarle mucho dinero.

El señor Hollister se dirigió a su esposa y sus hijas al preguntar:

—¿Estáis seguras de que era Graham quien se marchó en el tren?

—Por lo menos era igual que él, papá —dijo Pam, mientras las demás asentían.

—Entonces, tal vez todavía podamos encontrarle —anunció el padre—. Tengo una idea.

Sugirió que se podía telefonear a la estación ferroviaria de la primera ciudad importante del itinerario del tren. El jefe de estación, con la ayuda del revisor, podría localizar a Graham, cuando el tren se detuviera allí.

—¿Puedo telefonear yo, papá? —pidió Pete.

—Desde luego.



Pete pidió conferencia y explicó al jefe de estación por qué necesitaba que se transmitiera un mensaje a Graham Stone.

—¿Querrá usted ponerle en contacto con nosotros, si es que está en el tren de Shoreham? —pidió Pete.

El jefe de estación prometió hacerlo y aseguró que, si Graham no estaba en el tren, se lo comunicaría a los Hollister. Pete quiso saber a qué hora llegaría el tren, y el hombre le dijo que dentro de una hora.

Las manecillas del reloj parecían haberse encallado, mientras los cinco niños esperaban a tener noticias de aquel nuevo amigo. Una hora y media más tarde sonaba el teléfono. Pete corrió a contestar. Quien llamaba era el jefe de estación.

—Hemos llamado a Graham Stone por todo el tren, pero nadie de ese nombre ha contestado —dijo al chico.

—¿No estaba en el tren?

—Eso parece, de no ser que estuviera y no haya querido identificarse.

Cuando Pete hubo dicho esto a su familia, Pam contestó en seguida:

—Graham parece una persona demasiado honrada para hacer eso.

Todos quedaron desencantados y llegaron a convencerse de que

el muchacho no había salido de Shoreham.

—¡Pues la persona que subió al tren se le parecía lo bastante como para ser su hermano gemelo! —declaró la señora Hollister.

Pete prometió investigar aquel caso.

—Si Graham sigue en la ciudad, lo averiguaremos mañana —afirmó.

A la mañana siguiente, Pete y Ricky, montados en sus respectivas bicicletas, se encaminaron al cuartelillo de la policía. Buscaron directamente al oficial Cal, el joven y simpático policía que había colaborado con los Hollister para resolver varios misterios. Pete le contó lo que ocurría y luego preguntó:

—¿Querrá ayudarnos a intentar localizar a Graham Stone?

—¡Claro que os ayudaré! —dijo Cal.

Los dos hermanos hicieron una descripción de las señas personales del joven y el oficial Cal prometió hacer indagaciones en los hoteles, moteles y casas de huéspedes de la ciudad.

—También los coches patrulla le buscarán —añadió, sonriente—. Si Graham Stone se encuentra en la ciudad, le hallaremos.

El oficial pidió a los dos hermanos que se comunicaran con él al cabo de una hora para ver si había noticias; Pete y Ricky prometieron volver al cuartelillo pasado ese tiempo.

—Vamos a ayudar a papá en el Centro Comercial, mientras transcurre esa hora —propuso Pete.

—Muy bien.

Dos minutos más tarde se encontraban en la tienda de su padre. En el escaparate se veían juguetes y diversos artículos de ferretería y deportes. Al cruzar la puerta principal, Pete dijo:

—¡Hola, papá! He venido a trabajar para ir devolviéndote el dinero que me prestaste para el caballito.

—Yo también —anunció Ricky, queriendo tomar parte en aquello, ya que la compra del caballo había sido idea suya.

El señor Hollister sonrió al contestar que llegaban en el momento más oportuno.

—Precisamente ahora estaba en el almacén, desembalando un paquete de patines —dijo—. ¿Qué os parece si acabáis vosotros ese trabajo?

Antes de ir a hacerlo, los dos hermanos fueron a charlar con los

dos empleados del Centro Comercial. Eran éstos Indy Roades, un verdadero indio del Oeste, y Tinker, un anciano. Los dos eran grandes amigos de los Hollister y les habían ayudado a resolver muchos misterios.

—¿Tenéis nuevas aventuras? —preguntó Indy. contrayendo el rostro en una sonrisa.

Ricky le habló de Graham y el indio se ofreció en seguida, diciendo:

—Avisadme, si puedo ayudaros.

—Lo haremos. Gracias.

Pete, que ya se encaminaba al almacén, llamó:

—Vamos, Ricky. Hay que desembalar esos patines.

Su hermano le siguió y pronto se encontraron los dos sacando las cajitas de patines de una gran caja de cartón. El pelirrojo no pudo resistir la tentación de abrir una de las cajitas y sacar un par.

—¡Carambola, Pete, son preciosos! —exclamó.

Y Ricky pasó la palma de su mano sobre las ruedas, haciéndolas girar furiosamente.

—¡Son unos estupendos patines a bolas! —concordó Pete, admirado—. Pero no juegues con ellos. Papá ha dicho sólo que los desembalemos.

—Sólo me probaré un patín —resolvió, a pesar de todo, Ricky.

—Ten mucho cuidado —le advirtió su hermano.

El pequeño se ajustó el patín sobre el zapato y rodó sobre él ligeramente.

—¡Cuánto me gustaría saber cómo se va con los dos! —murmuró, como hablando consigo mismo—. Son tan bonitos…

Mientras Pete continuaba sacando cajas, Ricky se probó el segundo patín. Entonces, tomando impulso desde el mostrador, se dejó resbalar sobre el suelo de madera.

—¡Eh, ven aquí! —le llamó Pete—. Papá tiene que vender esos patines. Si los usas, se harán viejos en seguida.

Pero Ricky había tomado tanto impulso que rodaba a toda velocidad. Iba en línea recta hacia la puerta principal del Centro Comercial.

—¡No puedo pararme, Pete! —gritó, tambaleándose.

Mientras Ricky avanzaba, casi de cabeza, hacia la puerta, por

ella entró Dave Meade, el mejor amigo de Pete. Se produjo una colisión y los dos niños cayeron al suelo.



Dave y Ricky se levantaron, riendo.

—Pero ¿qué pasa aquí? ¿Hay una carrera de patines?

Ricky sonrió, algo avergonzado, y empezó a quitarse los patines.

—Son de los más rápidos —dijo, sentencioso.

El guapo y moreno Dave, que vivía cerca de los Hollister, se acercó a Pete.

—¡Oye! —dijo a media voz—, tengo noticias para vosotros. ¿Conocéis a alguien que se llama Graham Stone?

—Claro. Estamos intentando localizarle, Dave.

—Pues, después de lo que Joey Brill le ha dicho, no creo que desee veros.

—¿De qué estás hablando?

Dave explicó que se había encontrado con Joey hacía un rato. El camorrista estuvo presumiendo delante de Dave de haberse vengado de los Hollister porque se quedaron con el caballo de balancín en la subasta.

—Joey se enteró de que habíais invitado a Graham a vuestra casa —dijo Dave—. Se las arregló para verle, aquí en la ciudad, y le dijo que vosotros, los Hollister, le despreciabais. Que no teníais ningún deseo de que fuese a vuestra casa.

—Pero ¡si eso no es verdad! —protestó Ricky.

—Ya lo sé —dijo Dave—. Pero Joey le dijo a Graham que habíais cambiado de opinión respecto a él en cuando supisteis lo pobre que era.

—Entonces, ¿por eso Graham no fue a vernos? —murmuró Pete, que a continuación contó a su amigo todo lo ocurrido.

—Pues Joey ha tenido muy mala intención, diciendo esas mentiras —declaró Dave, indignado.

Pete comentó que posiblemente Graham iba en el tren y no quiso contestar cuando el conductor dijo que se le buscaba por encargo de los Hollister, porque el pobre muchacho estaría muy dolido con ellos.

—¡Me gustaría dar un directo así a ese idiota! —recalcó Ricky, apretando los puños.

Pete corrió a la parte delantera de la tienda para contar a su padre Jo que Joey Brill había hecho. El señor Hollister frunció el ceño, pero acabó diciendo:

—No os preocupéis demasiado. Joey no es digno de confianza. Puede que lo que ha contado a Da ve no sea cierto.

—Es verdad —admitió Pete—. A lo mejor todo son invenciones suyas.

Dave ayudó a sus amigos a desempaquetar los patines. Al acabar, los tres acudieron a ver a Cal.

—Parece ser que vuestro amigo Graham ha salido de la ciudad —les informó el policía—. Hemos hecho averiguaciones por todas partes. No obstante, continuaremos preguntando.

Pete dio las gracias al oficial y los tres chicos volvieron a la tienda. El padre tenía varias tareas para ellos, pero antes de

empezar a trabajar, Pete telefoneó a Pam para darle las desalentadoras noticias sobre Graham.

—¡Ay, Señor! A ver si nunca volveremos a encontrarle… —murmuró ella.

Después de colgar el teléfono, Pam se lo contó todo a Holly, que estaba a su lado. Sin embargo, mientras hablaba, sus ojos fueron iluminándose.

—Puede que Joey Brill sepa dónde está Graham.

—Me gustaría hablar yo misma con Joey. Vamos a buscarle —decidió Holly.

Las niñas informaron a su madre del lugar a donde iban y, en seguida, casi a la carrera, se dirigieron a la casa de los Brill. Joey estaba en el patio trasero, jugando con su amigo Will Wilson.

Cuando las niñas se aproximaron a él, Joey frunció el ceño.

—¡Fuera de nuestros terrenos! —ordenó.

—No nos iremos hasta que te hagamos una pregunta —dijo Pam, sin moverse—. ¿Sabes dónde está Graham Stone?

Y para dar más fuerza a su pregunta, repitió todo lo que Pete le había dicho.

—Tú se lo dijiste a Da ve Meade, ¿verdad? —preguntó Holly.

—¡Ja, ja! Vaya bromita más buena… —Joey se esforzaba por hacerse el despreocupado—. Estuve tomando el pelo a Dave cuando le dije eso.

—¿Quieres decir que no hablaste con Graham? —inquirió Pam.

—Claro que le hablé, pero no de los Hollister.

—Por favor, dinos la verdad —suplicó Holly—. Tenemos noticias muy importantes que dar a Graham.

Joey miró de reojo a Will Wilson. Luego dijo:

—Está bien. Os diré el lugar donde se encuentra. Graham vive en una tienda de campaña, en la Isla Zarzamora.

—¡En la Isla Zarzamora! —exclamó Pam—. ¿Y por qué se fue allí, si podía estar en nuestra casa?

Por toda respuesta, los dos chicos se encogieron de hombros.

—Vamos a la Isla Zarzamora a buscar a Graham —pidió Holly a su hermana, mientras se retorcía, nerviosamente, las trenzas.

—No podréis encontrarle —les aseguró Joey—. Está en un sitio secreto. Pero os indicaré qué podéis hacer. Yo puedo llevaros allí en

vuestra canoa.

Pam y Holly, temiendo que se tratase de algún truco, dijeron que pensaban ir solas.

—Nunca le encontraréis —dijo Joey.

—Podemos intentarlo —dijo Pam, que a continuación salió del patio, seguida de su hermana.

Los chicos corrieron tras ellas. Cuando llegaron al embarcadero de los Hollister, Joey se apresuró a instalarse en la canoa de la familia.

—Vamos —ordenó.

Aunque las dos hermanas sabían nadar y podían, por lo tanto, ir en barca, no se les pasó por la imaginación dar un paseo tan largo como hasta la Isla Zarzamora, sin decírselo a su madre. Pero tampoco querían dejar solos a Joey y Will. ¡Los dos chicazos eran capaces de irse solos en la canoa!

Pam decidió que era preciso hacer algo. Sí, aparentaría que ella y Holly salían hacia la isla, pero se quedarían en aguas poco profundas. Joey acabaría aburriéndose y marchando.

—Sal de ahí —ordenó Pam a Joey.

—No saldré.

—Está bien. —Pam fingió resignarse a que ellos les acompañaran—. Saldremos hacia la Isla Zarzamora.

Joey se volvió hacia Will para decirle:

—Tú quédate ahí. No tardaré.

«No sabes la razón que tienes», pensó Pam. Casi no podía contener la risa cuando, sentándose en la proa de la canoa, dijo en voz alta:

—Yo remaré contigo.

—¡Ninguna chica idiota remará conmigo! —gritó Joey—. Tú y Holly os sentaréis al timón.

Pam no contestó, pero se sostuvo fuertemente con las manos al embarcadero. De repente, Joey saltó fuera de la canoa. Se inclinó, asió la embarcación y empezó a sacudirla violentamente.

—¡Estate quieto! —pidió Pam, luchando por sujetarse de nuevo —. ¡Nos vas a volcar!

—¡Vete, Will! —gritó Holly, viendo que el amigo de Joey acudía en ayuda del camorrista.

Mientras ellos sacudían la canoa de uno a otro lado, las dos niñas hacían todo lo posible por mantenerse en equilibrio. Pero, al cabo, la embarcación volcó.

¡Plas! Pam y Holly cayeron de cabeza a las aguas del lago.

Joey y Will dieron media vuelta, dispuestos a huir, cuando vieron que un hombre atravesaba corriendo el patio trasero de los Hollister.

—¡Eh, eh! ¿Qué pasa aquí? —gritó el hombre, llegando al embarcadero de madera.

Joey quiso escabullirse, pero el desconocido le aferró por el cuello de la camisa. Entre tanto, Will echó a correr. Un instante después había desaparecido de vista.

—¡He visto que, entre los dos, tirabais a las niñas al agua! —dijo el hombre, severamente—. ¡Eso no se lo hace nadie a mis primas!

Joey, que parecía muy asustado, se movió de un lado a otro. Pam y Holly levantaron la cabeza y miraron al hombre, con extrañeza. ¡Nunca le habían visto hasta entonces!

UNA EMOCIONANTE INVITACIÓN



Con un fuerte empellón, Joey se desprendió del forastero que decía ser primo de los Hollister. Mientras el chico huía a toda velocidad, el hombre se volvió para ayudar a Pam y Holly a salir del agua. Luego ató la canoa.

—Soy Charles Thomas —dijo, presentándose—. Mi esposa es Ruth, prima de vuestra madre.

Pam y Holly le sonrieron.

—Nos alegra conocerte —dijeron las dos niñas. Y Pam añadió:

—Muchas gracias por haber espantado a esos chicos.



—¿Cómo nos has conocido, señor Thomas? —inquirió Holly, sacudiendo sus trencitas.

—Por las fotografías que vuestra madre nos ha enviado. Y a ver si me llamáis Chuck —dijo, sonriendo, al tiempo que echaba a andar junto a las niñas, camino de la casa—. Todo el mundo me llama así.

El señor Thomas era un hombre delgado, de estatura mediana, con cabello rubio, risueños ojos azules, y la piel tostada por el aire y el sol. Cuando llegaron al porche posterior de la casa, la señora Hollister abrió la puerta. Al momento miró sorprendida a las dos niñas, que chorreaban agua por todas partes; luego, al ver al hombre que las acompañaba, sonrió contenta.

—¡Chuck Thomas! —exclamó—. ¡Qué agradable sorpresa!

—¡Hola, Elaine! He tenido negocios inesperados que resolver en la ciudad y se me ocurrió venir a veros. Ruth pensaba escribiros una carta muy especial, pero ahora yo os traigo el mensaje en persona. ¡Y vaya un recibimiento que he tenido! —añadió, riendo—. ¡Las dos niñas han sido arrojadas al agua!

—Joey y Will lo han hecho —explicó Pam, contando a continuación, todo lo ocurrido.

—Estoy segura de que Graham no se encuentra en la isla —comentó la madre—. Bien. Id a poneros ropas secas.

Pam y Holly entraron en la casa y subieron a su dormitorio. Cuando volvieron a bajar, su madre se había enzarzado en una

animada conversación con Chuck Thomas.

—Háblame de tu familia —pidió ella, mientras sus hijas se sentaban.

Chuck Thomas contestó que Ruth estaba bien, así como sus dos hijos.

—¿Qué edad tienen ahora?

—Dan tiene doce años y Carol ocho —contestó Chuck a la señora Hollister—. Deben de ser como tus niñas.

El visitante explicó que había llegado por avión a Shoreham, desde una granja de caballos que había comprado hacía poco. Se encontraba a varios cientos de millas de allí.

—Se llama Granja de la Colina de la Jaca.

—¡Qué nombre tan bonito! —exclamó Holly, a quien entusiasmaba todo lo relativo a los caballos.

—¿Y qué clase de caballos tienes?

—Caballos de carreras, principalmente —respondió Chuck—, y nos divertimos mucho con ese trabajo. Hoy se efectuaba una importante venta de ganado cerca de Shoreham. Eso es lo que me ha traído aquí.

—¿Y tú has comprado algo? —quiso saber Holly.

—Dos caballos. He encargado que me los envíen a la granja.

—Quédate a cenar con nosotros y pasa la noche en casa —invitó la señora Hollister—. John querrá verte.

—Yo también quiero verle —dijo una vocecilla desde el pasillo.

Todo el mundo volvió la cabeza. La chiquitina Sue estaba bajando las escaleras, con los zapatos en la mano.

—Aquí tienes a la menor de los Hollister —dijo la señora Hollister, presentando a Sue—. Viene de echar un sueñecito. Acércate, hijita.

Al principio, la pequeña se aproximó con timidez y se sentó en el regazo de su madre, mientras la señora Hollister la calzaba. Luego fue acercándose a Chuck y, a los pocos minutos, estaba sentada en sus rodillas.

—¿Tienes caballitos de verdad en tu rancho? —preguntó.

—Sí. Y estoy seguro de que te gustaría montar en uno de ellos —sonrió Chuck.

Sue le contó que Pete y Pam le habían comprado un caballito de

balancín.

—Y si hago «pláticas» con «Muchacho Misterioso», luego podré montar caballos de verdad, como los tuyos.

—Claro que podrás —aseguró Chuck.

Cuando Pete y Ricky llegaron a casa, justamente con el señor Hollister, se alegraron tanto como sus hermanas de la visita del primo.

—¡Es más simpático! —susurró Pam a Pete—. Me gustaría saber si sus hijos son como él.

Pam estaba extrañada de no haber oído hablar ante sobre Dan y Carol y se llevó a su madre a un lado para preguntárselo. La señora Hollister explico que su prima Ruth y Chuck sólo llevaban dos años casados. Antes, Ruth había sido maestra de escuela durante varios años. Después de casarse adoptaron a Dan y Carol que eran dos huérfanos que acudían a la escuela de Ruth.

—¡Qué bien! —aplaudió Pam—. ¿Dan y Carol son hermanos?

—Sí —contestó la madre.

En ese momento Ricky estaba diciendo:

—¡Imagínate si pudiéramos vivir en un rancho de caballos! Dan y Carol tienen mucha suerte.

—Ruth y yo también somos afortunados por tenerles a ellos —sonrió Chuck.

El primo de los Hollister continuó entreteniendo a los niños con explicaciones sobre el rancho, hasta que la cena estuvo preparada y también mientras cenaban. Tan bonito era lo que explicaba que Sue acabó afirmando:

—Debe de ser el sitio más «percioso» del mundo.

Chuck se echó a reír:

—A Ruth y a mí nos gustaría daros la oportunidad de conocerlo. ¿Por qué no venís a visitarnos pronto?

—¡Claro que sí! —dijo Ricky, entusiasmado.

El señor y la señora Hollister se miraron, pero aún no habían tenido tiempo de contestar nada cuando sus cinco hijos ya habían aceptado la invitación. El primo se echó a reír a carcajadas.

—Tendréis que ir, puesto que ha habido unanimidad —dijo haciendo un guiño a los señores Hollister.

—Iremos —contestó el padre de los Hollister—. ¿Qué momento

te parece más oportuno para la visita?

Chuck dijo que en las granjas de los alrededores de la Granja de la Colina de la Jaca, se celebraría, al cabo de dos semanas, una exhibición caballar.

—Os gustaría verlo. Todos los festejos son infantiles. Sé que los Hollister lo pasaríais muy bien.

En ese momento, una voz que sonó desde una de las ventanas, dejó a todos asombrados.

—Si queréis divertiros, debéis ir —dijo la voz.

—Pero ¿qué es eso? —preguntó la señora Hollister, levantando la cabeza, con extrañeza.

Pete se levantó de la mesa y corrió a la ventana.

—No veo a nadie —dijo, perplejo.

Los niños se apresuraron a pedir permiso para levantarse de la mesa y salieron de la casa. Estuvieron buscando entre los arbustos que crecían bajo la ventana de la que había brotado la voz. A los pocos minutos volvían. Holly entró, diciendo:

—No hemos podido encontrar a nadie. Debe de haberse ido.

—¿Quién sería? —murmuró Pam, realmente atónita.

—Probablemente alguno de vuestros amigos —opinó la madre.

Sonriendo, Chuck Thomas dijo:

—Puede haber sido un duende o un gnomo. De todos modos, en lo que ha dicho tenía razón. Si queréis divertiros, debéis venir a mi rancho.

—Iremos, iremos —afirmó Pete.

Chuck habló a su familia de los campos, los prados y los establos en donde tenía a los animales.

—Os gustará conocer a Ben y a Melinda, el matrimonio de edad que trabaja para mí. Os agradarán. Me ayudan a plantar y cultivar los jardines, y Ben, además, se ocupa de la cría de los animales.

Poco antes de acostarse, los Hollister y su huésped se sentaron en el porche, a disfrutar de la larga tarde veraniega. Chuck dijo que debía levantarse temprano para tomar el avión y el señor Hollister se ofreció a llevarle en coche al aeropuerto.

El señor Thomas se volvió luego a los chicos y con ojos brillantes, preguntó:

—¿Qué pensáis hacer con el chico que arrojó a vuestras

hermanas al lago?

—¡Me gustaría hacerle una jugarreta! —confesó Pete.

De repente, Ricky prorrumpió en un grito de guerra y añadió:

—¡Ya sé qué podemos hacer!

—¿Qué? —preguntaron todos sus hermanos a un tiempo.

Ricky soltó una risilla contenida, antes de añadir:

—Primero voy a contárselo a Chuck. Si a él le gusta, mañana os lo diré.

—¡Anda, Ricky! Dínoslo ahora —pidió Holly.

—No. Será una sorpresa —contestó el pecoso, con aires de superioridad, llevándose al primo aparte, para contarle su idea.

Chuck rió de buena gana y acabó diciendo:

—Es una gran ocurrencia.

Cuando la señora Hollister decidió que era hora de acostarse, los niños dieron las buenas noches y se fueron a la cama. Cuando se levantaron a desayunar, su padre ya había acompañado al primo Chuck al aeropuerto.

—¡Qué simpático es! —comentó Pam, refiriéndose a Chuck—. Estoy deseando ir al rancho.

—Pero antes de irnos tenemos que arreglar cuentas con Joey —dijo Ricky. Y mientras su hermano y las niñas escuchaban, él les puso al corriente de su plan.

—¡Estupendo! —exclamó Pam—. Y ya sé… Mamá tiene unas sábanas viejas en la buhardilla.

Mientras los hermanos Hollister se preparaban para la broma que pensaban gastar, Joey Brill estaba muy contento, recordando la sucia jugarreta que había gastado a Pam y Holly. Estaba sentado en la sala de su casa, viendo la televisión con Will Wilson.

—¡Ja, ja! Pam y Holly van a tardar mucho tiempo en encontrar a Graham Stone —decía el chicazo—. Las dejé tan empapadas que ni siquiera pudieron ir a ver la Isla Zarzamora.

—No le encontrarán nunca —opinó Will, entre risillas.

De repente se oyó un golpeteo en la puerta.

—Ve a abrir tú —ordenó Joey.

—Es tu casa —le contestó, molesto, Will—. Abre tú, Joey.

—Está bien, hombre…

El chico abrió la puerta y miró a su alrededor. No se veía a

nadie. Pero en el suelo encontró un sobre dirigido a él. Joey lo recogió y entró en la casa.

—Mira, Will. Una carta para mí.

—¿Qué dice?

—Baja el tono de la tele y te la leeré —contestó Joey, rompiendo el sobre. El contenido de la carta le hizo lanzar un silbido de asombro—. Escucha esto, Will: «El tesoro de la vieja Granja Stone te está esperando. Si no vas a buscarlo inmediatamente le diré a los Hollister dónde está». Lo firma el señor X.

En la otra cara del papel se veía un dibujo de la vieja casa. Una línea de puntos atravesaba la puerta, pasaba por las escaleras y llegaba a un armario de un dormitorio del fondo.

—Alguien quiere tomarte el pelo —opinó Will.

—No estoy seguro. Y, si no vamos nosotros a buscar el tesoro, los Hollister pueden encontrarlo antes. ¡Anda, Will! Iremos juntos.

—Yo no voy —dijo Will.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo?

—No es eso —repuso Will, algo nervioso—. Pero he oído decir tantas cosas sobre esa casa… Puedes ir solo.

—¿Quién? ¿Yo? —murmuró Joey, bastante indeciso.

—Claro. Tú eres muy valiente —le retó Will—. A ti no te asusta nada. ¿A que no?

—Pues… Pues, no —mascullό el camorrista, intentando armarse de valor.

—Entonces, vete solo. Yo me quedaré viendo la televisión hasta que vuelvas.

Joey, que estaba cada vez más nervioso, contestó:

—Es igual. Ya iré más tarde.

—¡Ve ahora, hombre! —insistió su amigo—. ¿O vas a decirme que tienes miedo de los fantasmas?

—¡Claro que no!

Joey salió de la casa, bajó los escalones del porche y saltó a su bicicleta. Quince minutos más tarde se detenía ante la vieja granja y dejaba la bicicleta apoyada en un árbol. No se veía a nadie. Joey se aproximó con cautela. Mientras él subía, las escaleras rechinaron, tenebrosas. Joey se detuvo a escuchar. ¡Qué miedo tenía! Pero el pensar en que los Hollister pudieran encontrar el tesoro le hizo

armarse de valor. De puntillas atravesó la puerta que estaba abierta, y subió hacia el piso alto tan silenciosamente como pudo. De repente, empezó a sonar una campanilla.

—¿Qué es eso? —gritó el chico.

Nadie le respondió más que el eco, en las habitaciones vacías. El camorrista empezó a temblar. Habría echado a correr escaleras abajo, pero estaba demasiado cerca del tesoro. Mientras entraba en la habitación del fondo, a Joey le pareció oír un gemido apagado. Empezaron a castañetearle los dientes.

—Pu… pu… puede que haya un verdadero fantasma aquí… —dijo, mientras se acercaba, temblando, al armario.

En aquel mismo momento, una voz lejana dijo:

—Antes de apoderarte del tesoro, debes decir dónde está Graham Stone.

El chicazo dio un salto de terror.

—No… No lo sé. Se… Se marchó en el tren.



—Si dices la verdad, puedes abrir el armario —dijo la voz.

Los dedos de Joey, que temblaban como una jalea, se apoyaron en el pomo de la puerta. El corazón le latía apresuradamente. Decidiéndose, Joey abrió la puerta de golpe y dio un alarido de angustia.

¡Ante él se encontraban dos siluetas vestidas de blanco! Los dos seres misteriosos levantaron los brazos y aullaron tenebrosamente.

—¡Uuuuuuh!

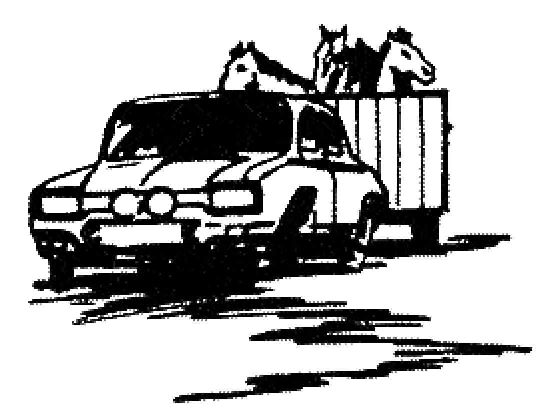
—¡Fantasmas! —chilló Joey.

Dio media vuelta y, más veloz que un rayo, bajó las escaleras, perseguido por los dos seres de ultratumba. Estaba en los últimos escalones cuando el miedo le hizo tropezar y rodar hasta el piso bajo.

¡Patapuuum! Al llegar al suelo, Joey se levantó, visto y no visto,

y salió al porche. Atravesó el prado, siempre corriendo, saltó a su bicicleta y se alejó a toda velocidad.

UN CONDUCTOR PELIGROSO



Joey Brill, inclinado sobre el manillar, pedaleó con toda la rapidez de sus piernas. No se atrevió, ni por asomo, a volver la cabeza para mirar a la casa, en cuyo porche estaban las dos siluetas blancas.

Cuando Joey estuvo lejos, los fantasmas se quitaron sus sábanas, y aparecieron Pete y Ricky Hollister.

El hermano menor reía con tantas ganas que las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Pete, también entre risas—. El valentón de Joey tiene miedo a los fantasmas.

—Ni siquiera ha esperado a encontrar el tesoro —añadió Ricky, mostrando el reloj de juguete que estuvo haciendo el papel de tesoro.

—Y hemos averiguado que no sospecha que Graham Stone fuese a la Isla Zarzamora, sino que tomó el tren. Hemos hecho un buen trabajo esta mañana.

—No sé si sería Graham quien tomó el tren cuando mamá y las niñas le vieron. Qué difícil está resultando encontrarle. Bueno. Ahora que hemos dado una lección a Joey, podemos ir a la Granja

de la Colina de la Jaca.

—Joey ha tenido lo que se merecía —comentó Pete.

Tras doblar las sábanas y colocárselas bajo el brazo, los chicos fueron a la parte trasera de la casa, donde habían escondido sus bicicletas, entre unos arbustos. En cuanto llegaron a casa, los dos hermanos explicaron a lo demás lo que había ocurrido. Todos rieron alegremente, menos Sue, que dijo:

—Lo malo sería que Joey se hubiera hecho daño cuando se cayó.

—Por su modo de correr hacia la bicicleta, estoy seguro de que no se hizo daño —opinó Pete.

Al cabo de un rato los niños salieron de la casa para ir a jugar a orillas del agua. Pocos minutos después llegaba corriendo Donna Martin paira ver a Holly. La graciosa Donna, con ojos castaños y hoyuelos en las mejillas, tenía la edad de Holly y era su mejor amiga.

—¿A que no sabes una cosa? —dijo Donna, sin aliento—. A Joey Brill le han perseguido unos fantasmas.

Holly miró a sus hermanos y contuvo una risilla. Pete le hizo un guiño y movió la cabeza de uno a otro lado, aconsejándole que guardase el secreto.

—¿De verdad? —preguntó Holly—. ¿Dónde?

—En la casa del viejo señor Stone —repuso Donna—. Joey no piensa volver más por allí y todo el mundo evitará ir por esa casa.

Varias veces, durante el día, los Hollister oyeron hablar de aquel pavoroso acontecimiento. Pero ninguno de ellos explicó que habían sido Pete y Ricky quienes asustaron al camorrista. Más adelante se lo contarían a sus amigos y también a Joey, pero de momento era mejor callar para evitar que Joey se vengase.

Los preparativos para el viaje a la Granja de la Colina de la Jaca tuvieron ocupada a la familia durante varios días. El señor Hollister arregló las cosas para que su negocio quedase a cargo de Indy Roades y Tinker. Jeff y Ann Hunter se ofrecieron para cuidar a «Domingo», «Morro Blanco» y los cinco mininos. «Zip» haría el viaje con sus amos.

Por fin llegó la mañana de la marcha de los Hollister. La parte posterior de la furgoneta quedó atestada de maletas. Sue y su madre se instalaron en el asiento delantero con el señor Hollister. Él y su

esposa se turnarían para conducir. Los demás se colocaron detrás, y «Zip» con ellos.

—¡Vivaa! ¡Ya nos vamos! —gritó Ricky, mientras su padre conducía por el camino del jardín.

—No nos llevará muchas horas llegar a ese rancho —dijo el señor Hollister, mientras embocaban la carretera.

—¿A qué distancia está? —preguntó Pete.

—A unas doscientas cincuenta millas.

Había tantas cosas que ver por el camino, en aquel tibio día de últimos del mes de junio, que la mañana se pasó en un soplo. Después de detenerse a tomar unos bocadillos a un lado de la carretera, los Hollister prosiguieron el viaje.

Pete consultaba con frecuencia el mapa de carreteras que había extendido sobre sus piernas. El señor Hollister, que iba entonces al volante, le preguntó:



—¿Qué hacemos ahora, capitán?

Su hijo contestó que debía girar a la derecha en el próximo cruce.

—Hay una carretera que debemos seguir durante varios kilómetros. Luego tomaremos un camino sin asfaltar que lleva hasta el rancho.

—De acuerdo, capitán —dijo el señor Hollister, mientras seguía las indicaciones de su hijo.

Un rato más tarde, Pete anunció:

—Ahí está el camino sin asfaltar, papá. ¡Vira a la izquierda!

—La verdad es que es estrecho —dijo la señora Hollister, mientras embocaban aquel sendero—. Y muy polvoriento.

—¡Canastos! ¡Qué pronto vamos a llegar! —exclamó Ricky.

—¡Mirad! —exclamó, de pronto, Holly.

Frente a ellos, una nube de polvo indicaba que un automóvil avanzaba a toda velocidad. Un momento después, pudieron ver un vehículo que se abalanzaba hacia ellos.

—¡Y lleva a remolque una furgoneta con caballos!

—¡Pobres animales! —comentó Pam, viendo cómo la furgoneta se bamboleaba de un lado a otro.

—Voy a parar a un lado del camino —decidió el padre—. No me fío de ese conductor. Conduce como un loco.

Con toda rapidez el señor Hollister llevó la furgoneta hacia la derecha, a la sombra de un gran roble, y ordenó que se cerrasen las ventanillas para que no entrase polvo en el vehículo.

—Ahora el señor Prisas es el dueño del camino —comentó.

Cuando el coche pasó ante ellos, los Hollister pudieron ver que, por suerte, el remolque estaba vacío. Desde luego, seguía oscilando peligrosamente y envió una rociada de polvo y piedrecillas contra la furgoneta.

—¡Zambomba! ¡Ni he podido ver al conductor! —exclamó Pete.

El hombre iba inclinado de tal modo sobre el volante, que no se le distinguían las facciones. A su lado se sentaba otro hombre que se cubrió el rostro con la mano al pasar junto a los Hollister.

—A lo mejor huyen de alguien —se le ocurrió decir al pelirrojo —. ¿Será que les persigue la policía?

—No lo sé, pero pronto lo averiguaremos —dijo el padre.

Sin embargo, no apareció ningún coche de la policía y, al poco rato, el señor Hollister llevó de nuevo la furgoneta al camino. Cinco minutos más tarde, Pete anunciaba:

—Sólo faltan tres millas.

Esta noticia entusiasmó tanto a los demás niños, que se pusieron a cantar alegremente:

—¡A la granja de la Colina de la Jaca voy, ji-ja-ji-ja-jo!

Y al poco, Ricky anunciaba:

—¡Ahí veo el rancho!

Frente a ellos, a la derecha del camino, había un gran letrero, pintado en vistosos colores, que decía: «Entrada a La Granja de la Colina de la Jaca». Una flecha pintada encima señalaba un estrecho

sendero.

El señor Hollister siguió la curva y llevó la furgoneta por una suave cuesta. Al fin pudieron ver las cercas blancas que rodeaban el rancho.

—¡Qué hermoso lugar! —comentó la señora Hollister.

A la izquierda del sendero se veía una coquetona casita con persianas verdes y en el lado opuesto varios establos con recuadros de hierba detrás.

—¡Mirad cuántos caballos! —gritó Sue, admirada, señalando varios hermosos animales que pastaban en un prado.

—Ahí están los primos —dijo Pam, al ver que la puerta de la casa se abría y salían cuatro personas.

Delante iba Chuck, que corrió al encuentro de los Hollister. Detrás iba, sonriente, una señora de cabello oscuro, ondulado y muy corto. Junto a ella caminaban dos niños de mejillas sonrosadas.

El señor Hollister detuvo el coche y todos salieron apresuradamente. «Zip» empezó a dar saltos y ladridos de alegría. Se hicieron las presentaciones y la señora Hollister abrazó cariñosamente a su prima Ruth.

—Elaine, cuánto me alegra que hayas podido venir con toda tu familia —dijo Ruth, con ojos brillantes de alegría.

—Dan y yo también nos alegramos —dijo Carol, que era un poco más alta que Holly, pero más baja que Pam. Vestía pantalones téjanos y botas bajas de montar.

Dan, que tenía la edad de Pete, iba vestido como su hermana. No era tan ancho de hombros como el mayor de los Hollister, pero sí algo más alto. Su cabello era castaño y estaba salpicado de pecas. Tanto él como Carol tenían la piel tostada por la vida al aire libre.

—Os llevaremos a nuestra casa para invitados —dijo Ruth.

—¡Qué agradable sorpresa! —dijo, riendo, la señora Hollister—. No dirás en serio que tenéis una casa para invitados.

—Acabamos de construirla —repuso la prima—. Y vosotros seréis los primeros invitados que la usen. Venid. Os enseñaré dónde está.

Detrás de la casita del camino, y bastante separada de ella, los Thomas habían levantado un precioso refugio campestre, con cuatro dormitorios, dos cuartos de baño y una salita. Allí fue llevado el

equipaje de los Hollister.

Cuando se hubieron lavado para quitarse el polvo de cara y manos, los Hollister hablaron a Chuck y su familia del coche con remolque que pasó junto a ellos a tanta velocidad.

—Ese conductor merecería que se le pusiera una denuncia —declaró el señor Hollister.

Chuck dijo que no creía que el vehículo perteneciese a ningún vecino y añadió:

—Confío en que ese conductor nunca vuelva por aquí. Bien. Ahora os enseñaremos la granja. Primero os presentaré a los bebés de Ruth.

—¡Bebés! —exclamó Sue—. ¡Me gustan los bebés!

Sin embargo, Ruth explicó:

—Yo llamo «mis bebés» a nuestros caballos.

—Primero podemos enseñarles a «Pat» y «Mike» —decidió Carol, abriendo la marcha.

La niña llevó a los visitantes a un establo que tenía varios pesebres a ambos lados. En uno de ellos, Carol señaló a dos caballitos Shetland, de color negro, de la medida del caballo de balancín que tenían los Hollister.

—Son gemelos —dijo la niña.

Y Dan añadió:

—Les estamos entrenando para que tiren de un carrito, en los festejos del Día del Pony.

Todos los hermanos Hollister acariciaron a los animalitos, declarando que eran muy hermosos.

—Deberían ganar un premio —comentó la señora Hollister.

—Mirad lo que tenemos aquí —dijo Chuck, conduciéndoles al otro lado del establo, mientras Dan cerraba la puerta de los caballitos gemelos.

En un pesebre mucho más grande había un hermoso caballo castaño.

—Éste es «Duke». Un animal con espléndidos cuartos.

Al oír aquello, Sue prorrumpió en risillas.

—Eso es una broma, ¿verdad, Chuck?

—¿Una broma?

—Has dicho que tiene cuartos. Y los caballos no tienen dinero.

La ocurrencia de Sue hizo reír a todos. Luego Dan explicó:

—Decir que tiene buenos cuartos un caballo quiere decir que tiene patas muy fuertes. Las patas traseras de este caballo son muy poderosas y le permiten correr a grandes velocidades.

El muchachito añadió que un caballo como «Duke», podía dar principio a una carrera, muy de prisa, y vencer a casi cualquier otro caballo, durante más de un cuarto de milla.

Luego Chuck explicó a los Hollister que un caballo pura sangre podía vencer a un caballo cruzado en una carrera larga, pero que en las regiones ganaderas, para el trabajo, los caballos cruzados eran muy buenos.

—Además, «Duke» es un caballo de circo —afirmó Carol—. Ya lo veréis.

Mientras hacían un recorrido por los prados y establos, Dan habló a sus primos de las emocionantes carreras de caballos que habían celebrado con niños de las granjas vecinas.

—Habrá una estupenda carrera de caballos el Día del Pony —comentó el muchacho.

—¿«Duke» tomará parte en la carrera? —preguntó Pete.

—¡Claro que sí! Y yo voy a ser su jinete —dijo Dan, sonriendo.

—Déjame dar un paseíto, montada en «Duke» —pidió Holly.

—¿Montas bien?

Pete contestó por su hermana, diciendo que todos ellos habían montado a caballo, en un rancho del Oeste. Dan contestó que si había hecho aquella pregunta era porque, a veces, «Duke» resultaba difícil de montar.

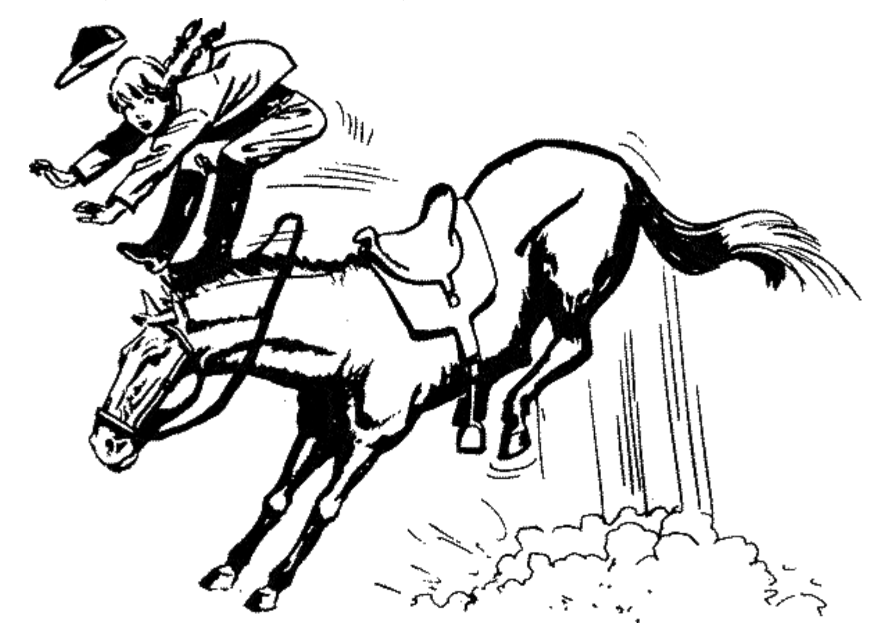
—Pero, si ya habéis montado caballos del Oeste, no tendréis ninguna dificultad.

Mientras sus padres visitaban otra parte de la granja, los niños volvieron al establo y, allí, Dan y Carol ensillaron a «Duke». Luego Dan condujo al animal hasta un trecho de verdor, detrás del granero.

—Ten cuidado, Holly —aconsejó Carol, mientras Holly apoyaba un pie en el estribo y montaba—. Este caballo es muy rápido. Haz que eche a andar lentamente.

Pero Holly estaba tan contenta de montar aquel bonito caballo, que antes de que Carol hubiera acabado de hablar, sin apenas darse

cuenta, ya había oprimido los ijares de «Duke» con los tacones.



¡Buuum! El hermoso animal emprendió la carrera con tal rapidez que Holly sufrió una sacudida y salió despedida de la montura.

LANZADORES DE LAZO



Mientras Pete echaba a correr hacia el caballo, Holly dio un grito de sorpresa y cayó de espaldas. Pero quedó sentada sobre la mullida hierba. Mientras Pete y Pam ayudaban a su hermana a levantarse, Dan dio un penetrante silbido.

«Duke» se detuvo en seco, dio media vuelta y, al trote, volvió junto a su amo.

—No debiste ponerte en marcha tan de prisa —reprendió Dan al caballo—. ¡Holly no está acostumbrada a los rayos de cuatro patas!

«Duke» inclinó la cabeza y escarbó en el suelo, mientras Carol añadía:

—¿No estás avergonzado?

El caballo movió repetidamente la testuz de arriba abajo, con tanta gracia que Holly, olvidando el golpe que se había dado, se echó a reír.

—La verdad es que fue culpa mía, por no escuchar lo que Carol estaba diciéndome. Además, no sujeté las riendas con fuerza —confesó Holly, al tiempo que palmeaba la cabeza del animal.

—Vuelve a montar a «Duke», Holly —invitó Carol, que no quería que Holly sintiese temor del hermoso caballo.

Al cabo de un momento Holly volvía a estar sobre la montura. «Duke» se puso en marcha lentamente. Luego emprendió un trote y, por fin, un galope, bien montado por Holly. Al volver junto a los demás niños y desmontar, Holly estuvo largo rato hablando con entusiasmo de «Duke».

—Me gustaría ser una niña vaquera, con tal de poder tener un caballo como «Duke» —dijo, alegremente.

Ya era casi la hora de la cena, tanto para los caballos, como para los Thomas y sus invitados. Los niños ayudaron a dar de comer la avena y la hierba a los caballos y jacas, y llevaron agua a los pesebres.

Cuando terminaron aquel trabajo, Carol enseñó a los Hollister la habitación donde guardaban las monturas y las bridas, colgadas ordenadamente de clavos, a lo largo de la pared. En una esquina había un armario donde se encontraban guardados trajes de seda de variados colores. Carol explicó que sus padres llevaban aquellos trajes cuando tomaban parte en exhibiciones equinas.

—Nosotros tenemos un traje de gala para la fiesta del Día del Pony —informó Carol a los Hollister.

—Estoy deseando verlos —dijo Holly.

Sue, que no había dormido la siesta, estuvo bostezando mientras cenaban y se acostó en cuanto hubo acabado. Pero, a la mañana siguiente, fue la primera en levantarse. Después de vestirse a toda prisa, despertó a los demás.

—¡A levantarse, dormilones! —decía, riendo, al tiempo que daba pellizcos a sus hermanos y golpeaba, luego, la puerta de sus padres.

Luego, mientras aguardaba a que todos se vistieran y fuesen a la casa grande para desayunar, Sue se encaminó a la cerca del prado más próximo al establo y trepó a lo alto. Apoyando la barbilla en las manos y los codos en el borde de la cerca, la chiquitina contempló, amorosamente, los caballos y jacas que pastaban en la verde hierba.

De repente, la pequeña se llevó tal sorpresa que estuvo a punto de caer de la cerca.

—¡Ooooh! —exclamó—. ¡No puede ser! Pero si es…

Bajó a toda prisa y, tras cruzar el camino, entró en la casita de invitados, gritando:

—¡Papá! ¡Mamá! ¡Venid a verlo!

—¿Qué quieres que veamos, hijita? —preguntó la señora Hollister, viendo entrar en el dormitorio a Sue, más veloz que un rayo.

—«Muchacho Misterioso» se ha vuelto vivo —anunció, sin aliento.

—¿Cómo dices? —inquirió el padre, mientras se ponía una chaqueta deportiva.

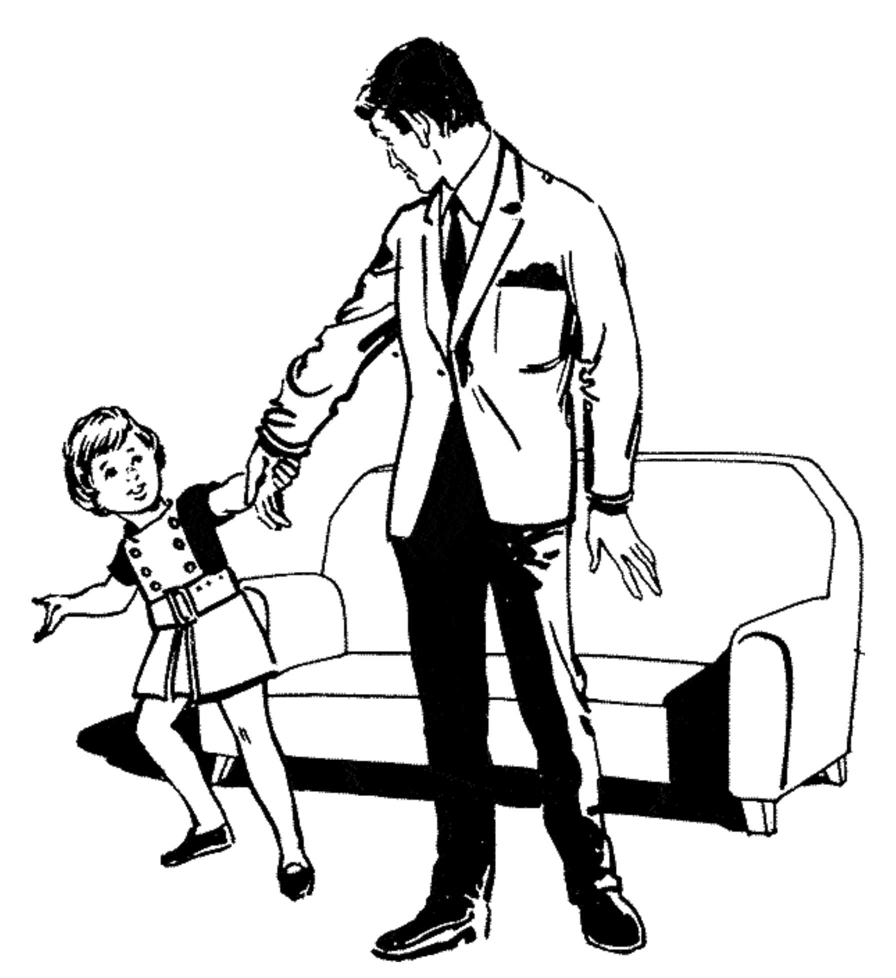
—¡Es un caballo! Un caballo de balancín que está vivísimo —fue la explicación que dio Sue.

—Me temo que nuestro pequeño grillo no está del todo despierto —dijo, riendo, el señor Hollister.

—Estoy «despiertada» —protestó la pequeña, asiendo de la mano a su padre y tirando de él—. Ven, te lo enseño, papito.

También los niños sintieron curiosidad y Sue condujo a toda su familia hacia el prado.

—¡Dios mío! ¡Sue tiene razón! —exclamó la señora Hollister.



En el centro del prado se veía un espléndido caballo apalache. Era una hembra blanca, con manchas negras, unas muy grandes, otras muy pequeñas.

—¡Qué animal tan bonito! —dijo Pam con admiración.

—No sabía que nuestros primos tenían un caballo de esta raza —comentó Pete—. Ayer no lo vi.

Dan Thomas, que llegó corriendo, dio los buenos días a la familia y miró hacia el prado con asombro.

—¡Una jaca apalache! —exclamó—. Pero ¡si este animal no es nuestro!

—¿No es vuestro? —preguntaron a coro los Hollister.

—No lo había visto nunca.

—Pues ¿cómo ha llegado aquí? —preguntó Ricky.

—Seguramente saltó la cerca. Pero ¿de dónde habrá venido?

Ya el padre y la madre de los Hollister habían llegado junto al grupo y contemplaban, admirados, al hermoso animal. Chuck dijo que era muy valioso y que no sabía que ningún vecino tuviera uno. Tras saltar al otro lado de la cerca, el primo de los Hollister quiso acercarse al animal que, muy nervioso, se alejó de él, al trote.

—Dadme un puñado de paja —pidió el dueño del rancho.

Ricky se apresuró a llevar lo solicitado. Pero ni eso atrajo al nervioso caballo. Por fin, Chuck decidió:

—Tendremos que echarle el lazo y ver qué marca lleva.

—Imagínate que no tenga marca —dijo Dan—. ¿Qué haremos entonces, papá?

Chuck sonrió diciendo:

—No nos preocupemos de eso hasta que sea necesario, hijo. Ahora creo que debemos atraparla para que no huya.

Todos pudieron darse cuenta de que, con mucha frecuencia, el caballo levantaba la pata trasera izquierda e intentaba llegar a ella con la boca.

—Algo molesta a esa jaca —dijo Pam.

—Averiguaremos de qué se trata tan pronto como la atrapemos —repuso Carol.

Chuck apoyó una mano en el hombro de Pete, y dijo:

—¿Qué os parece si Dan y tú os dedicáis a vaqueros y echáis el lazo a nuestra visitante?

—¡Yuuupii! —exclamó Pete, mientras Dan asentía.

Los dos chicos corrieron al establo y, a los pocos minutos, volvían montados a horcajadas sobre dos caballos. Chuck les abrió la portezuela que daba salida al prado y puso en la mano derecha de cada uno un lazo de vaquero.

—Tranquilízate —dijo Dan con voz calmosa, pero cuando él y Pete se aproximaron a la jaca, ésta levantó las pezuñas traseras y galopó hacia el fondo de la valla.

Los dos chicos espolearon a sus monturas y, mientras perseguían a la hermosa jaca, Pete dijo:

—Dios quiera que no salte la cerca.

—Pues parece capaz de hacerlo.

El animal se detuvo bruscamente a pocos palmos de la cerca y giró en redondo. En el mismo instante el caballo de Pete se volvió y el chico tuvo la oportunidad de echar el lazo sobre la cabeza de la jaca.

Después de flotar por el aire, el lazo fue a caer limpiamente sobre su objetivo. Mientras Pete empezaba a tirar de la cuerda, para que quedase tensa, el caballo emprendió a carrera.

—¡Sujeta con fuerza! —gritó Dan.

Pete procuró seguir el consejo, pero no había contado con la rapidez extraordinaria del animal. Antes de haber podido atar la cuerda en la perilla del arzón, Pete se vio lanzado fuera de la silla. Rodó repetidamente por el suelo, más atónito que dolorido. Y tuvo ánimos para agarrarse desesperadamente al extremo del lazo que rodeaba al animal, el cual seguía corriendo y arrastró a Pete por el suelo.

Un momento después, el lazo de Dan caía en torno al cuello del caballo y le obligaba a detenerse con un fuerte tirón.

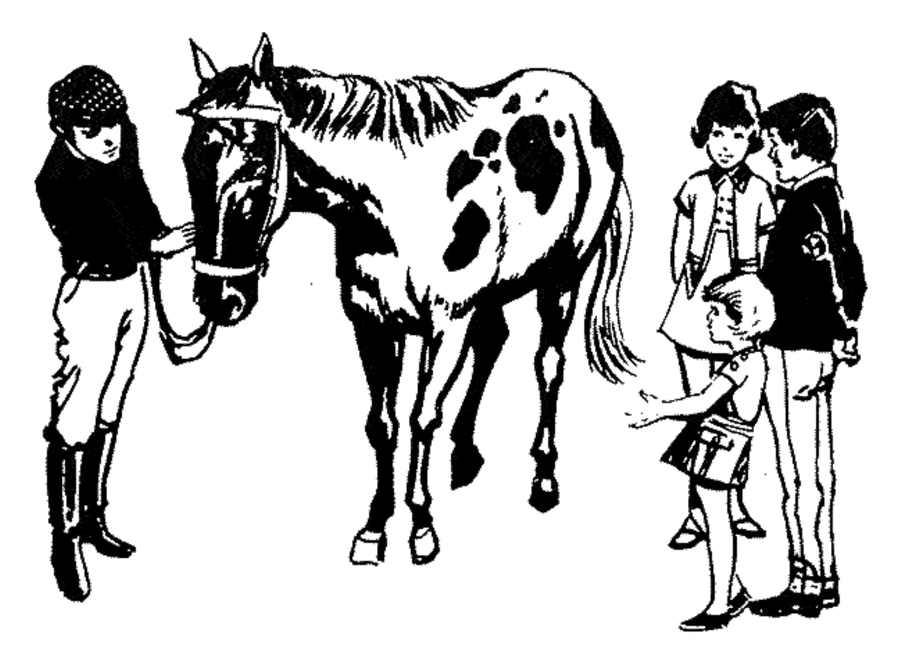
—¿Estás bien, Pete? —preguntó Dan.

—Sí, Dan —repuso su primo, levantándose y sacudiéndose el polvo de los pantalones téjanos—. Ahora ya sé cómo se siente el piloto de un avión a reacción.

Dan desmontó y, con una sonrisa afable, se aproximó al animal capturado para decirle con voz calmosa:

—¡Hola, amiguita, hola! No tengas miedo. ¡Tranquila! Estás en buenas manos.

El caballo echó hacia atrás la testuz, mientras Dan intentaba acariciarla. El chico no aceleró las cosas y a los pocos minutos la jaca le había perdido totalmente el miedo. Se dejó llevar por él a través de la portezuela de la cerca y se mostró contenta cuando los demás la acariciaron.



—Habéis hecho una verdadera proeza de vaquero —dijo Chuck a los dos chicos—. ¡Un trabajo espléndido!

—Ciertamente, lo ha sido —alabó la madre de Dan, acercándose a contemplar al caballo. Y fijándose en las esbeltas patas, añadió—: Es un animal valioso.

Otra vez el animal intentó llegar a su flanco izquierdo con la boca. Carol exclamó:

—¡Ya veo lo que tiene! Se le ha clavado una astilla.

—Solucionaremos eso inmediatamente, antes de darle tiempo a infectarse la herida —decidió Chuck.

—¿Veis alguna marca de propiedad en esta jaca? —preguntó Pam.

Dan y Carol examinaron atentamente al animal, pero no pudieron encontrar ninguna marca ni señal alguna que indicase a quién pertenecía.

—Ciertamente es un misterio —comentó Chuck, conduciendo al caballo hasta un pesebre grande del establo. Antes de ir a buscar el pequeño botiquín se lamentó, diciendo—: Quisiera entender más sobre veterinaria.

—Nosotros conocemos a un chico que se llama Graham Stone, que quiere ser veterinario —explicó Holly a los Thomas y, mientras

Ruth hacía que el caballo se tendiera en el suelo, Holly contó cómo habían conocido al nieto del señor Stone; concluyó—: Pero ahora no podemos encontrarle.

Chuck regresó y los niños Hollister contemplaron, fascinados, cómo su primo extraía la astilla del flanco de la jaca. Ruth aplicó, inmediatamente, un antiséptico a la herida.

—Me gustaría saber cómo se llama este animal —dijo Ricky.

—Nosotros le pondremos un nombre —resolvió Holly, quien, después de observar detenidamente a la jaca, descubrió—: Tiene una estrellita negra en la frente y…

—Ya «sabo» —le interrumpió Sue—. «Estrella de polvo» sería un buen nombre, porque tiene una estrella, y porque ha levantado un montón de polvo dando coces, mientras Pete y Dan la cazaban.

—Eso es —concordó Ruth, inclinándose para abrazar a la pequeñita—. Es un nombre muy lindo. ¡«Estrella de polvo»!

Holly se aproximó, y mientras acariciaba la estrella de la frente, dijo con una dulce vocecita:

—¡Hola, «Estrella de Polvo»!

La jaca relinchó.

—Creo que debemos dejar que el pobre animal descanse un rato —opinó Chuck, mientras recogía los utensilios del botiquín. De repente, mirando a los niños de reojo, comentó—: Me estaba preguntando si esta jaca será de las que hablan.

—¿Cómo? —preguntó Ricky, arrugando, atónito, la naricilla.

Chuck repitió lo que antes dijera y miró fijamente al animal.

—Yo no sabía que hubiera ninguna jaca que hable —confesó Ricky.

Sin más explicaciones, Chuck dijo a «Estrella de Polvo»:

—¿Cuál es tu nuevo nombre?

—«Estrella de Polvo», señor —se oyó responder.

Los hermanos Hollister miraron a la jaca con ojos redondos como platos. ¡Era increíble!

—¿Lo veis? Esta jaca habla —dijo Chuck a sus invitados.

DETECTIVES A CABALLO



Todos los hermanos Hollister pusieron cara de asombro e incredulidad al oír que «Estrella de Polvo» contestaba a la pregunta de su primo.

—¡Pero si habla! —exclamó Holly, mirando a los demás, para convencerse que había oído bien.

Todos movieron la cabeza, asintiendo.

—¿Cuántos añitos tienes? ¿Te gustan los helados? ¿Qué nombre tenías antes? —Sue hizo, apresuradamente, estas y otras preguntas a la jaca, que no respondió nada, sino que se quedó mirando a la pequeña.

Una sonrisilla asomó a los labios de Pam que murmuró algo al oído de Pete. Luego Pam preguntó al animal:

—¿De dónde vienes, «Estrella de Polvo»?

El hermoso animal permaneció silencioso, sacudiendo la cabeza de delante hacia atrás.

—¡Vaya, vaya! Creo que el gato se ha comido su lengua —comentó Chuck—. ¡Caramba! ¡Nunca había esperado tener una jaca parlante en mi rancho!

Lo curioso era que Dan y Carol no hicieron ningún comentario

sobre el extraordinario talento de aquella jaca. Cuando el animal contestó a la pregunta de su padre, los dos hermanos miraron a otro lado. ¡Aquellos niños se comportaban como si los caballos parlantes fuesen la cosa más natural y corriente en su vida!

«Nosotros tenemos mucho que aprender», pensó Holly.

Durante todo el día, los niños estuvieron acudiendo a ver a «Estrella de Polvo» cada hora, aproximadamente. El resto del tiempo lo dedicaron a trabajos detectivescos, intentando localizar al propietario de la jaca. Dan y Carol telefonearon a todos los granjeros que vivían cerca. Ninguno de ellos poseía un caballo tipo apalache.

—Supongo que habrá venido de lejos —dijo Dan—. Pero ¿de dónde?

Él y Carol llevaron a sus primos a que conocieran a Ben y Melinda. El anciano Ben era un criador de caballos y, después de hablar con él diez minutos, Pete estuvo seguro de que debían de existir muy pocas cosas que Ben no conociera sobre los caballos. Y un poco más tarde se dio cuenta de que su esposa Melinda, la señora de cara redonda como la luna llena, lo conocía todo sobre flores y verduras.

Más tarde, mientras contemplaba a Chuck arreglar al caballo forastero para pasar la noche, Pete tuvo una idea.

—¿Qué hiciste con la astilla que extrajiste a «Estrella de Polvo»? —preguntó.

—Creo que Ruth la tiró a la basura.

—Me gustaría verla —dijo Pete, que luego estuvo buscando hasta encontrarla.

—¿Para qué la quieres? —preguntó Chuck con curiosidad.

—Podría ser una buena pista. A lo mejor nos ayuda a encontrar al propietario de «Estrella de Polvo».

Dan, que estaba en aquellos momentos en el establo, sonrió.

—¿Cómo te las arreglas para hacer tus trabajos de detective? —preguntó.

—Ya te lo explicaré —fue la respuesta de Pete—. Ven conmigo.

Pete se encaminó, con Dan, a la casita en donde vivían Melinda y Ben. El anciano estaba plantando tomateras en su huerto.

—¡Hola, chicos! —les saludó, afablemente—. ¿Deseáis algo de

mí?

Pete le dijo que sí y preguntó:

—¿Entiende usted mucho sobre las furgonetas de transporte de caballos?

—He andado jugando con ellas desde que era un chiquillo —contestó Ben, interrumpiendo el trabajo y apoyándose en la caña en que debía apoyar la tomatera.

Pete sacó, entonces, la astilla de su bolsillo y preguntó:

—¿Diría usted que esta astilla es de una furgoneta?

Ben tomó la astilla, la hizo girar repetidamente entre sus dedos y acabó contestando:

—Sí. Yo diría que sí. Parece una astilla de la portezuela trasera de una de esas furgonetas antiguas.

—¡Entonces tengo la impresión de que Estrella de Polvo se ha escapado de la furgoneta que estuvo a punto de chocar con nosotros, cuando veníamos hacia aquí! —exclamó Pete, con los ojos brillantes de emoción.

—¡Es una buena deducción! —dijo Dan, admirado—. Apuesto algo a que tienes razón. ¿Qué haremos ahora?

Pete repuso que, a la mañana siguiente, irían con la astilla a interrogar a los vecinos. Al oír aquello todos los demás niños dijeron que quería colaborar.

—Entonces lo mejor será que formemos grupos de dos —propuso Pete.

Al día siguiente, después del desayuno, los cuatro Hollister mayores, Carol y Dan se reunieron delante del establo.

—¡Hacer de detective es muy emocionante! —exclamó Carol, mientras Pete iba formando los grupos.

Ricky y Dan formarían un grupo, Pam y Holly otro y Carol y Pete el tercero. Ruth les había dado ya una lista de varios granjeros cercanos. Los niños irían a ver a cada uno de ellos para averiguar si alguno había visto la furgoneta de caballos vacía.

—¿Y si alguien la ha visto? —preguntó Carol.

Pam repuso que, en ese caso, pedirían una descripción del vehículo, y averiguarían qué dirección llevaba el vehículo y qué aspecto tenían el conductor y quiénes le acompañasen.

—Estoy seguro de que averiguaremos algo —afirmó Dan,

mientras entraban en el establo a ensillar.

Como Carol y su hermano conocían bien aquellos alrededores, sólo Pam y Holly necesitaron que se les dieran indicaciones. Visitarían dos granjas que estaban carretera abajo. Carol les dijo que una estaba a cosa de media milla del rancho de los Thomas y la otra a una milla.

Las tres parejas de jinetes salieron de la Granja de la Colina de la Jaca montados a caballo. Ricky había elegido a «Duke», su favorito. El pecoso y Dan atajaron por los campos, en dirección a la Granja Acre Verde. Después de cruzar los bosques y chapotear en un arroyo vadoso, los chicos llegaron a las lindes de la granja.

—Nos detendremos delante de los establos —decidió Dan.

Así lo hicieron y un momento después vieron salir a un hombre. Le preguntaron si había visto el coche que marchaba a toda velocidad, remolcando una furgoneta para caballos.

—No lo he visto. Pero ahora ya estoy sobre aviso. Si lo viera, me pondría en contacto con vosotros —prometió el granjero.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó Ricky, mientras él y Dan hacían volver grupas a los caballos y reanudaban la marcha.



—A la granja del señor Jessup que está a unas dos millas de aquí —decidió Dan—. Es un criador de puras sangre.

Al llegar, los chicos vieron a un hombre de cabellos grises y expresión simpática, que estaba en un cercado, domando una yegua negra.

—¡Hola, Dan! —saludó a gritos, al ver a los visitantes—. ¿Habéis salido a dar un paseo?

—Estamos haciendo unos trabajos detectivescos —dijo gravemente Dan, que luego presentó a Ricky y al señor Jessup.

Sin desmontar, los dos muchachitos explicaron por qué habían ido a la granja.

—¿Una furgoneta de caballos vacía? —murmuró el señor Jessup, frotándose, pensativo, el mentón—. Recuerdo haber visto una… ¡Ah, sí! Ahora recuerdo.

Dijo que, varios días atrás, se encontraba conduciendo por la carretera del pantano cuando una furgoneta, de las que sólo tienen cabida para un caballo, estuvo a punto de chocar con él en una hondonada.

—¡Lo mismo que el conductor que vimos nosotros! —exclamó Ricky.

—Parecía tener mucha prisa aquel hombre —dijo el señor Jessup.

—¿Iban dos hombres en el coche? —preguntó Ricky.

—Sí. Pero no los vi bien.

—¿Se fijó usted en algo especial que pueda ser una buena pista? —inquirió Dan.

—El vehículo no era de este estado. Lo noté por la matrícula.

—¿De dónde era? —quiso saber, en seguida, Ricky.

—Con franqueza, no lo sé —repuso el señor Jessup— porque el coche iba demasiado de prisa y levantaba una gran polvareda.

—De todos modos, ya es una buena pista —declaró Ricky—. Muchas gracias.

Por el camino hacia la Granja de la Colina de la Jaca, Dan dijo que aquella información podía ayudar a la policía a seguir la pista del conductor imprudente. Ricky estuvo de acuerdo con su primo y dijo:

—Si «Estrella de Polvo» estuvo viajando en esa furgoneta, podría ser que esos hombres la hubiesen robado.

—¡Cuatreros…! —comentó Dan, muy nervioso—. ¿Crees que estamos en la pista de ladrones de caballos?

—¡Canastos! —gritó Ricky, sintiéndose muy importante—. Oye, ¿a ti te parece que «Estrella de Polvo» se escapó de la furgoneta?

Dan dijo que podía ocurrir que la portezuela posterior se hubiera desprendido y esto hubiera hecho caer la jaca a la carretera. Los dos chicos avanzaron bordeando un maizal y pronto se encontraron en un caminillo sin asfaltar que llevaba a la Granja de la Colina de la Jaca.

—Por ahí viene un chico —advirtió Ricky, mirando al final del camino.

—Es Sam Dulow —contestó Dan, el cual, explicó luego que Sam era un muchacho un poco raro y antipático, cuyos padres trabajaban en una granja cercana—. Siempre tiene el ceño fruncido y parece enfurecido por todo. Muchas veces Sam pega a los chicos más pequeños sin motivo alguno.

—Igual que Joey Brill, en Shoreham —dijo Ricky.

Dan y Ricky avanzaban por el lado del camino opuesto al de Sam Dulow. Pero cuando se aproximaban, el chico corrió a situarse delante de los caballos.

—¡Quietos! ¡Necesito hablar con vosotros! —gritó Sam, torciendo las niñas de los ojos y arrugando enormemente la frente.

—¡Hola, Sam! —saludó Dan.

—¿Quién es el chico que va contigo?

—Ricky Hollister. Su familia está pasando unos días con nosotros. Ricky, te presento a Sam Dulow.

—¡Hola, Sam!

El chico no hizo el menor caso de la presentación. Tan sólo preguntó:

—¿Han traído ellos la jaca pintada?

—No. La encontramos en nuestro prado —contestó Dan—. Pero ¿cómo sabes lo de «Estrella de Polvo»?

—Bah… Las noticias corren muy de prisa por aquí. Me gustaría montar ese caballo alguna vez.

—Nadie podrá montar esa jaca, de momento —dijo Dan—. Está herida.

Sam se aproximó más, para dar un tirón de las riendas de «Duke».

—Déjame pasear en este caballo.

Ricky miró a Dan, sin saber si debía o no desmontar. Como Dan titubeaba, Sam dijo:

—Anda, déjame. No voy a hacer daño a tu caballo.

—Sí, déjale —decidió Dan, a regañadientes—. Que dé un paseo. Pero, por favor, no hagas galopar a «Duke» y vuelve dentro de pocos minutos.

Ricky bajó al suelo y Sam saltó sobre Ja montura. Se puso en marcha al trote, pero no había recorrido ni cincuenta metros, cuando emprendió el galope.

—¡Te he dicho que no hicieras eso! —protestó Dan, indignado —. Hay demasiadas piedras en este camino.

Cuando se hallaba a casi quinientos metros de los otros chicos, Sam dio media vuelta, todavía con el caballo a galope. Cuando pasó junto a los otros dos, Dan dijo:

—Sam, ya has cabalgado bastante. ¡Deja el caballo a Ricky!

—¿Quién lo dice? —masculló el chico con malos modales, mientras pasaba junto a los otros dos, sin detenerse—. Quiero dar un largo paseo.

—Tenemos que volver a casa —dijo Dan—. Deja que Ricky monte ahora.

Sin molestarse en contestar, Sam hizo dar media vuelta a «Duke», dispuesto a hacer otra carrera, camino abajo.



—Más vale que desmontes —dijo Dan, encamado de rabia.

—¡A ver si me obligas! —fue la contestación del otro.

—Muy bien… Si tú quieres… —Dan colocó ambas manos ante la boca, a modo de bocina, y gritó a «Duke»—: ¡Líbrate de él, pronto!

«Duke» se detuvo en seco, haciendo que Sam estuviera a punto de saltar por encima de las crines, y a continuación inició una serie de cabriolas y giros, mientras Sam se sujetaba con todas sus fuerzas, aterrado. Aquélla era una de las hazañas circenses que «Duke» sabía

hacer.

—¡Detenedle! ¡Detenedle! ¡Bajaré! —aulló el despavorido Sam.

—¿Ya te basta? —preguntó Dan.

—Síiii. Haz que se pare este loco.

Con unas pocas palabras apaciguadoras, pronunciadas en voz baja, Dan calmó al hermoso caballito. Sam bajó a tierra, temblando.

Ricky volvió a ocupar su puesto sobre el caballo, pero no se había puesto aún en camino ninguno de los chicos, cuando Sam levantó un puño amenazador en dirección a ellos.

—¡Me las pagaréis! —gritó—. Tengo amigos que os causarán complicaciones.

SECRETOS



Después de amenazarles de aquel modo, Sam Dulow se alejó camino abajo. Ricky y Dan espolearon a sus monturas y continuaron en dirección a la Granja de la Colina de la Jaca.

—¿Podrán hacernos algo malo esos amigos de Sam? —preguntó Ricky, un poco asustado.

—No lo creo. Deben de ser bravatas de Sam, porque no me parece que tenga muchos amigos.

—A lo mejor por eso está siempre tan furioso —razonó el pecoso.

Dan movió la cabeza, asintiendo.

—Mi madre cree que Sam es un pobre chico que se siente solo, pero tiene demasiado orgullo para confesarlo. Y, además, hay otra cosa. A Sam le entusiasman los caballos, lo mismo que a todos los que vivimos por aquí. Siempre habla de que va a tener uno, pero nunca lo tiene. ¿Te has fijado en lo bien que montaba a «Duke»?

—Sí, pero eso no tiene que ver para que quisiera dejarme sin caballo —rezongó el pequeño—. ¿Por qué no tiene un caballo suyo?

Dan contestó que sus padres no podían permitirse el lujo de comprarle uno.

Cuando Dan y Ricky llegaron al rancho, los demás niños ya estaban allí. Ninguno había podido conseguir una sola pista sobre la furgoneta de caballos y estuvieron muy interesados al saber que los recién llegados habían averiguado que la furgoneta no llevaba matrícula de aquel estado.

El señor Thomas fue inmediatamente al teléfono para hablar con la policía del estado y pedir que estuvieran pendientes de cualquier furgoneta de caballos que pudieran ver, con matrícula de otro estado. También habló al capitán sobre la pista relativa a la astilla que «Estrella de Polvo» tenía clavada en un flanco. Una vez que el oficial prometió mantener vigilancia, Chuck colgó y volvió al establo. Explicó lo que había hablado con la policía y después cambió de tema.

—No falta más que una semana para la celebración del Día del Pony —dijo a sus invitados—. Creo que vosotros, los niños Hollister, deberíais participar en las celebraciones.

—¡Qué bien! —palmoteo Sue.

—A mí me gustaría montar a «Estrella de Polvo» —dijo, entusiasmada, Pam—. La prima Ruth opina que mañana ya se podrá ensillar. Entonces podría practicar.

Durante los días siguientes, los Hollister hicieron poca cosa, aparte de practicar para las fiestas del Día del Pony. Y llegaron a olvidarse casi por completo de la amenaza de Sam Dulow y de la furgoneta de caballos vacía.

Pete y Dan pasaron muchas horas ensayando equilibrios hechos a caballo. Dan enseñó a su primo a mantenerse de pie sobre la montura, mientras marchaba a galope. Y Chuck ayudó a Pete a ensayar el mejor modo de inclinarse por un lado de la montura para recoger un pañuelo del suelo, sin que el animal interrumpiera su carrera.

Entre tanto, Carol y Ricky preparaban una exhibición de echar el lazo. Los dos niños se pasaban largo rato haciendo girar unos lazos, que primero formaban una curva pequeña, la cual iba luego aumentando hasta ser lo bastante grande para que cada uno de ellos saltase de uno a otro lado de su circunferencia.

—¡Es maravilloso! —aplaudió Pam, admirada.

Sue y Holly decidieron participar en el concurso de trajes de

época. Melinda estuvo yendo a la casa de los Thomas todos los días para ayudar a la señora Hollister a confeccionar unos alegres vestidos del siglo diecinueve. Por fin, estuvieron preparados para la prueba. Cuando Holly y Sue se colocaron delante del espejo, los ojos castaños de Melinda chispearon alegremente, mientras ajustaba los pliegues de uno de los elegantes trajes.

—Las dos vais a estar lindísimas —declaró—. ¿Iréis montadas a caballo?

—No —contestó Holly a Melinda—. Iremos en un carruaje.

—«Pat» y «Mike» tirarán del coche —añadió Sue.

—¡Qué bonito será! —exclamó Melinda, que en ese momento levantaba la aguja hacia la luz, para enhebrarla—. Las dos con jacas y vestidos haciendo juego… Apuesto algo a que ganáis un premio —añadió al oído de las dos hermanas.

Mientras Melinda y la señora Hollister continuaban cosiendo, las dos pequeñas se entretuvieron jugando con los retales de la tela. Holly confeccionó un gracioso perrito de trapo. Sue anudó varias diminutas corbatas que pensaba reservar para los vestidos de sus muñecas.

Media hora más tarde Ricky entró a toda prisa en la habitación.

—¡Hola a todo el mundo! —dijo a gritos. Y cuando todas contestaron a su saludo, el chiquillo miró a Holly para decir—. Ven conmigo. Tengo que enseñarte una cosa.



—Vamos —dijo Holly, a quien Sue siguió apresuradamente.

—¿Qué pasa? —preguntó la chiquitina, con la esperanza de que se tratase de otro caballo que hubiera entrado en el rancho.

—Quiero hacer un experimento sin que lo sepan los demás —explicó—. Si sale bien, tengo una idea estupendísima.

—¡Dinos en seguida qué es! —exigió Holly, emocionada.

Por toda contestación, Ricky llevó a sus hermanas al establo, y hasta el lugar en que habían instalado al caballo apalache. Todo estaba silencioso. Sólo se oía, de vez en cuando, relinchar algún caballo.

—No estoy seguro sobre eso de «Estrella de Polvo» —murmuró Ricky, acercándose más al pesebre.

—¿Está herida, otra vez? —preguntó Sue, angustiada.

—No es eso. Sólo necesito asegurarme de que habla de verdad. Nunca he oído hablar a otro caballo. Ni siquiera a los que tienen los artistas de cine.

Holly movió de arriba abajo la cabeza. Estaba de acuerdo con su hermano.

—Yo también he estado pensando en eso. Hay que hacerle algunas preguntas a «Estrella de Polvo». Aquí no hay nadie que pueda contestar por ella.

—Yo empezaré —se ofreció Sue, deseosa de hacer la prueba. Acarició al animal y después de reflexionar unos momentos, preguntó—: ¿Cuál es tu color favorito, «Estrella de Polvo»?

Después de relinchar sonoramente, el animal dijo:

—El rosa, como la cinta que llevas en el pelo, Sue.

Los tres hermanos quedaron perplejos.

—¡Sí habla! ¡Sí habla! —gritó Holly, mientras Sue palmoteaba con entusiasmo.

—¿De dónde eres? —preguntó Ricky al animal.

«Estrella de Polvo» piafó repetidamente y al fin, con una vocecilla extrañamente risueña, dijo:

—Eso es un secreto.

Los Hollister habrían seguido preguntando al animal otras muchas cosas, pero en aquel instante sonó el gong que anunciaba la hora de la cena. Salieron a toda prisa del establo y, mientras se dirigían a la casa de los Thomas, no cesaron de hablar de la prodigiosa jaca.

—No cabe duda de que habla —declaró con suficiencia Ricky, que, a continuación, puso a sus hermanas al corriente de un plan misterioso.

Ya estaban todos sentados a la mesa cuando Pete preguntó:

—Pam, ¿tú qué vas a hacer el Día del Pony?

Pam soltó una risilla.

—Tengo una sorpresa —dijo, haciendo un guiño a la prima Ruth.

—¿Qué es? —insistió Pete—. Te he visto esta tarde ir a entrenarte en secreto con «Estrella de Polvo». Anda, dinos qué es, Pam.

—No lo diré hasta el Día del Pony —replicó Pam, con mucho

misterio.

—Si encontrásemos al propietario de «Estrella de Polvo», quizá no podrías montar al animal ese día —dijo Dan.

—No digas eso. Dios quiera que pueda daros la sorpresa.

A pesar de todo, Pam no dijo de qué se trataba.

La señora Hollister preguntó si se había adelantado algo en las pesquisas sobre el propietario de «Estrella de Polvo». Chuck contestó que la policía no había encontrado ninguna pista.

—Pero más pronto o más tarde, averiguaremos algo —añadió—. El propietario de un animal tan magnífico no se resignará a perderlo sin hacer gestiones.

—Yo sigo pensando que pudo haber sido robado por los hombres que iban en aquella furgoneta tan veloz —declaró Pete y todos estuvieron de acuerdo con él.

A todo esto, Rick y Holly habían estado extrañamente silenciosos y, una vez, Holly miró de reojo a Ricky y dejó escapar una risilla.

—¿Qué os traéis entre manos? —preguntó Pete.

Holly se sonrió y repuso:

—Ya te enterarás.

Luego, ella y Ricky siguieron mirándose y riendo de tal manera, que su madre tuvo que recordarles que era de poca educación hacer tal cosa en la mesa, delante de los demás.

—Al parecer, aquí todo el mundo tiene secretos —rió el señor Hollister—. Creo que yo también voy a tener que buscarme uno.

Holly, temiendo que su padre estuviera resentido y triste por no poder presumir de tener un secreto, se apresuró a decir:

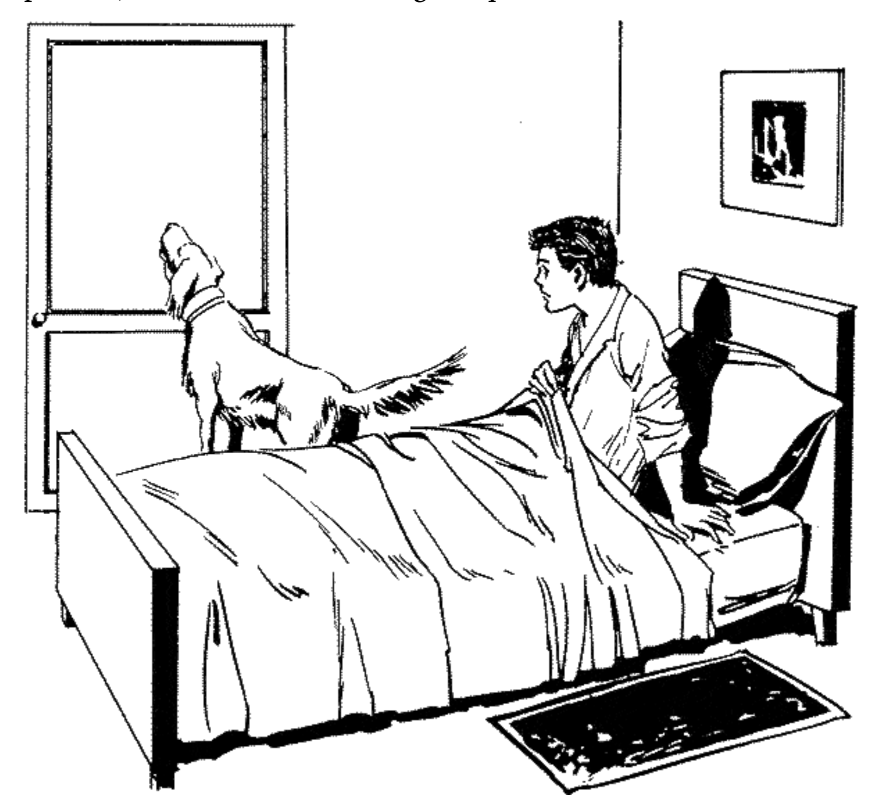
—Ya verás cómo en seguida encuentras uno, papá.

Los niños, que estaban agotados por la agitación de aquel día, se acostaron temprano. «Zip», también cansado de perseguir animales por los campos y bosques, se acostó en el suelo, a los pies de la cama de Pete. De vez en cuando, el hermoso perro levantaba la cabeza y erguía las orejas, como si oyese ruidos inquietantes.

—¿Qué te ocurre, amigo? —le preguntó Pete.

Pero, al fin, el perro se tranquilizó, y Pete acabó durmiéndose. Algo más tarde, «Zip» empezó a ladrar con gran insistencia. En medio de los ladridos pudieron oírse ruidos en el establo. Un

instante después, toda la familia Hollister, excepto Sue, estaba despierta y en movimiento. Poniéndose apresuradamente batas y zapatillas, todos salieron a averiguar qué ocurría.



El alboroto despertó también a los primos. Se encendió el gran farol que pendía sobre la puerta principal y un gran espacio de terreno quedó bañado en luz. En aquel mismo instante, alguien salió corriendo por la puerta trasera del establo y corrió entre las sombras de los edificios.

—¡Atrápale, «Zip»! —gritó Pete y al momento el perro se lanzó en persecución del intruso.

Un segundo después, todos pudieron oír el sonido de cascos de caballo y vieron que un caballo y su jinete saltando la cerca por detrás de la cuadra. Desapareció a campo atraviesa, despistando al fiel perro pastor. Cinco minutos después regresaba «Zip», jadeando.

—¡Hay que ver! —se lamentaba Ruth una y otra vez—. ¡Alguien intentaba robar nuestros caballos!

—Puede que vinieran buscando a «Estrella de Polvo» —dijo Pam —. Es un caballo de valor y puede haberse corrido la voz de que está en este rancho.

—¿Os parece que puede haber sido Sam Dulow? —preguntó Ricky, recordando la amenaza del chico malhumorado.

—Desde donde yo estaba, el jinete no me pareció que fuese Sam Dulow —dijo Carol, perpleja.

—¡La policía tendrá noticia de esto! —afirmó Chuck, indignado, y entró en la casa para telefonear al cuartelillo.

Para más seguridad, Pete y Dan suplicaron a sus padres que les permitieran dormir en el establo con «Zip», por si al intruso se le ocurría volver. Chuck Thomas dijo que dudaba que aquella persona volviera tan pronto.

—Sin embargo, si a ambos os interesa ser guardianes hoy, por mí no hay inconveniente. ¿Qué piensas tú, John?

El señor Hollister dio su consentimiento y los dos chicos extendieron unas mantas sobre la paja de un pesebre vacío, cerca de «Estrella de Polvo». «Zip» se acurrucó entre Pete y Dan, pero la noche transcurrió sin nuevas alarmas.

Cuando las dos familias se reunieron para desayunar, se habló mucho sobre quién podía ser el intruso de la pasada noche. Unos pensaban que debía ser una persona de la región; otros que era alguien llegado de lejos.

—He llamado a la policía esta mañana, pero no han encontrado la menor pista de nuestro visitante —dijo Chuck.

En ese momento, entró el anciano Ben con el correo y un ejemplar del «Heraldo de la Ciudad», un periódico que llegaba diariamente al buzón de los Thomas.

Chuck pidió permiso a todos para leer las cartas y los titulares del periódico. Unos momentos después, al leer un pie de página, exclamaba:

—¡No es posible! ¡Mirad esto!

Chuck lo dio a leer, primero a Ricky, luego a Holly, antes de decir en voz alta:

—Una jaca hablará por televisión.

—¡Quéeee! —exclamaron los otros.

—Eso no es más que el principio —dijo Chuck—. Escuchad esto:

«Una jaca apalache, parlante, de la granja del señor Charles Thomas y esposa, se presentará en la emisora local de TV mañana por la mañana».

Los mayores contuvieron la respiración, guardando un absoluto silencio.

—¡Dios mío! —exclamó Ruth—. ¿Quién ha hecho esto?

—Lo hicimos nosotros —anunciaron, a un tiempo, Ricky y Holly, rebosando orgullo por los cuatro costados.

UN ESPECTÁCULO DE TELEVISIÓN



Todos se echaron a reír a carcajadas al imaginarse a «Estrella de Polvo» apareciendo por televisión en Central City. Cada uno de los presentes se volvió a mirar a Ricky y Holly que habían sido quienes comprometieran al animal para el acontecimiento.

—Pero, vamos a ver. ¿Por qué habéis hecho eso? —preguntó la señora Hollister, atónita.

—Queremos encontrar al dueño de la jaca —dijo Ricky—. Ésa es una buena manera de encontrarle.

—Además, es un caballo parlante —declaró Holly, muy seria— ya todos los niños les gustará oírle.

—¿Traerán las cámaras de televisión a nuestro rancho? —quiso saber Carol.

—No. Dijimos que llevaríamos a «Estrella de Polvo» a la emisora —contestó Ricky—. Claro que primero tenemos que consultar a Chuck, porque él tendrá que ir con nosotros. ¿Irás, Chuck?

Chuck no cesaba de reír.

—Claro que sí —dijo—. Supongo que habréis llamado al programa «Exhibición Caballuna Hollister».

—Y también «Payasada Thomas» —añadió Ruth, con una

sonrisa.

Holly y Ricky contaron cómo habían telefoneado a la emisora de televisión, explicando toda la historia sobre el extraviado caballo apalache, El que contestó al teléfono se mostró muy interesado y pidió que la llevasen. Si realmente el animal era un buen artista se le dedicaría un espacio «en el aire».

—Y nosotros también vamos a salir por televisión —anunció Ricky, muy orgulloso— en el programa «Sea Bueno con los Animales».

—Bien. Creo que lo mejor será que Chuck esté con vosotros en todo momento, durante el programa —dijo Ruth, que parecía preocupada.

—Sí —concordó Dan—. Y convendrá que salgáis muy temprano hacia la emisora de Central City. Está a unas veinte millas de aquí.

—¿Podemos ir Carol y yo? —preguntó Pam.

—¡Claro que sí! —repuso resueltamente, Ricky.

Y Chuck asintió. Luego, para que todos se tranquilizasen, dijo que había hablado personalmente con el realizador del programa para asegurarle que no era ninguna superchería. La jaca realmente hablaba.

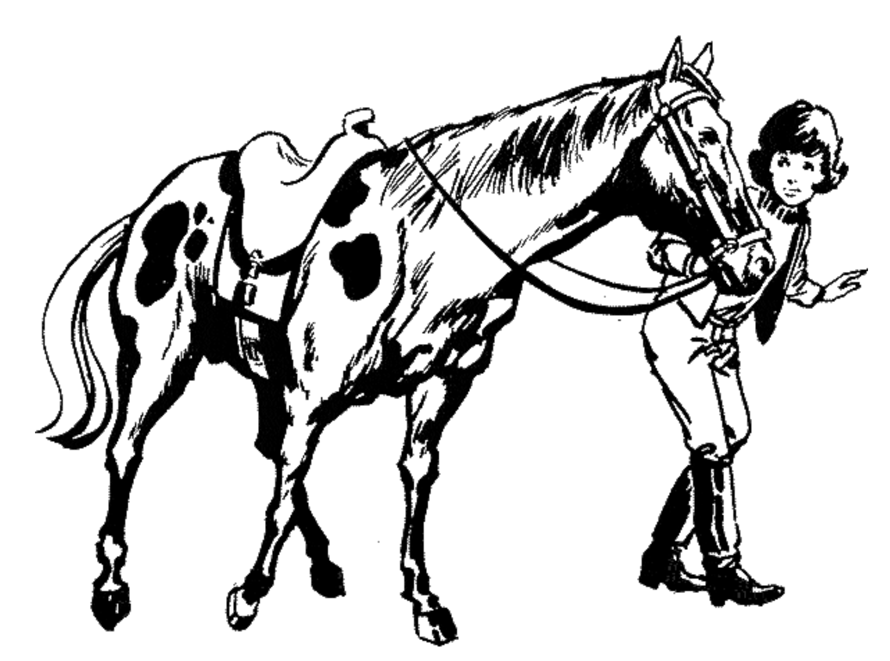
Más tarde, Chuck y los niños fueron al establo para preparar a «Estrella de Polvo» para el gran acontecimiento. Chuck explicó al animal lo que iba a suceder y en respuesta se oyeron estas palabras:

—Me parece muy bien. Gracias, Ricky y Holly. Me comportaré lo mejor que pueda en televisión.

—¿Veis? Está muy contenta de hacer una exhibición por la «tele» —dijo Ricky con gran alegría.

¡Cuántas veces se peinó y cepilló al animal, a lo largo de la tarde! Al oscurecer, Pam marchó con la jaca a hacer prácticas a un lugar donde nadie podía verla.

A la mañana siguiente, muy temprano, el caballo volvía a estar cepillado y peinado. Chuck enganchó una furgoneta a la parte posterior de su coche y dio marcha atrás, con objeto de dejarlo ante la puerta del establo.



«Estrella de Polvo» fue conducida por Pam desde su pesebre a una rampa que subía hasta la furgoneta. Al principio, el animal relinchó e intentó retroceder, Pero Pam le habló con dulzura, diciendo:

—No te preocupes. Sólo te llevamos a que hagas felices a muchos niños.

Tranquilizada por el tono de la cariñosa Pam, la jaca se acomodó en la furgoneta, cuya portezuela quedó cerrada en seguida.

—Vamos —llamó Chuck—. Subid todos. ¡En marcha!

Pete y Dan hicieron un guiño a Chuck, quien ya había puesto en marcha el coche.

—Todos estaremos pegados delante del televisor, papá —dijo Dan, sonriendo—. Espero que «Estrella de Polvo» no se olvide de hablar cuando esté delante de las cámaras.

—Estoy seguro de que no se olvidará —dijo el padre, entre carcajadas.

Chuck Thomas se despidió, sacudiendo la mano. Por el camino, Carol explicó a los Hollister que, para llegar a la carretera central que llevaba a Central City, debían antes recorrer un camino angosto

que atravesaba el Gran Pantano.

—Es un poco misterioso aquel trecho —añadió Carol.

—Se lo parece a ella, sólo por las historias que ha oído contar —aclaró Chuck—. Durante la Guerra Civil algunos soldados enemigos estuvieron ocultos en el Pantano largo tiempo, antes de ser descubiertos.

—En el Gran Pantano fue donde el señor Jessup vio la furgoneta para caballos —recordó Ricky, a quien luego se le ocurrió que tal vez los hombres del vehículo estuvieron buscando un rincón del pantano en donde esconderse.

—¡Oooh! —exclamaron a un tiempo Pam y Carol, al oír al pecoso.

Pero Chuck les aconsejó que no se preocuparan.

—El pantano no ha sido utilizado como escondite desde hace años.

Continuamente se volvían los niños a mirar a «Estrella de Polvo», para asegurarse de que estaba bien. Pronto descendieron por la falda de una montaña y embocaron el camino del pantano. A uno y otro lado crecían altas eneas y el terreno era lodoso. Se oía el croar de ranas y el graznido de patos.

—Será difícil que por aquí pasen dos coches a la vez, ¿verdad, Chuck? —preguntó Ricky.

—Sí. Pero hay varios apartaderos para evitar problemas. Hay uno en frente de nosotros, en una curva del camino.

Avanzaban lentamente por la curva, cuando Chuck y sus acompañantes prorrumpieron en una exclamación de sorpresa. ¡Una barricada de madera atravesaba el camino!

Mientras el coche de los Thomas se aproximaba, dos hombres, con el rostro oculto por pañuelos, aparecieron, haciendo señas a Chuck para que se detuviera. Holly y Carol chillaron, asustadas.

—¡Cielo santo! ¿Qué haremos? —se lamentó Pam.

—¡Pasa a toda prisa, para atravesar la barricada, Chuck! —aconsejó Ricky, a quien le castañeteaban los dientes.

—No creo que sea preciso —replicó Chuck—. ¡Tendré que enseñar a esos individuos un par de cosas!

La barricada estaba colocada en el principio del apartadero y Chuck, al aproximarse, viró bruscamente a la derecha.

—¡Cuidado! ¡Vamos a ir a parar al pantano! —gritó Carol.

Pero su padre condujo con tal pericia que las ruedas del lado derecho se deslizaron continuamente sobre el camino. Coche y remolque pasaron tranquilamente por el costado de la barricada. Al ver aquello, los dos hombres gritaron, ordenando a Chuck que se detuviera, y uno de ellos se cogió, como pudo, a la portezuela del remolque.

—¡Estupendo, Chuck! —aplaudió Ricky, viendo lo que estaba sucediendo.

El primo Chuck emprendió una rápida marcha y el hombre de la portezuela cayó al camino.

—Nos hemos librado de ellos —exclamó Pam, con un suspiro de alivio.

Chuck sonreía alegremente. Sin embargo, no dijo nada, para no distraer su atención de llevar una rápida marcha, hasta que hubieron recorrido un buen trecho. Luego, volvió a reducir la velocidad.

—Querían quitarnos a «Estrella de Polvo» —declaró Ricky.

Chuck opinaba lo mismo que el pequeño.

—Pero hemos tenido suerte —dijo—. Si esa barricada hubiera estado en otra parte, habría sido fácil que nos quedáramos sin la jaca.

Los niños miraron atrás repetidamente, pero nadie les seguía. Media hora más tarde llegaban a Central City. Chuck condujo directamente al cuartel de la policía e informó de lo sucedido. El capitán que estaba de guardia prometió enviar inmediatamente dos hombres al camino del Gran Pantano para buscar a los enmascarados.

Mientras tanto, Pam había ido a preguntar a un transeúnte dónde se encontraba la emisora de televisión y el hombre señaló un alto edificio a poca distancia de allí. Cuando el coche y su remolque se detuvieron ante la puerta, una multitud de curiosos se aproximó.

—¿Ésta es la jaca que habla? —preguntó un chico, mientras los niños bajaban del coche.

—Claro que sí —contestó Ricky, muy orondo.

—Déjale que hable con nosotros —pidió el chico.

—Id a conectar vuestro televisor —aconsejó «Estrella de Polvo»,

que ya no volvió a pronunciar una palabra.

Los curiosos estuvieron mirando hasta que Chuck sacó a «Estrella de Polvo» del remolque. Entonces todos corrieron a sus casas para no perderse el programa de televisión.

Un recepcionista apareció en la puerta principal de la emisora. Chuck se presentó a sí mismo y a los niños y preguntó:

—¿Cómo meteremos a este animal en el estudio?

—Por aquí —repuso el hombre, abriendo la marcha por un callejón lateral—. Le subiremos en el montacargas. Los estudios están en el piso onceavo.

El hombre opinó que cabrían todos en el montacargas, por lo que los niños siguieron a Chuck y a «Estrella de Polvo» a la parte posterior del edificio.

¡Clip, clop, clip, clop! El hermoso caballo fue conducido por una rampa hasta la puerta posterior del edificio. Un gran montacargas, con los laterales almohadillados, les aguardaba. «Estrella de Polvo», seguida de los niños, entró en él.

El ascensorista sonrió y dijo:

—No creí que fuera posible. Un caballo parlante… Ahora lo veo con mis propios ojos.

Pam contuvo la risa y Chuck le hizo un guiño, mientras el montacargas se ponía en marcha. Había ascendido cuatro pisos cuando, de repente, la luz se apagó y el montacargas se detuvo.

—¿Qué ha pasado? —gritó Ricky.

—Todos tranquilos —aconsejó el ascensorista—. Creo que hemos fundido un plomo.

—Déjame salir de aquí —suplicó Carol, llorosa, tirando de la mano de su padre.

—Me temo que estamos entre dos pisos, hija —repuso Chuck—. Pero no hay por qué preocuparse. Pronto saldremos de aquí.

El ascensorista golpeó la puerta para llamar la atención, pero no respondió nadie al aviso.

—¡No podremos hacer el programa! —lloriqueó Holly, con desespero.

Todos prorrumpieron en voces, pero siguieron sin obtener respuesta.

—¡Por todos los sapos del mundo! —exclamó Chuck—. ¡No

podemos pasarnos aquí el día entero!

—¡Claro que no! —concordó «Estrella de Polvo»—. Yo necesito avena.

Todos se echaron a reír y entonces, desde arriba, una voz preguntó:

—¿Qué ocurre ahí?

—Nos hemos quedado inmovilizados —gritó el ascensorista—. Tenga la bondad de decirle al vigilante que localice la avería.

Unos momentos más tarde, un hombre gritaba por el hueco del montacargas:

—Llevas demasiado peso. Se ha fundido un fusible. Pero lo arreglaremos en un minuto.

Durante aquel tiempo, «Estrella de Polvo» permaneció calmada, gracias a las caricias que Pam le hacía en el morro.

—Eres la jaca más buenísima del mundo —le dijo Holly.

De pronto, la luz volvió a encenderse y el montacargas reanudó la marcha. Cuando llegó al piso decimoprimero, el ascensorista abrió la puerta. Pam condujo a la jaca fuera del montacargas.

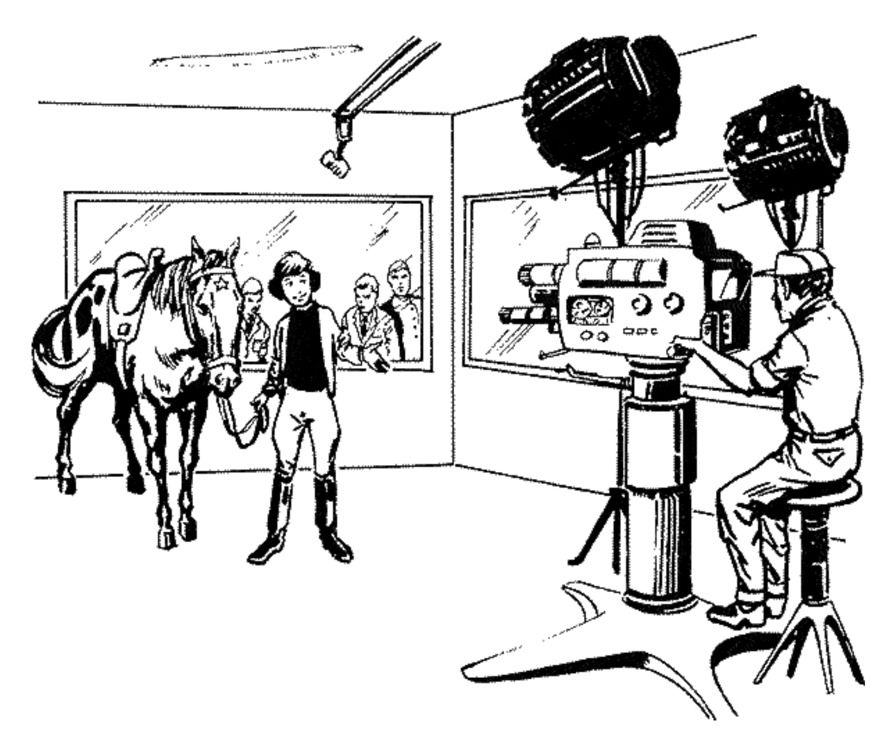
—Por aquí. ¡De prisa! —dijo un hombre—. Es casi la hora de estar en el aire.

El hombre les condujo hasta un estudio, que había sido alfombrado con una tarlatana. La jaca caminó sobre ella hasta las dos cámaras, mientras el director y los demás empleados la rodeaban.

Chuck cuchicheó algo al presentador, quien asintió, inclinando la cabeza. Luego dijo:

—Ésta es la primera jaca que hemos tenido nunca en televisión. ¿Quieres colocarte a su derecha? —pidió a Pam.

Después que «Estrella de Polvo» estuvo colocada exactamente donde el director deseaba, las cámaras le enfocaron el morro.



—Ahora vosotros dos, niños, quedaos aquí. Nuestro programa empezará dentro de cinco minutos. No hay tiempo para ensayar.

—¿Quién va a hacer las preguntas al caballo? —preguntó el presentador.

Después de celebrar una breve conferencia se decidió que Pam se encargaría de las preguntas.

—Muy bien —dijo Chuck—. Lo mejor será que yo me quede junto a vosotros y sujete a «Estrella de Polvo» para que no se mueva.

Los. Hollister y sus amigos no tuvieron que esperar mucho rato. A los pocos minutos el presentador levantó una mano y se encendió una luz roja. El presentador miró directamente a las cámaras.

—Hoy, en nuestro programa sobre animales, tenemos una jaca apalache que habla.

A continuación presentó a Chuck y a todos los niños, explicando que se habían quedado estancados en el ascensor. Luego, el presentador se volvió a Pam para preguntar:

—¿Está preparada «Estrella de Polvo» para responder a algunas

preguntas?

—Lo está. —Pam empezó por preguntar a la jaca su nombre y obtuvo una pronta respuesta. Tras esto, la niña añadió—: «Estrella de Polvo», hoy has tenido una aventura, al venir hacia aquí. ¿Con quién te has tropezado en el camino?

—¡Con unos bandidos!

—¿De qué intentaban apoderarse?

—De mí.

—¿Estás segura? —preguntó Pam.

Como respuesta, «Estrella de Polvo» sacudió vigorosamente la cabeza de arriba abajo, con lo que todos los presentes en el estudio se echaron a reír.

—¿Qué es lo que más te gustaría en el mundo? —preguntó Pam.

—Quiero volver a casa —se oyó responder.

—¿Dónde vives? —inquirió Pam.

—No me acuerdo —repuso «Estrella de Polvo»—. ¿Querrá mi amo venir aquí a buscarme?

EMOCIONES Y SORPRESAS

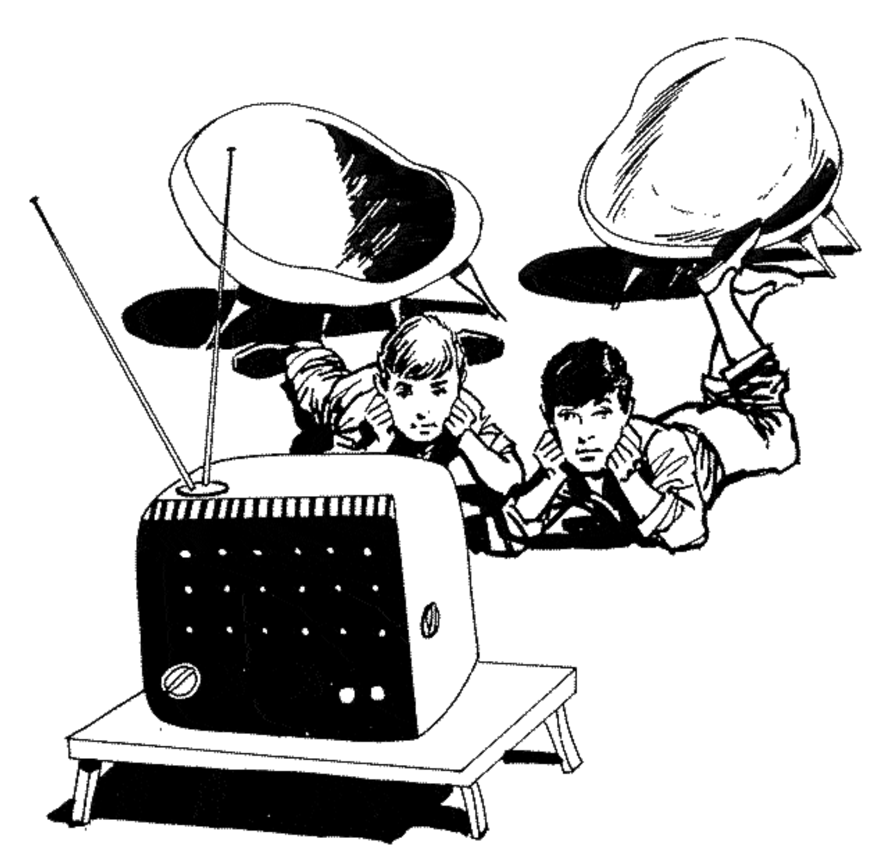


Mientras tanto, en la Granja de la Colina de la Jaca, Pete y Dan estaban tumbados boca abajo en el suelo de la sala, frente al aparato de televisión. Detrás, acomodados en sillas, estaban la prima Ruth y el señor y la señora Hollister, que reían hasta retorcerse. Sue se había instalado en el regazo de su madre.

—¡Creo que es el programa más gracioso que he visto en mi vida! —declaró Ruth, entre risas.

En ese momento, el «actor» Ricky asomó su cabecita por el aparato de televisión y saludó con la mano al invisible auditorio. Inmediatamente, Sue bajó al suelo y corrió hasta la pantalla.

—Voy a dar un beso a Ricky —decidió.



Pero, cuando estuvo junto a la pantalla, se encontró con que Ricky había desaparecido y estaba besando el morro de «Estrella de Polvo».

En ese momento, el hermoso animal estaba pidiendo que su amo fuese a buscarle. A los pocos momentos el programa concluía.

Una hora más tarde, toda la familia se reunía en el exterior para acudir a saludar a las «estrellas» de televisión, como llamaba la señora Hollister al grupo. Chuck condujo el coche con el remolque hasta la puerta del establo, donde frenó. Ricky y Holly saltaron a tierra, seguidos de Carol y Pam.

—¡Ha sido más divertido! —exclamó Holly con entusiasmo—. Por poco nos atacan los ladrones, y nos quedamos parados en el ascensor, y un montón de cosas…

—Desde luego, los Hollister nos habéis traído muchas emociones —comentó Ruth, después de haberse enterado de todas las

aventuras. Pero se sintió muy preocupada al pensar en los hombres enmascarados.

—¡Bah! Pudimos huir de ellos fácilmente —dijo Ricky, con gran suficiencia.

Después de comer, Dan y Carol recordaron a los Hollister que al día siguiente era la fiesta.

—Siempre sucede algo emocionante en las celebraciones del Día del Pony —profetizó Carol.

La mención del Día del Pony hizo que todos los niños corrieran al establo para acicalar a los animales. Se utilizaron almohazas (esa especie de peines para limpiar los caballos). «Estrella de Polvo» quedó más hermosa, después de que Pam la hubo cepillado. «Pat» y «Mike», los caballitos Shetland, quedaron flamantes, lo mismo que «Duke» y los demás caballos que habían de participar en la exhibición.

Después de la cena, Melinda acudió a la casita de los invitados, llevando los sombreritos antiguos que Holly y Sue llevarían haciendo juego con los trajes.

—¡Qué coquetones! —exclamó Pam, mientras ayudaba a sus hermanas a probarse todo el conjunto.

—Botones, festones, frunces… —murmuró la señora Hollister, admirativa.

—¡Y pantalones de dama antigua! —añadió Pam, contemplando a las dos pequeñas, que hacían mil extrañas piruetas para lucir su ropa.

Holly y Sue no eran las únicas que habían de lucir vestidos especiales el Día del Pony. A la mañana siguiente, los niños entraron en el cuarto de los aparejos para seleccionar su vestuario. Pam eligió una camisa de ante y chaqueta con franja dorada en las mangas y en el dobladillo de la falda. A Ricky le gustó una camisa roja de vaquero, un pañuelo verde para el cuello y chaparreras de cuero.

—¿Qué tal me sentaría esta blusa blanca? —dijo Carol, poniéndose la prenda por encima, a la altura de los hombros.

—¡Muy bien! —dijo Pam—. Y este pañuelo verde combina muy bien con ella.

Pete y Dan decidieron llevar camisas de grandes cuadros,

sombreros de ala ancha y ajustados pantalones de montar.

—Esto será lo mejor para mi exhibición a caballo —dijo Dan a su primo.

Aún quedaba otra sorpresa. Cuando los niños, ataviados con sus ropas de montar salieron del establo, se encontraron con que sus padres les esperaban, vestidos con prendas de caballista.

—¡Qué guapa estás, mamá! —dijo Pam, corriendo junto a sus padres.

—Fue idea de Ruth —dijo, sonriendo, la señora Hollister—. Tengo entendido que éste es un acontecimiento que requiere ropas especiales.

—¡Monten! —ordenó Chuck.

Y todo el mundo marchó a buscar su caballo. El viejo Ben enganchó a Pat y Mike al carruaje y en él se instalaron Sue y Holly. Dan montaba a «Duke» y Pam a «Estrella de Polvo».

—¿Vas a presentar a la jaca en algún espectáculo especial? —preguntó Pete a su hermana.

Ella sonrió y repuso, tan sólo:

—Es un secreto. Ya te enterarás más tarde.

Cinco minutos después la hilera de jinetes y amazonas se ponía en marcha. Atravesaron los campos, marchando en fila de a uno, con Chuck en cabeza. Fue una cabalgada de tres millas hasta la gran pista donde todos los años se celebraba la fiesta.

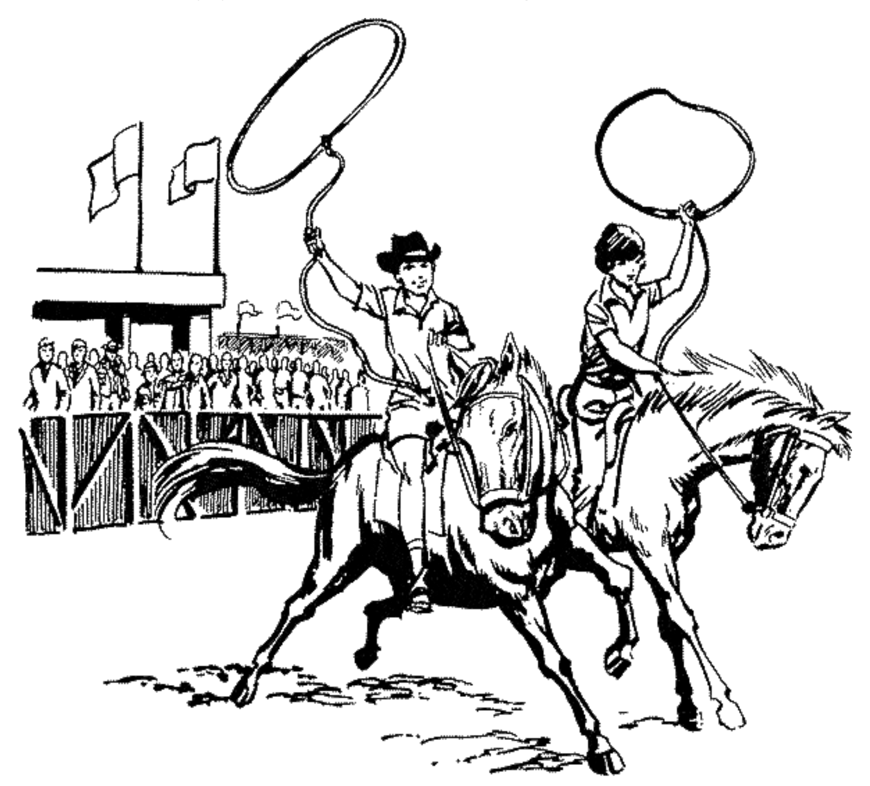
Mientras se aproximaban, los Thomas y sus invitados se fueron encontrando con otros muchos jinetes y empezaron a oír el murmullo levantado por la multitud. Por fin apareció ante sus ojos el gran campo deportivo. Aunque faltaba una hora para que diese principio el espectáculo, el lugar estaba casi completamente lleno. En el centro se veía un grupo de jinetes que estaban apuntándose para tomar parte en las competiciones.

Vendedores de palomitas de maíz, helados y refrescos deambulaban por todas partes, anunciando su mercancía. Otros hombres vendían globos, molinitos y pajarillos que volaban, sujetos a unas varas. Aunque a todos los niños Hollister les habría gustado comprarse algo de aquello, no pudieron adquirirlo porque debían permanecer con sus caballos.

Cuando llegó el momento de dar principio al espectáculo, un

hombre alto con sombrero de copa y chaquetilla roja, con largos faldones, salió a la pista e hizo sonar un cuerno de caza. Esto llamó la atención de todo el mundo. Una orquesta empezó a tocar y todos entonaron «Barras y Estrellas». Al concluir la última estrofa, dieron principio los festejos del día. Primero hubo un desfile con todos los participantes; luego, salieron a la pista los chicos de doce años en adelante, que debían hacer demostraciones de equilibrismo. Dan recibió grandes aplausos, cuando dio un salto mortal desde el lomo de su caballo, avanzando por los aires para seguir la carrera del caballo, y volver a caer sentado sobre el animal. Fue el ganador del concurso.

A continuación se hizo el concurso de lanzamiento del lazo. Ricky y Carol cabalgaron uno junto a la otra, haciendo girar los lazos en sus manos. Otro chico que supo permanecer en su montura, haciendo girar el lazo por encima del caballo y de su cabeza, fue el triunfador. Ricky y Carol recibieron el segundo premio.



Cuando la carrera de caballos cruzados estaba a punto de empezar, Dan cedió su montura a Pete.

—A ver si sacas mucho provecho de él, Pete —dijo Dan, palmeando al caballo.

En ese momento, miró hacia el graderío. Allí había un muchacho que les miraba fijamente. Se trataba de Sam Dulow.

—Me parece que se siente solitario —comentó Pete, conmiserativo.

—Seguro que sí —asintió Dan—. Espero que acabe pudiendo comprarse un caballo para participar en estas competiciones.

Cuando Sam se dio cuenta de que los dos muchachitos le miraban, dio media vuelta y desapareció entre la multitud.

—¡Monta! —apremió Dan a Pete—. Está a punto de empezar.

Los caballos se alinearon, piafando inquietos, en espera de poder iniciar la carrera. De repente, se oyó un grito:

—¡En marcha!

Con un estruendo, los cascos de los caballos emprendieron la carrera.

Pete se sujetó con fuerza, mientras «Duke» galopaba. A los pocos segundos los caballos que corrían a uno y otro lado desaparecieron de la vista de Pete, porque empezaron a rezagarse. ¡Pete iba ahora en cabeza de los competidores!

Los gritos de los espectadores resonaron en los oídos del mayor de los hermanos Hollister. Pete pasó la cinta de la meta, sobre la silla del velocísimo y casi volador «Duke».

—¡Es el caballo más rápido de la región! —dijo el presidente de la Asociación Hípica, al entregar a Pete una copa de plata.

—Creo que sí. Muchas gracias —replicó Pete.

Era digno de ver lo orgulloso y feliz que estaba el chico.

Llegó el turno de los trajes de época. ¡Qué gran hilera de pequeños concursantes se presentó a esto! Se veía a un gaucho argentino, el equivalente al vaquero del Oeste; un indio con la pintura de guerra, montado a caballo; dos lindos caballitos galeses, tirando de un coche en miniatura, en el que se sentaba una dama antigua…

—Es una exhibición muy simpática —dijo Pete, que iba a caballo al lado de Pam.

—Sí. Y ¿verdad que Holly y Sue están bonitas? —observó la niña, cuando las pequeñitas pasaron cerca, acomodadas en el coche tirado por «Pat» y «Mike».



Las dos damitas antiguas, Sue y Holly, saludaron alegremente con la mano, mientras recorrían la pista. Estaban pasando ante el graderío, cuando, de repente, Sam Dulow saltó a la pista y azotó el flanco de «Mike». Sorprendido, el animal se precipitó hacia delante, haciendo que Holly perdiera el equilibrio y soltase las riendas. Los asustados caballitos corrieron, enloquecidos.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Que se aparte todo el mundo! ¡Hay que dominar a esos animales desbocados! —gritaron los espectadores, y la gente se alejó atropelladamente del paso de los aterrados caballos.

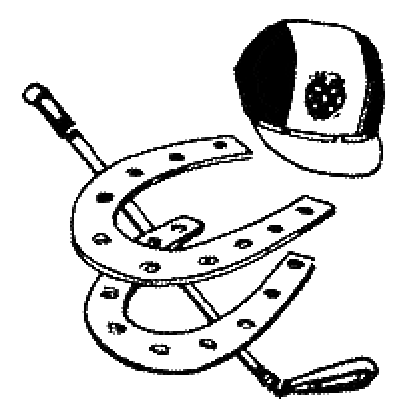
Las pequeñas se asieron con fuerza a ambos lados del coche, que se bamboleaba peligrosamente. Luego, de modo inesperado, los enganches se rompieron y cayeron las varas. Los dos caballitos se

alejaron a la carrera.

Holly abrazó con fuerza a su hermana menor y cerró los ojos. No sabía lo que había de suceder. El cochecito se detuvo bruscamente junto a una pila de heno.

Sue y Holly saltaron por los aires.

VISITANTES «SORPRESA»



Los espectadores gritaron y los Hollister corrieron a la pista, al tiempo que Sue y Holly se veían lanzadas fuera del coche. Pero, por suerte, las dos fueron a aterrizar en la pila de paja. Por un momento, las dos desaparecieron de la vista pero, poco después, asomaron sus cabecitas entre las briznas amarillentas. A los dos segundos ya habían perdido el miedo.

—¡Bah! Si no estamos heridas —dijo, valerosamente, Sue, cuando sus padres y hermanos llegaron a su lado.

—No, no. Yo tampoco —aseguró Holly.

Mientras se arrastraban entre la paja, las pequeñas fueron quitando las briznas que se adherían a sus lindos trajes de época. La señora Hollister las abrazó y Ruth llegó jadeando, diciendo:

—¡Cuánto me alegra que no estéis heridas! De lo contrario no me habría perdonado el haber insistido para que participaseis en los espectáculos del Día del Pony.



El señor Hollister y Chuck examinaron los rotos arneses.

—Alguien anduvo descomponiendo esto —dijo, malhumorado, el señor Thomas, mostrando dos cortes en el cuero—. ¿Pudo hacerlo Sam?

—A lo mejor lo hizo el hombre que estuvo en el establo la otra noche —opinó Pete.

—¡Quienquiera que haya sido se merece una buena lección! —declaró Chuck, indignado.

Dan, que había salido en persecución de los desbocados caballitos, regresó con «Pat» y «Mike», que ya se habían tranquilizado. Chuck, entre tanto, había hecho una reparación momentánea en las correas rotas, y pudo enganchar de nuevo los caballos al coche. En ese momento, por el altavoz sonó la voz del presidente, diciendo:

—Mención honorífica para las hermanas Hollister, que se han presentado con una pareja de jacas.

El público aplaudió calurosamente a Holly y Sue, que volvieron a la pista e hicieron mil reverencias.

—Y ahora, el espectáculo sorpresa —dijo el presentador, despertando un murmullo ronco entre los presentes—. Pam Hollister y su jaca apalache, que baila el vals.

¡Qué asombrada quedó toda la familia! ¿De modo que ése era el secreto que había estado guardando Pam? La niña llevó a «Estrella

de Polvo» hasta la tribuna de los jueces. La banda empezó a tocar un dulcísimo vals de Strauss.

Guiando los movimientos del animal con ligeras presiones, primero en el flanco izquierdo, luego en el derecho, y después un suave apretón con las rodillas, Pam ayudó a «Estrella de Polvo» a efectuar su exhibición. El hermoso caballo se balanceaba de un lado a otro al compás de la música. De vez en cuando levantaba las pezuñas delanteras en un gracioso movimiento.

—¡Es igual que un caballo de circo! —se entusiasmó Ricky—. ¿Cómo habrá aprendido Pam a hacer eso?

Cuando concluyó el número, la ovación fue enorme. «Estrella de Polvo» no cesaba de hacer reverencias. El presidente hizo subir a Pam al estrado.

—Esto exige un premio especial —dijo, ofreciéndole un trofeo: un caballito de plata, montado sobre un pie metálico.

—¡Muchas gracias! —exclamó Pam y, al mismo tiempo, «Estrella de Polvo» dobló sus patas delanteras en tierra, como si también quisiera dar las gracias al juez.

Sonó otra vez un aplauso atronador.

No bien hubo cesado el aplauso cuando los espectadores prorrumpieron en exclamaciones. En la pista acababa de aparecer una niña, con ropas de caballista, colocada de pie sobre los lomos de los dos caballitos Shetland de los Thomas. La niña avanzaba a galope tendido.

—¡Por el amor de Dios, si es Holly! —exclamó la señora Hollister, viendo flotar al viento las trenzas de su hija.

—Otra ocurrencia del diablillo de nuestra familia —dijo, riendo, el señor Hollister.

Holly se había quitado el traje de época, quedando con la ropa de montar que llevaba debajo. Cuando pasó cerca de su familia, todos los Hollister la vitorearon y aplaudieron.

Pam, que todavía montaba a «Estrella de Polvo», y Pete, habían quedado algo distanciados de los demás.

—Cuando Holly acabe, tendremos que ayudarla a desmontar —dijo Pam, bajando de la jaca, a la que pidió con ternura que se estuviera quieta.

Entonces, ella y Pete corrieron hacia Holly, que había reducido

la marcha de «Pat» y «Mike». Pero la pequeña no necesitaba ayuda alguna. Saltando ágilmente, Holly bajó a tierra y corrió hasta sus hermanos, riendo.

—Ha sido precioso, Holly —afirmó Pam.

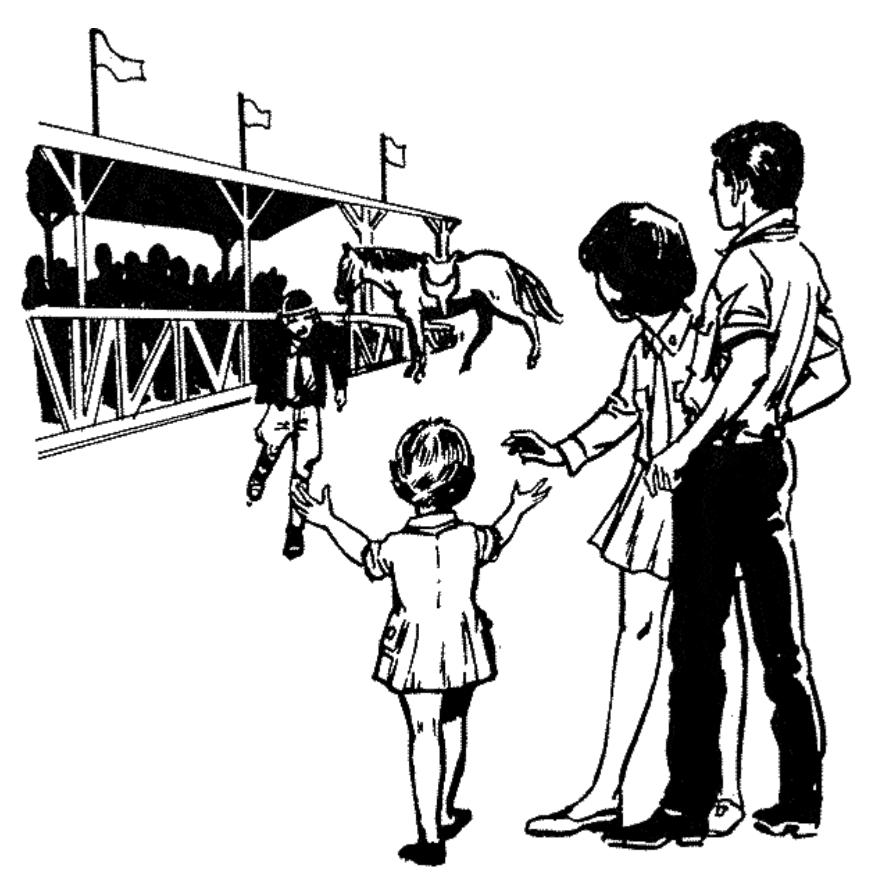
—Dan me enseñó a hacerlo —repuso Holly con una risilla traviesa—. Y a ti, Pam, ¿quién te enseñó a bailar el vals con «Estrella de Polvo»?

—Nadie. Sucedió que un día, mientras yo estaba tarareando, ella empezó a moverse como si bailara. Y se me ocurrió probar. Supongo que su dueño le había enseñado a hacer algo así.

De repente, Holly dio un grito, al tiempo que extendía un brazo, señalando:

—¡Mirad! ¡Se llevan a «Estrella de Polvo»!

—¡Es Sam Dulow! —gritó Pete, echando a correr tras el chico, mientras Sam saltaba a la montura de «Estrella de Polvo»—. ¡Espera!



Pero ya era demasiado tarde. Antes de que nadie hubiera acabado de darse cuenta de lo que estaba sucediendo, Sam presionó los ijares del caballo con sus tacones y el animal se alejó de la pista de competición.

—¡Ha robado a «Estrella de Polvo»! —gritó Pam con desespero.

A los pocos segundos, Sam y montura habían desaparecido de la vista. Pete y Dan saltaron a sus caballos y salieron tras el chico. Chuck, que lo había visto todo desde alguna distancia, siguió a los muchachos. Antes de dos minutos, Sam se perdía en un espeso bosque.

—Será mejor que no nos internemos allí —opinó Chuck—. Es peligroso cabalgar por el bosque. Nuestros caballos podrían romperse una pata. Sam no hará correr demasiado a la jaca, pero si sabe que le perseguimos, puede forzarla.

Los dos muchachos obedecieron, aunque consideraban que Sam no debía salirse con la suya.

—No creo que cause ningún perjuicio con esto —reflexionó Chuck—. Sam hace estas tonterías porque se deja llevar por su excesivo amor a los caballos. Iremos a la granja donde vive y recogeremos la jaca.

Cuando, unos minutos más tarde, repetía aquellas palabras a su esposa, ella contestó:

—Primero volveremos a nuestro rancho, para comer. De todos modos, queda de paso.

—Dios quiera que Sam no le haya hecho ningún daño al pobre animal —murmuró Pam, preocupada, mientras regresaban a casa.

—Estoy segura de que no —replicó Ruth—. Aunque se porta de un modo raro con la gente, Sam suele ser afectuoso con los caballos.

Cuando el grupo de jinetes llegó al rancho, quedó sorprendido al encontrarse con un desconocido y un muchacho que esperaban juntó a su carro, delante del establo. Al aproximarse, todos los niños Hollister gritaron, con alegría:

—¡Graham Stone!

Desmontaron apresuradamente y corrieron hacia su amigo. Pete exclamó:

—¡Zambomba! Me alegro mucho de verte.

—Te estuvimos buscando por todas partes —explicó Holly.

Y Ricky preguntó:

—¿Cómo nos has encontrado?

Sin dar tiempo a que Graham contestase, Sue le cogió la mano para decirle:

—Tenemos una «surpresa» para ti.

—Y yo tengo otra para vosotros. Pero antes quiero presentarles a mi amigo, el coronel Townsend.

El hombre alto y atractivo, con ondulado cabello gris y bigote espeso, estrechó la mano de todos los Hollister, quienes le presentaron a los Thomas. Graham explicó luego que vivía y trabajaba en la granja del coronel Townsend.

—Pero, antes que nada, quiero pedir disculpas por no haber ido a su casa de Shoreham aquella noche. El abogado me entretuvo hasta muy tarde y me quedé a pasar la noche en su casa. Pero, de

todos modos, debí telefonearles.

—¿Te dijo Joey Brill que no queríamos verte? —preguntó Pete.

—Lo dijo —repuso, sonriendo, Graham—. Pero no le creí.

—¿Estabas escondido en la Isla Zarzamora? —inquirió Ricky.

—No, no. ¿Eso os dijo Joey?

—Sí. Eso dijo —contestó Holly—. Oye, Graham, ¿no nos viste cuando subiste al tren?

—No, Holly. Creí oír mi nombre, pero no vi a nadie conocido y pensé que me había equivocado.

—Pedimos que el revisor te llamase por todos los vagones en la primera ciudad importante —explicó Pam a Graham.

—No fui lejos. Sólo dos estaciones después de Shoreham, para ver un caballo para el coronel Townsend. Siento haberos causado tanta preocupación. Y ahora os hablaré del coronel y de la sorpresa.

—¿Qué es? —preguntó Holly, impaciente.

—Vuestra jaca apalache parlante —dijo Graham, entre carcajadas— es propiedad del coronel Townsend.

—¡Qué! —exclamaron a coro, los niños.

—Es cierto —concordó el coronel, con un simpático acento sureño—. Se llama «Princesa». La robaron de mi rancho.

Graham explicó que el coronel y él habían estado buscando al animal por todas partes, sin encontrar la menor pista, hasta que vieron el programa de televisión.

—Entonces salimos hacia aquí lo más rápidamente posible.

El coronel sonrió al preguntar:

—Ahora, decidme, ¿cuándo aprendió «Princesa» a…?

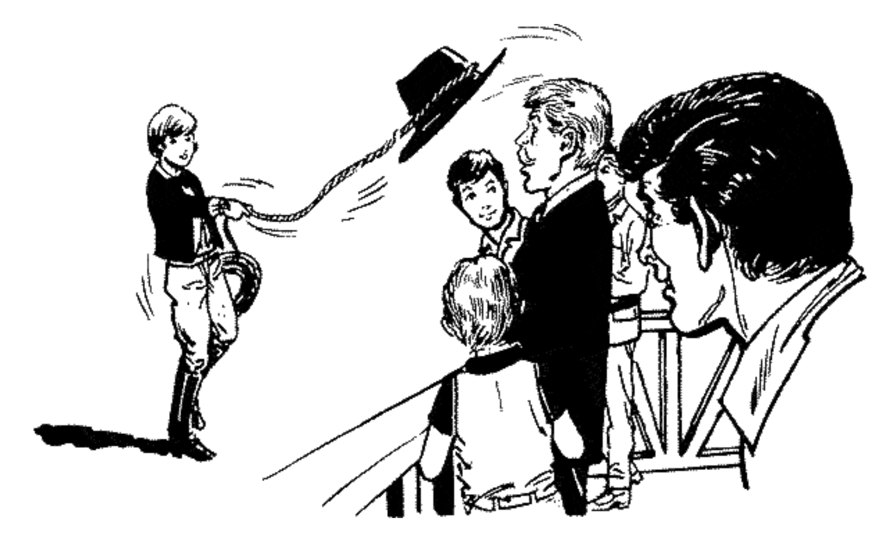
En ese momento, Carol, que había estado jugueteando con el lazo, intentó ensartarlo en un poste. Pero le resbaló la mano y el lazo… ¡fue a caer alrededor del sombrero del coronel para quedar descansando sobre sus hombros!

Carol se puso roja como un pimiento y en seguida pidió disculpas. Sin embargo, todos los demás, incluido el coronel, se rieron.

—Habrías hecho un gran papel en la captura de los ladrones de caballos —dijo.

La pregunta que había dejado sin concluir, quedó sin contestación porque los hermanos Hollister estaban ansiosos por

hablar a Graham del invento que habían encontrado dentro del caballo de balancín.



—¡Eso es estupendo! —exclamó el muchacho, después de oír las explicaciones—. Por cierto, me enteré de que mi abuelo me lo dejaba todo a mí. Pero era muy poco.

El coronel Townsend pasó un brazo sobre los hombros de Graham, diciendo:

—Eso no importa. El invento de tu abuelo me da una idea. Pero antes que nada, deseo saludar a «Princesa».

—No la tenemos aquí —murmuró Holly.

Entonces Pam tuvo que contar cómo Sam Dulow se había llevado al animal.

—Pues vamos en seguida a la granja de Dulow —apremió Graham.

—¿Qué os parece si antes yo telefoneo el padre del muchacho? —propuso el señor Hollister.

—¡Buena idea! —aplaudió Chuck, caminando hacia la casa, seguido por los otros.

Pocos minutos después el señor Hollister estaba hablando con el señor Dulow.

—Me hago cargo de que un muchacho puede tener la ocurrencia jocosa de huir con un caballo —dijo el padre de los Hollister—. Si Sam promete no volver a hacer una cosa así, no se le castigará.

Iremos a buscar a «Princesa» después de comer.

El señor Hollister escuchó la respuesta del señor Dulow y, tras lo cual, frunciendo el ceño, preguntó:

—¿Eso ha hecho?

Algo más le dijeron desde el otro extremo de la línea. Al fin el señor Hollister colgó.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó Pam, cuando su padre se volvió hacia los demás—. ¿Acaso Sam Dulow ha herido a «Princesa»?

El señor Hollister movió negativamente la cabeza.

—El muchacho de los Dulow es un verdadero problema. Por lo visto se ha presentado con «Princesa» en casa de su padre, ha metido algo de comida en las alforjas y se ha marchado sin permiso de nadie.

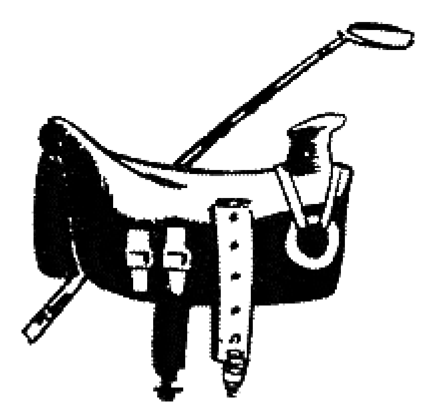
—¿A dónde ha ido? —preguntó Pete.

—En dirección al Gran Pantano —respondió el señor Hollister.

—¡Al Gran Pantano! —repitió Dan—. ¡Eso es mala señal!

—¡Saldremos en seguida en su persecución! —decidió Chuck, sombríamente.

UNA CABALGATA PELIGROSA



—¿Dónde está el Gran Pantano? —preguntó Graham, después de enterarse de que el caballo era llevado en aquella dirección.

—A unas diez millas al sur de aquí —contestó Dan.

—Exacto —dijo Chuck—. Y es muy poca la gente que conoce el camino que cruza por el pantano.

—Estoy seguro de que Sam Dulow sí lo conoce —dijo Dan.

—Sí —concordó su padre.

—Papá y yo conocemos muy bien todo eso. Pero es muy peligroso, lo mismo para hombres que para caballos, si se sale uno del camino —explicó Dan.

Chuck habló de las traidoras arenas movedizas y añadió:

—Los hombres que quisieron detenemos pueden estar escondidos en el Gran Pantano. Eso será un riesgo para Sam y «Princesa».

El coronel Townsend dijo que tal vez conviniera llamar a la policía para pedir ayuda en la búsqueda.

—Quisiera hacerlo —repuso Chuck—. Pero no me gustaría meter a Sam Dulow en mayores aprietos de los que ya está ahora. Sus padres son personas buenas y trabajadoras.

El coronel estuvo de acuerdo y dijo que la búsqueda de su caballo debía iniciarse en seguida.

—¿Podemos ir todos, papá? —preguntó Pam, oprimiendo la mano de su padre.

—¡Eso, eso! —aplaudió Ricky—. A ver si tenemos una aventura de verdad. Yo quiero ayudar a encontrar a «Estrella»…, a «Princesa».

—No sé, no sé… —murmuró Chuck—. Si salimos a estas horas, puede que tengamos que pasar fuera toda la noche.

—¡Hurra! ¡Iremos de camping! —gritó Dan, alegremente.

Los mayores se miraron entre sí.

—No estaría mal —opinó la señora Hollister.

—Creo que podríamos arreglarlo —dijo Ruth, consiguiendo con ello que los niños prorrumpieran en gritos de alegría.

—Entonces, que todo el mundo se dé prisa —aconsejó Chuck—. Haremos una comida rápida y nos iremos. —Dirigiéndose a sus hijos, añadió—: Vosotros, niños, ya sabéis dónde está el equipo de camping.

Los Hollister corrieron tras Dan y Carol. Por el camino, Pam dijo:



—¿Cómo voy a ir yo? Me he quedado sin la jaca…

—Después que recojamos el equipo, te ensillaré un caballo cruzado —ofreció Dan.

El chico condujo a los Hollister al cuarto de aparejos. Los chicos descolgaron alforjas y sacos de dormir, mientras las niñas recogían utensilios para cocinar e iban a la cocina a buscar provisiones.

Al cabo de media hora ya habían comido y Ben les tenía ensillados los caballos. A él y a Melinda les habían explicado el motivo de tan rápida marcha y el matrimonio quedó al cargo del rancho. Luego, por segunda vez en aquel día, el grupo de jinetes se puso en marcha.

Dan abría el desfile, con Pete y Ricky a su lado. El coronel Townsend y Graham, montados en caballos cruzados, conversaban con los Hollister durante el camino. Chuck marchaba detrás de todos, para evitar que alguien se quedase rezagado. Fueron subiendo y bajando por las colinas, deteniéndose de vez en cuando a descansar. Por fin vieron una gran extensión verde, con algunos árboles, altas hierbas y eneas.

—Eso es el pantano —anunció Dan.

Su padre explicó que había varios caminos que lo atravesaban.

—En la mayoría de ellos la tierra es baja y fangosa —añadió—, pero a varias millas de aquí hay una extensión de terreno más elevado que se llama Isla. Dan y yo fuimos allí el año pasado a poner trampas para cazar.

El grupo se colocó ahora en fila de a uno, siguiendo a Dan, que se abría paso entre las altas hierbas, por un sendero estrecho y lodoso. La tierra fue firme durante un trecho; pero luego fue apareciendo tan húmedo que el agua acabó por cubrir por completo las pezuñas de los caballos. Estaban pasando por un trecho lodoso, cuando Pete dijo:

—¡Pisadas de caballo!

—Tienes razón. Y son recientes —observó Dan—. Apostaría algo a que éste es el camino que ha seguido Sam con «Princesa».

Cuando pasó la noticia a lo largo de la hilera de jinetes, todo el mundo se sintió muy emocionado y se aceleró la marcha.

—El camino es mejor por aquí —orientó Dan, embicando un trecho cubierto por troncos de árbol. Y explicó que por allí se llegaba al otro lado del pantano. Habían construido aquel sendero los primeros colonos de la región, pero ya nunca se utilizaba—. En algunos trechos, el camino queda invisible. Los troncos se han podrido.

Ahora, en lugar de marchar de uno en uno, los expedicionarios se colocaron en fila de a dos. De pronto, Pam que iba detrás de sus padres, preguntó:

—¿Qué es eso tan raro que veo entre las hierbas?

Todos fueron deteniéndose, y Chuck avanzó desde detrás, para ver qué era lo que Pam señalaba.

—Pero si parece… ¡Per Don Tiburcio, si es eso! —gritó.

—¿Qué es? —preguntaron los demás.

Chuck desmontó y se abrió camino entre la maleza.

—¡Es una furgoneta de caballos, abandonada! —anunció.

Los demás desmontaron también, para agolparse en torno al vehículo que Pam había descubierto. La señora Hollister comentó:

—¡Si parece aquella con la que nos cruzamos en el camino!

—Vamos a mirar la portezuela trasera —propuso Pete,

nerviosísimo—. ¡Zambomba, está rota!

—¡Y le falta una astilla! —añadió Pam—. Debe de ser ésta la furgoneta en la que se llevaron a «Princesa».

El coronel fue el último en llegar allí. Al ver la furgoneta gritó:

—¡Es mía! Es la furgoneta que se llevaron de mi rancho cuando robaron a «Princesa».

—¡Canastos! Estamos sobre la pista. Esos hombres estarán por aquí —dijo Ricky.

—Es indudable que han hecho un buen trabajo en lo que se refiere a ocultar las pruebas —comentó el señor Hollister.



—¿Qué quiere hacer con esa furgoneta? —preguntó Pete al coronel.

—Dejarla aquí hasta que regresemos. Por lo que se refiere a ese Sam, creo que corre serio peligro, por estar tan cerca de esos ladrones.

Tras volver por el sendero de troncos, todos montaron de nuevo y siguieron el viaje. No habían recorrido mucho trecho cuando el caballo de la señora Hollister retrocedió de un salto y luego se desvió a un lado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Chuck.

—Una serpiente de agua acaba de cruzar por delante de mi caballo —dijo la señora Hollister, estremeciéndose.

Para entonces, la serpiente ya había desaparecido en el pantano. Pero cuando quiso guiar a su yegua hasta el sendero, la señora Hollister se encontró con que el animal tenía las patas hundidas en el lodo. ¡Se hallaba en una ciénaga!

—¿Qué haré? —exclamó la señora Hollister, con desaliento.

Aunque no habían tenido tiempo los hombres de desmontar, Pete, Ricky y Graham estuvieron junto a ella, preparados a ayudarla. Graham calmó al enloquecido caballo, mientras Pete y su hermano ayudaron a su madre a bajar al suelo seco.

Para entonces ya Chuck había sacado un lazo que arrojó, y con él rodeó el cuerpo del caballo. Luego, entre él y Dan tiraron del animal y le ayudaron a volver al sendero.

—Ha sido una suerte que el caballo no te arrojase fuera de la silla —dijo Ruth, mientras la señora Hollister volvía a montar.

—¡Carambola! Esto ya ha sido una aventura —dijo el pecoso.

—Estoy deseando encontrar a Sam y a «Princesa» —comentó Pam, preocupada, mientras avanzaba hacia el centro del pantano.

—Si están aquí, les encontraremos —dijo Chuck, muy convencido.

Pero ni el joven jinete, ni la hermosa jaca aparecían por parte alguna. El sol había ido descendiendo.

—Chuck, ¿no te parece que podríamos acampar pronto? —propuso el señor Hollister.

—Sí. Eso creo.

—Algo más adelante, hay un trecho de terreno alto —dijo Dan —. No estamos lejos de la Isla.

Todos detuvieron un momento a sus respectivos caballos, mientras se hacían planes. Y se acordó que, toda vez que podía suceder que no llegasen a la Isla antes de anochecido, lo mejor era acampar en aquel trecho alto que estaba cerca.

—Convendrá que no encendamos hoguera —aconsejó Ruth—. De lo contrario, delataríamos nuestra posición a esos hombres.

—Tienes razón, Ruth. Pero yo ya había previsto ese problema —dijo Chuck, sonriendo—. He traído un pequeño hornillo de campaña que no da claridad que pueda verse a distancia.

—¡Magnífico! Tendré que comprar unos cuantos de ese modelo para venderlos en el Centro Comercial —dijo el señor Hollister.

Dan condujo al grupo hasta una elevación del terreno. Poniéndose de puntillas, podían ver desde allí la Isla, pero habrían tenido que recorrer todo un largo kilómetro para llegar a ella.



Cuando todo el equipo de camping quedó desempaquetado y se desensilló a los caballos, la señora Hollister, la prima Ruth y las niñas se ocuparon de hacer la cena. Se encendió el fogoncito portátil y muy pronto olfatearon los niños el rico olorcillo de cacao caliente.

—¡Haaaamm! ¡Tengo un hambre! —exclamó Holly.

Y todos los demás asintieron, diciendo que también ellos tenían apetito. Mientras chirriaban las sabrosas hamburguesas en la parrilla, Pete inspeccionó el lugar que había elegido.

—Si quieres tener una buena vista de la Isla, ponte de pie en el caballo y mira hacia allí —sugirió Dan.

Pete hizo lo que Dan decía. Y de pronto soltó un silbidito.

—¡Dan! —dijo con voz ronca—. En la Isla parpadea una luz.

—¡Sapos y cangrejos! —gritó Dan, echando a correr hacia sus

alforjas. Un momento después regresaba con los prismáticos que entregó a Pete, diciendo—: Echa un vistazo con esto a ver si distingues algo más.

Colocándose los prismáticos ante los ojos, Pete captó un claro panorama de la Isla, a la parpadeante luz.

—Desde luego es una hoguera. Veo que sube humo de ella.

Ya todos se habían reunido en torno al mayor de los Hollister. Pete dijo que le parecía ver una persona entre la maleza de la Isla.

—¡Debe de ser Sam! —exclamó Pete.

—¡Eso espero! —dijo Dan, mirando con preocupación al coronel.

Ricky empezó a dar alegres zapatetas.

LOS FUGITIVOS



—¡Viva, viva! —gritó Holly—. ¡Detendremos a Sam y salvaremos a «Princesa»!

—Podemos ir silenciosamente a sorprenderle —sugirió Pete—. Seguramente Sam se está haciendo la cena en una hoguera.

Entre todos planearon la manera de atrapar a Sam Dulow por sorpresa. Y se acabó decidiendo que las niñas y sus madres se quedarían a cuidar del campamento y los caballos. Los hombres y los chicos se dirigirían a pie a la Isla.

—¡Canastos! ¡Vamos, vamos! —dijo Ricky, impaciente por llegar.

A la traviesa Holly no le gustó la idea de quedarse con las mujeres y así lo hizo saber, pero su madre la contentó, prometiendo contarle una historia antes de que se durmiera.

Después de la despedida y las advertencias de las mujeres a los hombres para que tuviesen cuidado, los expedicionarios se pusieron en marcha. En el pantano reinaba un silencio casi absoluto, interrumpido tan solo por el croar de las ranas y el revoloteo de algún mirlo de alas rojas, que se sentía incómodo en su nido. Pronto se hizo de noche.

Pete y Dan habían llevado linternas, pero no las encendieron por temor a dejarse ver. Sin embargo, la luz de la luna, brillando en el cielo, resultaba suficiente.

¡Chiiis! ¡Crosss! Las botas de los excursionistas producían extraños ruidos, mientras el grupo adelantaba sobre la tierra húmeda. Ahora era Chuck quien marchaba delante, seguido de cerca por su hijo. Atravesaban un lugar muy pantanoso, donde el agua les llegaba hasta las rodillas.

—¡Uff! —murmuró Ricky—. Esto es cada vez más «misteriosísimo».

Al llegar a la otra orilla de aquella especie de río de fango, Pete separó unas cuantas eneas y advirtió que la hoguera se veía ahora mucho más cerca.

Después de adelantarse unos pasos, Chuck se volvió a los otros para decir:

—Todos unidos de la mano para cruzar los cien metros inmediatos. Hay muchos huecos allí y no quiero que nadie caiga en ninguno de ellos.

El grupo formó una cadena humana y caminó lentamente detrás de Chuck.

—Ésta es la parte más peligrosa del pantano. Pero creo que todos estamos bien seguros.

Apenas acababa de decir esto, cuando Ricky se alejó excesivamente a la derecha. Dejando escapar un grito el pequeño perdió la sujeción de Pete y Dan y ¡se hundió en una poza!

Por un momento, Ricky quedó totalmente fuera de la vista. Luego, su cabeza pelirroja emergió a la superficie. Escupiendo agua, alargó una mano que Pete y Dan se apresuraron a agarrar.



—¡Uno, dos, tres, arriba! —dijo Pete y en un momento su hermano volvió a encontrarse en tierra firme.

En vista de lo sucedido, el señor Hollister dijo:

—Será mejor que te lleve al campamento, hijo. Estás todo mojado y puedes coger un resfriado.

Pero Ricky no quería perderse las emociones de la captura de Sam.

¡Papá, papá, déjame seguir con vosotros! Quiero ayudar a rescatar a «Princesa». —Viendo que el señor Hollister reflexionaba, indeciso, el pequeño Insistió—: Sólo estoy húmedo por fuera, papá. No me pondré enfermo.

Los demás rieron ante aquellas aclaraciones y el señor Hollister preguntó qué distancia les faltaba por recorrer.

—Menos de medio kilómetro —contestó Dan.

—Bien. Entonces no sería sensato regresar —dijo el padre del pecoso, que se quitó el jersey y dijo—: Toma, Ricky, póntelo.

Antes de reanudar la marcha, Chuck advirtió que, en adelante, deberían hablar a media voz.

—Lo haremos —prometió Pete.

Apretaron el paso y a los pocos minutos llegaron a una ligera elevación del terreno. Desde aquí se tenía un mejor panorama del trecho en que parpadeaba la hoguera. Dan, que llevaba los prismáticos colgando del cuello, atisbo a través de ellos.

—¿Qué es lo que ves? —le preguntó el coronel Townsend, en un susurro.

—Alguien que está inclinado sobre la hoguera. No puedo verle la cara, pero tiene la estatura y la anchura de Sam.

—¿No ves a «Princesa»? —inquirió el ranchero sureño.

—No, señor.

Uno tras otro fueron utilizando los prismáticos para observar aquel trecho de la hoguera, pero nadie localizó al caballo. Y la persona a quien Dan viera también desapareció.

—Si se trata de Sam Dulow, voy a darle una buena lección —pronosticó Chuck.

—Supongo que estará solo, de modo que no nos costará trabajo capturarle —cuchicheó Pete.

El señor Hollister opinó que lo mejor sería aproximarse silenciosamente, con objeto de no poner al muchacho sobre aviso.

—Buena idea —concordó Chuck—. Ahora todo el camino es cuesta arriba y la tierra está seca.

Graham marchaba ahora delante, guiando a los otros como si se tratase de soldados de una patrulla. Los árboles y maleza proporcionaban protección.

Pronto el grupo se encontró lo bastante cerca como para poder oír el chisporroteo del fuego. Chuck advirtió a todos que no levantasen la cabeza, ya que la luz podía reflejarse en sus rostros y poner a Sam alerta.

—Yo echaré el primer vistazo y os diré lo que vea —añadió.

Levantando lentamente la cabeza, como un indio al acecho, Chuck atisbo a través de la maleza. Lo que vio le hizo contener una exclamación y bajar inmediatamente la cabeza.

—¡Hay dos hombres sentados junto a la hoguera! —informó con nerviosismo.

—¿Dónde está Sam? —quiso saber Pete.

—Atado a un árbol —cuchicheó Chuck.

—¡Canastos! —murmuró Ricky, con incredulidad.

—¿Y «Princesa»? —preguntó el coronel Townsend.

—Está atada a otro árbol, cerca de Sam —informó Chuck—. ¡Vamos! Nos aproximaremos más para averiguar qué están diciendo esos hombres.

Sin hacer ruido, el grupo avanzó entre la maleza, hasta que para ellos resultaron audibles las voces de los dos hombres.

—¡Hemos engañado bien a ese crío! —estaba diciendo uno.



—Ya lo creo —replicó el otro—. Ha sido tan estúpido como para creer que le compraríamos un caballo, si nos traía a «Princesa».

Pete comprendió instantáneamente lo que parecía haber ocurrido. Aquellos dos hombres eran los ladrones de caballos. «Princesa» había roto la portezuela de la furgoneta y huyó a la Granja de la Colina de la Jaca. Los ladrones habían recurrido a Sam, en una última intentona por apoderarse de la jaca.

Pete se deslizó junto a su padre y le cuchicheó al oído:

—¡Hay que detener a esos hombres, papá! ¡Ellos son los

verdaderos ladrones!

En ese momento, Ricky, que se había enfriado a causa del remojón, soltó un estornudo. En medio del silencio, el estornudo resonó como un cañonazo. Instantáneamente, los dos hombres se pusieron en pie.

—Por aquí anda alguien. ¡Será mejor que nos marchemos en seguida! —dijo el más alto, echando a correr hacia «Princesa».

—¡Espérame! —gritó el otro, corriendo tras su compañero.

El grupo procedente de la Granja de la Colina de la Jaca salió al momento de su escondite y corrió en persecución de los dos hombres. Pero ellos ya habían llegado junto a «Princesa». A toda prisa la desataron, montaron en ella y galoparon pendiente abajo. Pete y Dan estaban tan cerca que casi habrían podido agarrarle el rabo; pero los jinetes la aguijonearon con fuerza y el animal saltó como un cohete.

El coronel Townsend empezó a gritar:

—¡«Princesa»! ¡Vuelve, «Princesa»! ¡«Princesa», he venido para llevarte a casa!

Al oír la voz de su amo, el caballo se detuvo bruscamente y los hombres que lo montaban estuvieron a punto de caer a tierra. Pero ambos volvieron a darle fuertes taconazos en los flancos y «Princesa» reanudó el galope.

—No hay nada que hacer —se lamentó el coronel—. Nunca les alcanzaremos.

Graham apretó los dientes, indignado:

—Pero nosotros no nos daremos por vencidos. Lucharemos hasta recuperar a «Princesa».

Muy desalentados, los expedicionarios renunciaron a la persecución y volvieron junto a Sam. Los muchachos se encargaron de desatarle del árbol. Además de atado, Sam estaba amordazado. Cuando se vio libre de las cuerdas y el pañuelo de la boca, Sam se frotó las muñecas y tobillos, sin mirar para nada a quienes le habían salvado.

—¡Habla! —ordenó el señor Hollister—. No hemos venido aquí a castigarte, Sam, sino tan sólo a recuperar a «Princesa». Dinos qué ha ocurrido.

Sam dijo en seguida que sentía mucho haberse apoderado de la

jaca.

—Les contaré cómo ocurrió todo. Me encontré con esos dos hombres ayer, mientras paseaba junto al pantano, buscando sapos. Ellos me dijeron que eran los propietarios de la jaca apalache de la Granja de la Colina de la Jaca y que deseaban recuperarla.

—¿Y por qué no fueron a buscar al animal ellos mismos? —preguntó Chuck.

—Dijeron que ustedes no les creerían —explicó Sam—. Me prometieron darme un caballo si les traía a «Princesa». Eso fue todo.

—Pero ellos no eran los propietarios del animal —protestó Graham.

—¿De verdad? —preguntó Sam, asustado.

—¡Claro que no! —dijo el coronel—. ¿Quiénes son esos hombres? ¿Te dieron sus nombres?

Sam dijo que él sólo les conocía como Monk y Lennox.

—¡Lo suponía! —exclamó el coronel—. La policía de mi comarca anda persiguiendo a esos hombres, que se dedican a robar caballos. Son muy listos. Dudo que podamos echarles el guante pronto.

Sam se ofreció para intentarlo, pero Chuck le respondió que lo mejor era que acampase con ellos.

—De todos modos, nosotros debemos volver con las mujeres.

Utilizando las linternas, el grupo regresó hasta donde habían acampado con mucha más facilidad que cuando fue hacia la Isla. Por el camino Pete preguntó a Sam si había sido él quien hizo un corte en los arneses de los caballitos Shetland que tiraban del carruaje de las niñas.

—No. No lo hice yo. Pero vi a un chico del pueblo que andaba cerca del rancho con un cuchillo. Debió de ser él.



No hablaron más hasta que llegaron al lugar en que les aguardaban las niñas con sus madres.

De pronto oyeron gritos y protestas.

—Algo sucede —exclamó alarmado, el señor Hollister—. ¡De prisa! Puede haber complicaciones.

UNA EXTRAÑA CAPTURA



Al oír los gritos de las mujeres acampadas, hombres y chicos corrieron hacia ellas. ¿Habría ocurrido algún accidente?

Cuando estuvieron más cerca, vieron el oscilante resplandor de una hoguera. Esto produjo una nueva preocupación en Chuck.

—Ruth no debió encender fuego —dijo, inquieto—. Eso, probablemente, ha delatado su posición y los ladrones están intentando robar nuestros caballos.

Jadeando, a causa de lo que habían corrido, los expedicionarios ascendieron hasta la elevación de terreno en donde dejaran a las mujeres.

—¡Por cien sapos saltarines! —exclamó de pronto, el señor Hollister, que iba delante.

—Pero ¡si están atados! —añadió Pete.

—Si lo que veo es verdad, yo soy un caballo parlante —declaró Chuck, sin creer lo que estaba viendo—. ¡Mirad! Ahí está «Princesa».

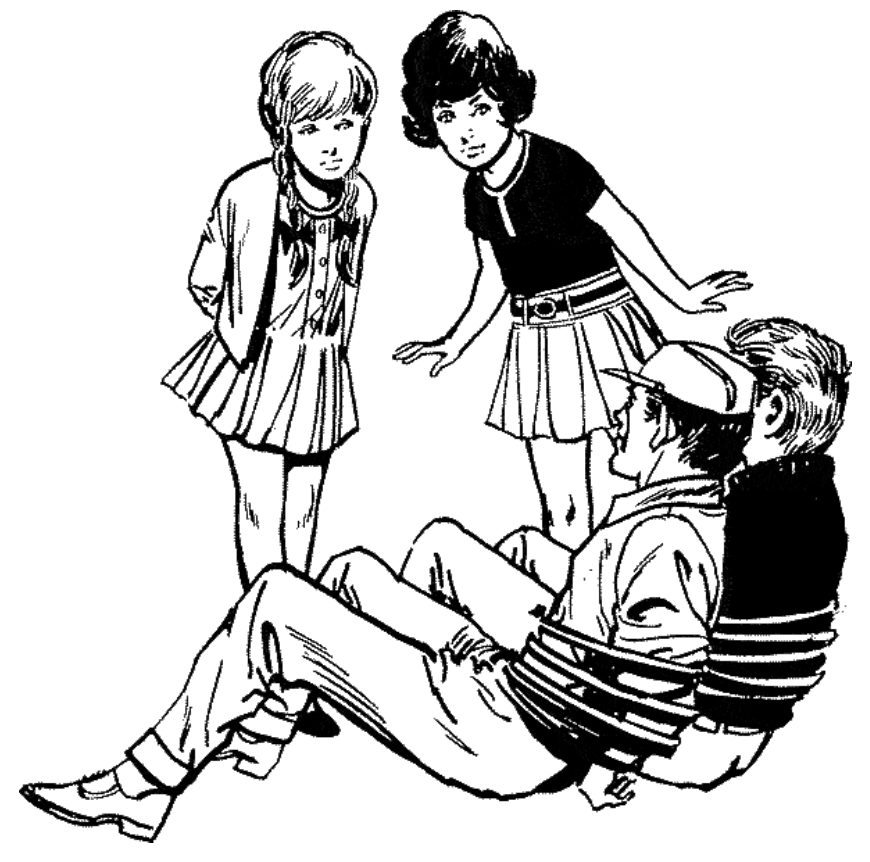
A la luz de la hoguera pudieron ver a la hermosa jaca, a quien Pam y Holly acariciaban cariñosamente.

—¡Hola a todos! —saludó Ruth, al ver al grupo que regresaba.

Chuck estaba atónito.

—¿Cómo habéis recuperado a «Princesa»? —preguntó, corriendo a abrazar a su esposa—. Cuando oí tanto alboroto, creí que habíais tenido un accidente.

De repente el coronel Townsend dio un grito de asombro. Cerca de él, en el suelo, y medio ocultos por las sombras, estaban los dos ladrones, atados con lazos.



—¡Las mujeres les han capturado! —exclamó Graham, incrédulo, mientras los demás contemplaban la escena, perplejos.

—¡Sí! ¡Éstos son los ladrones! —declaró Sam Dulow—. ¡Son los que me hicieron robar a «Princesa»!

Todos rodearon a los dos prisioneros, que se retorcían, esforzándose por librarse de las ligaduras.

—No podrán ustedes escaparse —dijo Carol, sonriente—, gracias

a que las chicas también hemos aprendido a hacer nudos resistentes.

—Sobre todo las chicas traviesas —añadió Holly.

—Explicadnos todo esto —pidió el señor Hollister, cuando se hubo recobrado de su sorpresa—. Estos dos hombres se nos escabulleron de las manos.

—Y nosotros les capturamos. Sólo ha sido eso, papá —contestó Pam, tranquilamente, como si el detener ladrones fuese algo que se hiciera todos los días.

—¿Quién se encarga de contarlo todo? —preguntó Ruth, risueña.

—Yo lo haré —se ofreció Pam.

Mientras los hombres y chicos escuchaban con la boca abierta, Pam contó cómo ellas y sus madres habían oído los gritos en la Isla, cuando los ladrones huyeron con «Princesa».

—No sabíamos qué había ocurrido, pero, por si acaso, nos escondimos a uno y otro lado del camino —siguió diciendo Pam— por si se les ocurría pasar por aquí. Carol y Holly llevaban sus lazos.

—¡Canastos! ¡Eso es una emboscada india! —dijo Ricky, admirativo—. ¿Y qué pasó luego?

Pam añadió que, al oír pisadas de caballo, supusieron que llegaba alguien montando a «Princesa».

—Supusimos que erais vosotros —dijo la señora Hollister a los chicos.

—Pero, cuando vimos que no erais, las dos niñas arrojaron el lazo —añadió Pam.

—¡Y dieron en el blanco! —exclamó, riendo, el coronel Townsend.

—Sí, sí. Holly y Carol echaron los lazos alrededor de la cabeza de los dos hombres —contestó Pam—. Luego, entre mamá Ruth y yo, les hicimos desmontar.

—No sé cómo pudisteis evitar que huyeran —comentó Graham.

—Lo intentaron. Pero, en tanto mamá y Ruth les sujetaban, nosotras les atamos los tobillos.

—Y las manos —exclamó Sue, soñolienta.

—Pero no fue fácil —informó Carol, quien, echándose a reír, añadió—: Mamá les dijo que, si intentaban desatarse, les daría un

cacerolazo. Por eso prefirieron estarse quietos.

El coronel felicitó a las heroínas, diciendo que habían hecho lo que la policía de varios estados no había conseguido realizar.

—Y ahora tengo algunas preguntas que hacerles a ustedes, buenas piezas —dijo el coronel Townsend a Monk y Lennox, mientras entre él y el señor Hollister ayudaban a los dos hombres a sentarse—. ¿Por qué robaron a «Princesa» de mi rancho?

Al principio ninguno de los dos hombres demostró deseos de hablar. Pero, al fin, confesaron haber robado varios caballos en la región donde el coronel poseía la granja. El propietario de un circo, que había oído hablar de que «Princesa», la famosa jaca apalache, bailaba el vals, había intentado comprársela al coronel Townsend. Como el ranchero no quiso venderla, el dueño del circo contrató a dos ladrones para que la robasen.

Pero, mientras conducía por los alrededores de la Granja de la Colina de la Jaca, Lennox había tomado una curva con demasiada rapidez. «Princesa» se golpeó contra la portezuela trasera y cayó a tierra. Una vez libre, atravesó los campos a todo correr.

—Y por fin se metió en mi rancho —completó Chuck.

Monk dijo que había intentado volver a adueñarse de «Princesa» y que con esa idea estuvo merodeando una noche en los establos.

—Pero un perrazo pastor me hizo huir —masculló.

—¡Eso lo hizo «Zip»! —exclamó Ricky—. ¡Viva «Zip»!

Lennox concluyó las explicaciones. Él había oído cómo se hacían planes para llevar el caballo al programa de televisión y por eso bloqueó el camino.

—En vista de que todo salía mal, buscamos a Sam Dulow para que nos ayudase. El resto ya lo conocen ustedes.

Chuck se volvió a los demás.

—Ahora nos iremos para entregar estos hombres a las autoridades. Después de todo, no tendremos que pasar la noche aquí.

—¡Oh, qué lástima! —lloriqueó Holly.

La madre prometió que pronto harían otra excursión y dormirán al aire libre. Pero, en aquellos momentos, lo más importante era entregar a los ladrones a las autoridades.

—Olvidaba decirles algo —anunció el coronel Townsend,

mientras el señor Hollister colocaba a los dos hombres sobre el caballo «Duke», que les llevaría hasta el cuartelillo de policía más próximo—. Hay una buena recompensa para los captores de estos desaprensivos.

Cuando el equipo de campamento estuvo recogido y empaquetado, Pam montó sobre «Princesa» y Dan, el caballo que antes ella montara. Sam montó el mismo caballo que Ricky. Una hora más tarde llegaron a una granja donde viva un policía de caballería y le contaron lo ocurrido. Él se hizo cargo de los prisioneros.



Luego los Thomas y sus invitados marcharon hacia la Granja de la Colina de la Jaca. Dejaron a Sam en su casa y, un poco más tarde, todos caían en la cama, rendidos. Ruth había insistido en que el coronel Townsend y Graham se quedaran en el rancho.

Al día siguiente se celebró una fiesta en el rancho de los Thomas. Ahora que los ladrones habían sido capturados, el señor Hollister tuvo tiempo de explicar a Graham y a su patrón los detalles sobre la patente del caballito de balancín.

—Conozco alguien que utilizará una invención de ese tipo —afirmó el coronel—. Te digo, Graham, que te comprará la patente por diez mil dólares. Entonces podrás ir a la universidad y estudiar para veterinario, como siempre deseaste.

—¡Eso es estupendo! Muchas gracias —dijo Graham—. Cuando

sea veterinario, volveré a su rancho y cuidaré de los caballos.

—¿Y por qué no vienes a nuestra granja? —preguntó Carol.

Graham sonrió.

—En lo que se refiere a la recompensa por la captura de esos ladrones —dijo el coronel—, creo que los niños Hollister y Thomas se la han ganado.

—Ya sé qué podemos hacer con el dinero —dijo Pam—. Compraremos un caballo a Sam Dulow.

—¡Es una gran idea! —afirmó Ruth—. Yo creo que Sam es, en realidad, un buen chico, y estoy segura de que poseer un caballo propio le hará mejorar de carácter.

Cuando se acordó que el dinero de la recompensa serviría para comprar un caballo a Sam, Chuck telefoneó a casa del muchacho y le pidió que acudiese al rancho. El señor Dulow, que conducía un coche antiguo, llegó al poco rato, con su hijo.

—Si van ustedes a pedirme que castigue a Sam, confieso que tienen razón —dijo el hombre con tristeza.

—No vamos a hablar de castigos —contestó Ruth—. Lo que vamos a hacer es comprarle un caballo.

Cuando Sam oyó aquello los ojos se le llenaron de lágrimas, y tuvo que volver la cabeza para que no le vieran llorar. Luego, cuando se tranquilizó, el chico dio a todos las gracias por ser tan amables con él.

—Nunca olvidaré a los Felices Hollister —prometió, antes de marchar con su padre.

—Si lo deseas, puedes ganarte el dinero para la comida de tu caballo, viniendo a hacerme algunos trabajos por horas —ofreció Chuck.

—Lo haré. ¡Muchas gracias! —dijo Sam, y por primera vez los Thomas le vieron sonreír.

Aquella tarde, Ruth y la señora Hollister prepararon una merienda campestre en honor del coronel Townsend y de Graham, quienes pensaban marcharse a la mañana siguiente. Mientras se servían los grandes pedazos de pastel de manzana que se hiciera para el postre, el ranchero del sur dijo:

—Niños, creo que os merecéis un regalo por haber encontrado a «Princesa» y haberla tratado tan bien. Tengo dos bonitas sillas de

montar. Enviaré una a Dan y otra a Carol. ¿Vosotros, hermanos Hollister, también tenéis caballo?

—No. Pero tenemos a «Domingo», nuestro burro —informó Holly.

—¡Magnífico! —dijo el coronel—. Tengo una bonita silla para burro que compré en México. Es vuestra.

—Ya sé a cuál se refiere —dijo Graham—. Es aquella que está adornada con pedrería de imitación.

—¡Gracias, gracias! —dijeron los niños Hollister, a coro.

—Yo celebro que se haya solventado el misterio de la jaca apalache antes de concluir nuestra visita —dijo el señor Hollister—. Nosotros también nos marchamos mañana.

—Pero todavía queda un misterio sin resolver —dijo el coronel —. ¿Quién enseñó a hablar a «Princesa»?

—Es verdad. En la granja nunca la oí hablar —confesó Graham.

Chuck levantó la cabeza y sus ojos giraron vertiginosamente en las órbitas.

—Tengo que confesaros, pequeños Hollister, que soy ventrílocuo.

—¡Ah! ¿Sí? —exclamó Holly, apoyando las manos en las caderas —. Entonces, ¿no había nadie en la ventana del comedor de Shoreham? ¿Fuiste tú quien dijo que sería muy divertido venir a la Granja de la Colina de la Jaca?

Chuck afirmó con la cabeza.

—¿Y tú estabas escondido en el establo cuando Holly y Sue hablaron con «Princesa» y nosotros creímos que no había nadie? —inquirió Ricky.

Chuck se echó a reír.

—Sí. Fue una buena idea. De lo contrario no habríais concertado la exhibición por televisión y no habríamos encontrado al propietario del animal.

Pete y Pam confesaron que se habían dado cuenta en seguida de la broma, pero no quisieron desencantar a los demás.

—Chuck, ¿me enseñarás a ser ventrílocuo para que pueda hacer hablar a un burro? —suplicó Ricky.

—Claro. Pero eso lleva tiempo. De modo que tendrás que volver a visitar la Granja de la Colina de la Jaca. ¿Os parece bien?

—Volveremos —prometieron los niños.

Sue prorrumpió en una risita cristalina al decir:

—No creí que fuéramos a tener un misterio tan «mocionante», cuando compramos el caballito con viruela.

